

Luces y
FRANJAS ROJAS

Meme Canto



Lectulandia

Carmen es dulce, familiar y responsable, es una joven empresaria residente en Cádiz con su mejor amiga Celia, hasta que cae la noche. Y es entonces cuando se viste con sus tacones de aguja y lencería erótica, para dedicarse a su verdadero trabajo.

Scott, desde que apenas tenía dieciocho años, ella asegura que la prostitución de lujo le ha brindado la libertad y felicidad que necesitaba.

Pero todo cambiará cuando conozca a Cristian, un infante de marina que ha dedicado toda su vida al ejército, donde sufrió un atentado en su última misión. Un hombre que sabe lo que quiere, y cómo lo quiere.

Lo que Carmen no se imagina es que el atractivo militar, llegará a su vida para hacer que todo su mundo se tambalee.

¿Será Carmen capaz de dejar una vida de lujos y comodidades por amor?

¿Cuánto tiempo podrá mantener su mentira?

Cuando una vida vive marcada por el dinero. ¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

Lectulandia

Meme Canto

Luces y franjas rojas

ePub r1.0

Titivillus 11.04.16

Meme Canto, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Puede que esto me cueste más trabajo que la propia novela, no podré agradecer a todos los que me gustaría y no olvidarme de nadie será complicado, por ello si me dejas a alguien fuera os pido perdón. En primer lugar a mis niños José y Javi los motores de mi vida, los que cada día me enseñan a enfrentar la vida con una sonrisa. A mi marido por apoyarme en esta aventura y creer en mí cuando ni yo misma lo hacía y aportar a este libro todos los datos que he necesitado.

Como no, no podía faltar mi madre, la mujer que me ha enseñado a luchar y por la que hoy soy quién soy, al igual que mis hermanos, por el que vive en las estrellas y por el que me ha acompañado en todos los caminos de mi vida, os quiero.

Tengo que dar las gracias a esas tres mujeres que dan nombre a mi bebé literario, mi cuñada Cel, mi prima Carmela y mi Faraona.

De las que jamás podría olvidarme sería de mis tres chicas preferidas en el mundo, las que me han enseñado el valor de la amistad, mi Angy Skay o como yo prefiero llamarla Skaylander, la que se ha convertido en una parte primordial de mi vida y me ha enseñado que a veces hay que dejar que los demás lleguen a ti y en la que he encontrado una hermana, mi Merche por convertirse en ese equilibrio que le faltaba a mi locura y por hacerme sentir en familia y mi Patriuska por aguantarme... que ya eso tiene trabajo... que bien sabe Dios que si tienes un lugar en mi corazón es porque te lo has ganado por tu santa paciencia.

A mi lectora cero Carol, mi rubia preciosa, también a mi Petunia, Belén, Luz y Mar.

Hay dos personas muy especiales a las que no puedo olvidar, me encantaría poder decir sus nombres y que así quedara constancia de las maravillosas personas que sois, pero no puede ser, una por haberme ayudado a conocer más a fondo el mundo de la prostitución y otro hombre increíble que me dedicó su tiempo para enseñarme a través de su experiencia como vivían los militares en Afganistán.

Y por último a todos esos hombres y mujeres que defienden a su país con valor y valentía; a vosotros que día a día lucháis por vuestros ideales y servís a una nación que en ciertos momentos no se os reconoce vuestra dedicación. Gracias por hacer de este mundo un lugar mejor.

Capítulo 1

Si le preguntas a Carmen a qué se dedica te dirá que es licenciada en Ciencias del Mar y ambientales por la universidad de Cádiz, que tiene una cafetería en Chiclana de la Frontera, y una exclusiva *boutique* en la Costa de Sol, que dirige junto a su amiga y socia, Celia. Si le haces esa misma pregunta a Melania, te dirá que da placer a quién lo paga, cumple tus mayores fantasías por un módico precio, vamos para que nos entendamos, que es prostituta.

Bien pues esa soy yo, Carmen y Melania.

Señorita responsable de día y scorts de noche, puede que no sea muy decente de cara a la sociedad pero es lo que hay, puedo decir sin agachar la cabeza que soy prostituta porque disfruto de ello, me gusta el dinero fácil, me gustan mis bolsos de Prada, mis perfumes caros y mis salidas con mi amiga donde derrocho todo el dinero que deseo sin miedo a que no pueda seguir manteniendo mi alto nivel de vida.

—¿Carmen has visto el tanga de cuero? —Me pregunta Celia, alias Lola, asomando la cabeza desde la puerta de mi habitación.

—Si Celia, están en el segundo cajón de la cómoda —contesto.

Entra desnuda en mi habitación con un perfecto movimiento de caderas y unos pechos altaneros, obra de nuestra señora la cirugía. La observo desde mi cama pensando en la suerte que tengo de tenerla en mi vida.

—¿A quién tienes hoy? —pregunta mientras rebusca en mis cajones.

Me recuesto sobre la almohada para llegar a la mesita donde tengo mi móvil con el mensaje de Olga, nuestra celestina que organiza las citas.

—A Rubén Martínez, el cardiólogo.

—Vaya nena, mañana no podrás sentarte —comenta entre risas—. Aún me acuerdo de la primera y la única vez que tuve un servicio con él... Me pegué tres semanas que tenía el culo como un traje de flamenca —dice riendo aún más—, está bueno pero como una puñetera cabra.

Su risa me contagia y empiezo a reírme con ella, Celia y sus ocurrencias...

—Sí, es bastante especial —inquiero.

Rubén Martínez, un cardiólogo cuarentón, muy atractivo que tengo en mi lista de clientes desde hace casi dos años, un hombre educado, higiénico y con una fijación en ocasiones algo dolorosa por los culos. Como bien dice Celia, mañana probablemente me pegaré la mayor parte del día que me costará sentarme, hasta que la inflamación de los cachetes de mi trasero pierdan el color tomate *cherry* y vuelvan a su estado natural. Debo de reconocer que como todo, mi trabajo tiene su parte negativa, no todas las experiencias han sido buenas, los primeros clientes fueron sencillos, pero recuerdo el miedo y la inseguridad que sentí, la parte positiva es que

esta profesión es muy lucrativa. Una hora de trabajo son cuatrocientos euros, dos horas ochocientos y una noche completa puede oscilar entre dos mil y dos mil quinientos, si agregamos el griego sube cien euros más al precio inicial, y si encima quiere jugar con la vara se incrementa ciento cincuenta euros la hora, así que, bienvenida vara. Aunque mi trabajo no se limita solo al sexo, hay ocasiones en las que requieren nuestros servicios para cenas de negocios, cócteles o eventos.

—¿Y tú a quién tienes? —Le pregunto mientras se sienta en la cama a mi lado.

—Pues no sé, es nuevo. Olga dice que se llama Rodrigo, y que es un fetichista del cuero, así que, hoy tocara pasar más calor que un pollo en un asador.

—Ja ja mira el lado bueno, así sudas y eliminas impurezas. —Me río de ella.

—Que graciosa, bueno yo al menos mañana podré sentarme —asegura sacándome la lengua.

Ambas comenzamos a reírnos como idiotas, hasta que me acuerdo de algo que tenía que decirle.

—Celia, mañana deberíamos hacer acto de presencia en la cafetería, aunque Sara, se desenvuelve bien ella sola hay que ir a cerrar caja y pagarle.

—Vale Carmela, mañana por la tarde cuando seas capaz de sentarte nos pasamos un rato, —dice mientras se levanta de la cómoda donde se había apoyado y va directa a la puerta—, me pongo algo y preparo la cena.

De repente algo comienza a vibrar bajo mi muslo derecho donde he dejado el móvil, miro la pantalla y descuelgo.

—Hola Mamá.

—¡¿Hola mamá?! —Iba elevando la voz, cada vez más irritada.

—Mami... —susurro con un tono zalamero para camelarme a mi madre.

—Ocho días sin saber nada de ti. ¡Ocho! ¿No te da pena tu madre? Después que soporté treinta y seis horas de parto... Que cuando naciste parecías una muñeca repollo y, ¿así me lo pagas? —exclama.

—Perdona mamá he estado muy liada con la cafetería y apenas he tenido tiempo para nada, —lo cual era cierto en parte—. ¿Qué tal está papá? —pregunto.

—Tu padre me trae loca, ahora le ha dado por jugar al golf, estoy harta de tanto palo y tanta bola, desde luego que si lo hubiese matado cuando lo conocí ya estaría en la calle. —Ríe.

—Ja ja —estallo en carcajadas.

Sabía que se adoraban, pero mi padre era de esos hombres que les encantaba llevar una vida activa y siempre estaban haciendo cosas nuevas, mientras que mi madre entendía por actividad; ir a tomar café con sus amigas, salir de compras y criticar a todo bicho viviente que se encontraba en su campo de visión.

—¿Cuándo vendrás a visitarnos? —pregunta mientras la escucho encenderse un cigarro.

—¡Mamá! ¿No dijiste que dejarías de fumar? —pregunto algo molesta.

Hacía unos meses que había tenido una angina de pecho y el cardiólogo le

recomendó dejar el tabaco y el consumo excesivo de café.

—Claro cielo lo estoy dejando poco a poco —contesta—, además viniendo de ti que eres una chimenea resulta muy irónico —me suelta la indirecta.

—Yo no he tenido una angina de pecho, ni tengo tu edad —respondo algo molesta.

—¿Me estás llamando vieja? —pregunta pegando uno de esos gritos suyos que te pueden perforar el tímpano.

—No mamá, no eres vieja, solo te quiero mucho y tienes que durarme muchos años —digo saliendo del paso.

—Yo también te quiero cariño y para tu consuelo te informo que Iván, y tu hermano me tienen más controlada que un cangrejo dentro de un cubo —me informa riendo.

Me quedo mucho más tranquila sabiendo que Pablo, mi hermano, e Iván, su novio, controlan a mi madre, si no fuera porque sé que ellos están allí, y van cada día a verla nunca estaría tranquila.

—¿Cómo está mi hermanito? —le pregunto—. Hace días que no me llama para nada.

Y mi madre llega a su máximo apogeo, ya que no hay tema que le guste más que hablar de mi hermano. Mientras voy preparando la ropa para luego, la escucho contarme que mi hermano e Iván, por fin ha firmado las escrituras del piso, que es precioso; que si tiene mucha luz, que si papá los está ayudando con las obras, que sí qué bueno es Iván... Esto es siempre como un monólogo...

—¿Cielo cuando vais a venir a vernos? —pregunta de nuevo, cambiando de tema —, tu hermano está deseando que veas su piso y yo tengo ganas de tener a mis niñas en casa.

—No sé mamá, ahora tengo la cosa complicada, puede que para el mes que viene —respondo intentando esquivarla.

—Veremos si es verdad, que he tenido que poner una foto tuya en la mesita para acordarme de tu cara —agrega medio en broma, medio en serio.

De eso no me cabe duda, a mi madre le encantan las fotos y tiene la casa forrada de retratos míos y de mi hermano, más que una casa parece el museo del *Guggenheim*.

—Mamá tengo que dejarte, voy a salir con Celia, a dar un paseo, mañana te llamo.

—Anda déjalo, ya te llamo yo porque si tengo que esperar a que lo hagas tú... Se me caen los cuatro pelos que tengo, que sepas que me queda poca vida y luego llorarás cuando me vaya.

—Ja ja mamá, eres un caso eh, ¡no vas a morirte! —digo entre risas—, pero sí es verdad que si dejas de fumar vivirás más.

—Ya estamos otra vez con el jodido tabaco, bueno te dejo hacer tus cosas, ya mañana hablamos más tranquilas, hasta mañana cielo, os quiero —añade dulcemente.

—Hasta mañana mamá, dale besitos a papá, y a mis chicos, de nuestra parte.

En el fondo me siento una impostora, he ido a Málaga un par de veces desde la última vez que estuve en navidad hace ya dos meses, pero no he podido ir a verla, fui a Puerto Marina a reunirme con un cliente en su yate y la segunda en el mismo Fuengirola, donde viven mis padres y también me fue imposible.

Las únicas personas que saben a qué nos dedicamos Celia, y yo son Iván, y mi hermano. Fue hace cuatro o cinco años, me fui a casa de mis padres un par de semanas de vacaciones en verano. La Costa del Sol, en esta época del año es toda una locura, mucha fiesta, turismo y playa, y precisamente en una de esas fiestas bebí más de la cuenta y le conté a mi hermano toda la película. Al principio creí que lo había soñado hasta que a la mañana siguiente me llamó que iba a buscarme para irnos a la playa, que teníamos que hablar, al principio le costó, pero me quiere más que a nadie y terminó asumiéndolo, aunque nunca me lo dijo sé que Iván, fue participe en la aceptación de Pablo, sobre mi situación laboral y eso será algo que siempre le agradeceré.

Es complicado compaginar dos vidas totalmente opuestas en una sola, pero fue un camino que elegí voluntariamente hace seis años, exactamente en mi primer año de universidad y no me arrepiento, a veces echo de menos tener una pareja, un hombre a mi lado en quien apoyarme, que me haga sentir amada, pero cuando miro el saldo de mi cuenta pues, ¡oye! Como que se me olvida, total, ¿qué hombre en su sano juicio se enamoraría de alguien como yo?

—¡Carmen baja a la tierra que son casi las ocho de la tarde y a las diez tenemos que salir de casa para llegar a Chiclana! —Grita Celia, desde el salón.

Sin duda un grito de Celia, despertaría a un muerto. Me dispongo a prepararme antes de ir al chalet, me levanto de la cama y me dirijo al baño a darme una ducha, nuestra casa no es muy grande pero si acogedora, vivimos en Cádiz, justamente en el casco antiguo. Alquilamos esta casa hace más de seis años cuando llegamos aquí, principalmente por su cercanía a la universidad, la decoramos a nuestro gusto y aunque aparcar es una odisea, al final decidimos quedarnos. Nos encanta la magia de esta ciudad, pasear por sus callejuelas, ir de compras a la calle Ancha y tomarnos un café junto al palillero.

Vivimos justo en frente del Falla, un gran teatro de fachadas de ladrillo rojo, grandes arcos de estilo mudéjar alternan entre los colores blancos y rojos dándole un aspecto Neoárabe, tres puertas de madera presiden la fachada principal la cual ahora mismo está vestida de fiesta por el carnaval. Sus calles se tiñen de luces y colores, gente de todo el país viene a este rincón de España, para disfrutar de su famoso festejo, se disfrazan y salen para pasarlo bien, chirigotas, comparsas y coros regalan en la calle sus coplas para todo aquel que desee escucharlas. Pero este año también nos quedamos sin carnaval, hay que trabajar.

Me desnudo delante del espejo de un metro ochenta, que tenemos en el baño. Antes de meterme en la ducha observo mi cuerpo con detenimiento, mis largas

piernas, mi vientre plano coronado algo más arriba por unos pechos pequeños pero bonitos, tengo dinero para ponerme silicona pero soy muy cagueta, apuesto que a nadie le ha reventado, pero seguro que yo me las pongo y en un momento de entusiasmo con un cliente... ¡Boom! Al carajo las tetas, así que, como que no lo veo, me quedo con mi noventa y cinco de sujetador y tan feliz.

No soy lo que puede catalogarse como una mujer guapa, pero si muy sensual, la genética me concedió unos labios carnosos por parte de mi madre y unos grandes ojos negros por parte de mi padre. De piel más que blanca, «transparente», que bronceo cada semana en una cámara de rayos uva, tengo el pelo largo de color negro y aunque a veces parezco la china de la señal, lo peino y moldeo a mi gusto para sacar partido a mi cara y parecer más exótica.

Me meto en la ducha y dejo que el agua me envuelva por completo como si eliminara todo lo impuro que hay en mí, me acaricio con esmero y decido darme un poco de amor, detengo mi mano sobre mi sexo y juego con mi clítoris mientras noto cómo va hinchándose, proporcionándome más satisfacción hasta que voy sintiendo cómo va en aumento hasta que llegó al vértice del placer.

Hace cuatro años que solo consigo un orgasmo cuando me lo proporciono yo misma, con los clientes finjo que me corro, pero nunca lo hago, es curioso. El hecho de que pagan por recibir placer y cumplir sus fantasías pero si creen que te corres su autoestima aumenta, supongo que es el precio a pagar por mi trabajo y al fin y al cabo, mi labor es hacer que ellos disfruten, no que lo haga yo.

Salgo de la ducha relajada y dispuesta a comenzar mi jornada laboral del mejor humor, no importa mucho la ropa que me ponga ahora, puesto que cuando llegue al chalet tendré que volver a cambiarme. Salgo del baño y oigo la canción *Highway to hell* a toda pastilla y veo a Celia, pegando botes en el salón meneando la cabeza a compás del estribillo, me uno a ella y empezamos las dos a gritar:

I'm on the highway to hell!

On the highway to hell!

highway to hell!

I'm on the highway to hell!

Puede decirse que ya es un ritual cada viernes, cantamos y bailamos mientras tomamos una copa de vino tinto, Vega Sicilia Único, de casi doscientos euros la botella, yo, personalmente me bebo hasta el agua de las macetas, pero mi querida Celia tiene un paladar muy «exclusivo», y a cuatro botellas al mes... ya ves por cuanto sale la broma pero como el capricho es suyo, pues ella lo paga y yo me lo bebo.

Terminamos nuestra copa de vino y de arreglarnos, no somos muy ordenadas, así que, dejamos todo tal cual está y ya el lunes limpiaremos nuestra morada.

Emprendemos el camino hacia la calle, son casi las diez y a las doce tengo el

primer cliente. Cuando salimos del portal una explosión de luces, música y murmullo de cientos de personas golpean nuestros oídos, las calles están bañadas por miles de papelillos de colores y serpentinas típicas en estas fechas. Después de callejear esquivando borrachos durante casi media hora, llegamos a nuestro *parking* privado donde está mi precioso Smart Roadster, negro y gris, un capricho que me regalé a mi misma cuando empecé a ganar más dinero. Tardamos en salir del centro más de lo habitual debido a la gran aglomeración de gente, tomamos la salida a San Fernando y luego directas a Chiclana.

No son aún las once y media cuando entramos por el carril de tierra que da a nuestro destino, a simple vista el chalet es como cualquier otro, pero nadie sabe el pozo de lujuria y perversión que se esconde tras sus muros.

Llegamos una gran verja de acero gris que permanece cerrada justo al lado de la puerta del conductor, se puede ver una pequeña cámara de seguridad y un cuadrado negro por dónde paso mi llave magnética que hace que se abra. El terreno es bastante amplio y está despejado, los vehículos de las trabajadoras del personal de limpieza, mantenimiento y seguridad, se aparcan justo detrás de la casa en una enorme cochera y los de los clientes los aparca el hombre que está justo detrás de la verja que los va colocando a la derecha del chalet.

Dejamos el coche y nos dirigimos caminando hacia la entrada, me quedo observando cómo Samuel, el chico de mantenimiento, termina de preparar la piscina y se asegura que todo esté en perfectas condiciones. Es la parte de la casa que más me gusta, una enorme piscina climatizada en forma de riñón de quince metros de largo y unos siete de ancho, aunque ahora mismo solo sirve de adorno, porque aunque Cádiz no sea un sitio frío, estamos a pleno mes de febrero y a ver quién tiene huevos de meterse ahí y no desmayarse al salir del agua con la humedad que cae.

La bordean ocho camas balinesas vestidas de dosel blanco y sábanas de satén. Cuando llegamos a la entrada principal encontramos a José, y Javier, dos enormes porteros que flanquean la puerta, rara vez entran dentro de la casa, ellos se encargan de nuestra seguridad y solo pasan si alguna situación lo requiere. Ambos similares y a la vez tan distintos, mientras que Javier, es dulce y simpático, José, es serio y reservado, son hermanos y ambos infantes de Marina, pero los fines de semana se sacan un sobresueldo como porteros.

—Buenas noches hechiceras —nos saluda Javi.

—Buenas noches Javi —contestamos Celia y yo.

—Buenas noches señoritas —agrega José.

—Hola José —responde Celia.

—Hola Lola —responde sin apartar la vista de ella.

Aunque ellos conocen nuestros verdaderos nombres, cuando estamos en el trabajo siempre nos llaman por nuestro nombre de guerra por así decirlo.

Javi y yo nos miramos y mientras sonrío, él se limita a levantar una ceja.

Desde luego entre estos dos hay tensión sexual no resuelta y a pesar de ser más

que evidente la atracción que existe entre ambos, José, nunca ha intentado nada con Celia, muy a pesar de ella.

—Hasta luego chicos —agregamos entrando en la casa.

—Que paséis buena noche chicas —dice Javi, mientras José, nos da la espalda.

José

Otra noche más... ¿cómo puede una chica como ella dedicarse a esto? Si la hubiera conocido en otro lugar... no supiera lo que hace ahí dentro...

—¿Oye cuando vas a decirle lo que sientes? —Me pregunta Javi, sacándome de mis pensamientos—, está claro que te gusta, ¿por qué no quedas con ella? A ella está claro que le encantas.

Odio babear como un gilipollas cada vez que la veo y lo peor es que mi hermano me conoce y me lo nota.

—Cállate canijo, yo paso de esa tía —no me lo creo ni yo—, es solo que me da pena que unas chicas tan guapas y jóvenes tengan que dedicarse a esto.

—Si ya... llegará el día en que no se dedique a esto... Que conozca a alguien del que se enamore y decida dejarlo. Si no fueras tan capullo y tuvieras tantos prejuicios...

—¡YA BASTA JAVI! ¡No me lio con putas! —Le miro furioso—, y eso es lo que es, por muy simpática e inteligente que sea, no dejar de ser una puta.

Me mira de hito en hito sabiendo que eso es lo único que me detiene para no acercarme a ella y decirle lo que siento.

Capítulo 2

Carmen

Entramos al gran recibidor donde está el guardarropa de los clientes, Ramón, se encarga de recibir a los señores que van llegando y les sirve una copa mientras llega Elena, que es la chica que va acompañando a los salones o directamente a sus habitaciones.

Rara vez se cogen clientes sin cita previa, así que, se sabe perfectamente a qué habitación va cada uno y qué servicio ha requerido para esa noche. Tampoco se atiende nunca a más de dos clientes por noche para cada chica, aunque a veces, ha habido clientes que te contratan toda la noche, también pueden requerir tus servicios fuera del chalet y eso sube el precio bastante. Independientemente para lo que sea; acompañarlo a una cena, un evento social o una noche de sexo en un hotel, la hora se cobra igual y siempre vamos vigiladas muy de cerca por uno de los chicos de seguridad a los que también se les paga más la hora, normalmente siempre es José, el que nos acompaña. Ya sea por su casi metro noventa y cinco de altura, por su espalda que parece un ropero de cuatro puertas o esas manos que parecen tablas de planchar, o simplemente por su mirada de: dime algo que te meto una hostia que no te reconoce ni la madre que te parió.

El caso es que siempre le toca a él, aunque curiosamente cuando el servicio es de Celia, nunca puede y tiene que cubrirlo Javi.

Ahora hay que cambiarse mientras que Celia se tiene que poner el vestido de cuero negro, a mí me toca el de colegiada para luego bajar al salón y esperar la llegada de Rubén.

—Oye Celia, ¿qué ha sido eso de abajo? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

—¡Pues nena a qué va a ser! Le has echado una mirada a José, que has puesto cachondo a todo el personal.

—Ja ja, anda no exageres, lo he mirado porque nos ha saludado, ¿qué querías que hiciera, que mirara al techo?

—Celia, te conozco desde pequeña y José, te pone, ¿por qué no intentas algo con él? Vamos con el polvo que tiene yo se lo haría gratis —dije entre risas.

—Carmela tú eres muy puta y yo soy más decente.

Empecé a reír a carcajadas.

—Sí Celia, tú eres muy decente por eso se te caen las bragas cuando ves esa cara

de malote.

—Aun suponiendo que me gustara, que no es el caso, ¿crees que se fijaría en alguien como yo? —Agrega con cierta tristeza.

Se ha dado cuenta, al igual que lo he hecho yo... a José, le gusta pero no se acerca a ella por su trabajo.

—¿Por qué no? Eres preciosa y simpática, si yo fuera un tío me fijaría en ti —dije acercándome más a ella.

—También soy prostituta y eso eclipsa todo lo demás, el amor no está hecho para mujeres como nosotras, vamos de mano en mano siendo de todos y de nadie. Yo hace mucho que me jure a mí misma no cometer los mismos errores y eso implica cualquier relación que se salga puramente de lo físico... Bueno vamos saliendo que se hace tarde.

Preferí dejar el tema tal cual estaba, sabía que a ella le gustaba José, más de lo que deseaba admitir y que a él, ella no le era indiferente. Puede que tuviera razón, ¿estaríamos condenadas a estar siempre así? ¿Podría un hombre bueno y decente aceptar lo que eramos?

Bajamos las escaleras en silencio cada una sumergida en sus pensamientos. Cuando entramos en el salón Rubén, ya estaba allí tomándose su *whisky* con hielo, le lancé a Celia un guiño y fui hacia él.

—Buenas noches Rubén —le saludo mientras me agacho para darle un beso de bienvenida.

—Mi preciosa Melania, tan encantadora y bella como siempre —dice mientras se levanta y me sujeta por la cintura.

—¿Subimos? —pregunto.

—Por supuesto.

Cuando entramos en la habitación ya está iluminada, una gran cama de dosel en el centro de la estancia con dos mesitas, una a cada lado de la misma, en una hay una botella de vino y dos copas, y en la otra preservativos, unas correas y una fusta de cuero negro.

Se acerca a la botella de vino y sirve una copa para él y otra para mí, voy tras él y me posiciono a su espalda pasando mis manos por ella. Es un hombre atractivo, un madurito interesante que mantiene esa belleza que había tenido en su juventud.

Tiene el pelo corto y cincelado con canas, dependiendo de la luz parecen betas de plata, unos labios finos y en su cara surcan algunas arrugas propias de su edad, se gira para mirarme y me entrega la copa de vino. Bebo un sorbo mientras él va quitando los botones de mi blusa, me quita la copa bruscamente, me lanza sobre la cama y me arranca la falda de un solo tirón.

—Colócate bien en la cama con los brazos y las piernas abiertas, boca arriba, por favor.

Rubén, siempre tan educado. Hago lo que me pide, se pone sobre mí, coge las correas y me sujeta las manos al cabecero de acero forjado y luego los tobillos.

Después se pone de pie y me observa.

—Preciosa, debería hacerte una foto y pintar un lienzo por lo hermosa que estás.

¡Sí hombre, lo que me faltaba, que tuviera en medio de su salón un lienzo mío de esta guisa! Pensé.

Se va desnudando poco a poco hasta que se lo quita todo, luego pone sus rodillas a ambos lados de mi cabeza, y me introduce su pene en la boca. Empiezo con pequeños lametones hasta que la succiono en su totalidad, mientras él gime de placer y desliza la fusta por mi sexo. Primero va poco a poco, hasta que las embestidas son cada vez más violentas hasta tal punto, que llego a pensar que me va a ahogar.

Finalmente aminora el ritmo, supongo que por miedo a correrse y tener que parar la fiesta. Se aparta y da un sorbo a la copa de vino para luego darme otro a mí, bebiendo de su boca.

Sí, yo beso a los clientes, supongo que hay quién no lo hace, pero decir que un beso es muy personal, cuando dejo que penetren todos los orificios de mi cuerpo, me resulta cuanto menos irónico.

Con las mismas se sienta a mi lado y me suelta las manos, las cuales tenía ya entumecidas y termina de sacarme la camisa que hacía rato había desabrochado.

—Levántate y siéntate sobre mí —ordena.

Y así lo hago. Mientras yo me siento, él termina de ajustarse el cordón, para luego sujetarme por las caderas y penetrarme con fuerza. No puedo evitar gritar porque una punzada de dolor me recorre todo el cuerpo.

Disimulo a la perfección el grito de dolor como si fuera de placer, aunque si él se hubiera dado cuenta, tampoco habría parado.

Rubén, es algo retorcido y se excita infringiendo dolor. Me insta a moverme siguiendo las pautas que él marca sujetándome, mientras él gime y disfruta, yo pienso en las cosas que tengo que hacer al día siguiente y en la ducha que me daré al llegar a casa, y todo esto sin olvidarme de gemir, lo cual aunque parece fácil, es todo un arte.

Poco a poco va parando hasta que sin apenas verlo venir, me vuelve a lanzar sobre la cama, seguidamente se incorpora y me coloca boca abajo.

Bueno aquí llega lo doloroso...

«Madre mía quién me mandaría a mí meterme en estos bailes, ¡zas! ¡Zas! ¡Zas!».

Tres calambrazos de dolor me recorren entera, mientras que noto cómo arden los cachetes de mi culo, no puedo verle, pero sé cuál es su próximo movimiento.

Me agarra el pelo con fuerza y tira hacia atrás colocando mi cabeza en un ángulo bastante incómodo que incluso me dificulta la respiración, ¡zas! Un nuevo fustazo más y un nuevo grito, en total conté veinte.

Mientras yo aguantaba el dolor, él lo disfrutaba. Ya por fin veo como lanza la fusta fuera de la cama, acto seguido levanta mi pelvis y acometiendo con fuerza me penetra, ni siquiera lo noto, es tal la quemazón de mi culo que no siento nada más, aun así, gimo y gimo hasta que noto como él llega al orgasmo y hago lo propio, acelero mi respiración para simular que yo también.

Seguidamente cae derrumbado sobre mí, noto todo su cuerpo presionándose sobre la cama, siento sus gotas de sudor deslizarse por mi cara y como poco a poco, su respiración va volviendo a la normalidad.

—Mi preciosa Melania, ha sido maravilloso, como siempre.

—Para mí también —aseguro girando la cabeza hacia la derecha para mirarle a la cara.

Lo cual es mentira, me duelen las muñecas, el cuello y me arde el culo. Por suerte, se levanta y por fin puedo respirar, va hacia la mesita y deja un sobre, luego da media vuelta y se mete en el baño.

—No te vayas —comenta antes de cerrar la puerta del baño.

Trato de sentarme en la cama pero es imposible porque el dolor es insoportable, así que, me acuesto boca abajo y espero a que salga del baño.

—Melania tráeme mi chaqueta que está justo al lado de la puerta —me pide saliendo del baño.

Obedezco reuniendo toda la voluntad que puedo y me levanto de la cama sin que él note mi malestar y voy por ella para entregársela.

—Bolsillo interior izquierdo —me informa detrás de mí.

Meto la mano y noto una pequeña cajita de terciopelo.

—Es para ti preciosa, un regalo.

Saco la caja y efectivamente es de terciopelo negro.

—Acércate —dice mientras se sienta en la cama.

Camino hacia él y me siento justo a su lado haciendo acopio de todas mis fuerzas para no gritar cuando siento el colchón bajo mi culo. Con un leve movimiento de cabeza me indica que la abra. Es una lágrima de cristal celeste incrustada en plata y sujeta a una fina cadena.

—Gírate, vamos a ver qué tal te sienta.

Me la pone y besa mi cuello.

—Es preciosa, me encanta, muchas gracias Rubén.

—Bueno seguro que sabrás compensármelo dentro de un rato —agrega paseando sus manos por mis pechos.

Y durante las siguientes cuatro horas se lo compensé de todas las maneras que me pidió, hasta que por fin a las cinco de la mañana, dio nuestro encuentro por concluido.

Estaba agotada y no sabía cuánto tiempo le quedaba a Celia, así que, me vestí y bajé a fumarme un cigarro al jardín.

Cuando salgo, veo a José y Javi, postrados en la puerta igual que los había dejado horas antes.

—Hola hechicera, ¿qué tal ha ido?

—Bien Javi, como siempre, pero me duele el culo a rabiar —contesto con morritos de pena.

—¿Y Lola?

—Su segundo cliente acaba de irse, así que, no tardará mucho en bajar — respondió Javi.

—Está la cosa tranquila voy a dar un paseo por el jardín —nos informa José cortante.

Javi y yo lo vimos alejarse mientras refunfuñaba por lo bajo.

—Desde luego Javi, que tu hermano estará muy bueno pero que antipático es el tío.

Él me mira y comienza a reírse.

—Dímelo a mí que me pego la noche aquí con él muerto de asco.

—Oye, ¿y qué le pasa con Lola? —Ahí estaba mi vena cotilla.

Me mira con una sonrisa pícaro y contesta.

—No sé Carmen, supongo que la situación lo echa un poco para atrás... Es complicado, él... Yo creo que le gusta, pero... Bueno ya sabes...

—Que soy puta —se oye una voz a nuestra espalda.

—Lola, yo no quería...

—Déjalo Javi cielo si lo entiendo, ¿nos vamos? Estoy agotada —posa su mirada en mí.

—Sí claro, hasta mañana Javi.

—Hasta mañana chicas, cuidado en la carretera.

Nos vamos directas al coche y de ahí a casa. Aunque la calle está plagada de borrachos de fiesta, conseguimos llegar sin ningún incidente. Comemos algo, nos damos una ducha caliente y nos acostamos a dormir que mañana será otro día.

Capítulo 3

Cristian

¡Boom!

Me despierto sobresaltado y bañado en sudor, me paso la mano por la cara y luego por el cuello, una pesadilla...

Ansiedad, me duele el pecho... Estiro el brazo para coger el móvil y mirar la hora, las cinco de la mañana. Uf ya no podré dormirme de nuevo, no se escucha ni un solo sonido, solo mi respiración agitada y algún que otro grillo en el jardín.

Me gusta vivir en Chiclana, es un sitio tranquilo lejos del caos de la ciudad, me compré una casa de campo hace ya casi diez años. Había estado casi cinco años botando entre San Fernando o la Isla como se le llama coloquialmente a Cádiz pero al final acabe aquí. Creo que es el único sitio al que he podido llamar hogar.

Me levanto y voy hacia el baño, necesito refrescarme y calmarme. Me coloco frente al espejo del lavabo y abro el grifo para lavarme la cara.

Joder tengo los apósitos empapados de sudor, cuando amanezca iré a la clínica de Jerez para que me los cambien.

Salgo del baño algo más despejado, me cambio de camiseta y pantalón y voy a prepararme un café. Me siento en la encimera y empiezo a tomarme mi *nespresso* a pequeños sorbos y me dirijo al salón a ver un rato la tele.

Ya hace un mes que me dieron el alta hospitalaria, la que pedí voluntariamente porque estaba hasta los cojones de estar entre esas cuatro paredes que me ahogaban.

Llevaba seis meses ingresado y aunque los dos primeros estuve sedado deseaba volver a casa, así que, no es de extrañar que aquella fría habitación me pareciera una jaula, aunque era el doble de grande que el último corimec^[1] que estuve en Afganistán y que compartía con tres compañeros.

Afganistán... Quizás cuando me recupere del todo pediré volver a ir, total no tengo nada aquí y había perdido lo poco que me quedaba la última vez que fui.

Deseaba volver... A este paso estaré casi un año de baja gracias a mi última misión allí, solo podía pensar en recuperarme y regresar, aunque sea difícil e incomprensible amo mi trabajo y creo en lo que hago, sí... pediré voluntario y me largaré de nuevo.

Así fue transcurriendo la madrugada y despuntó el día, me sumergía en mi cabeza intentado ordenarla y recolocarla para tratar de volver a ser la persona que un día fui.

Cuando me vengo a dar cuenta, ya han pasado las nueve de la mañana, así que,

voy a cambiarme para no llegar muy tarde a que me hagan las curas, es sábado y parece que la gente enferma más en fines de semana, porque la sala de espera de urgencias siempre está petada.

Odio las curas, el tiempo que estuve en la unidad de quemados fue terrible, y cuando llegó el momento de los injertos la cosa fue aún peor. Por suerte con los meses mi evolución fue cada vez más favorable hasta que el dolor disminuyó o simplemente me acostumbé a él.

Llevo un mes haciéndomelas a diario porque las quemaduras aún segregan líquidos que mi cuerpo produce, cuando estén secas podrán tratarme con parches de plata, y en vez de curarme cada día podrán hacerlo tres veces por semana. Las primeras dos semanas estuvo viniendo una enfermera a casa porque me era insoportable apoyar la espalda en el asiento del coche, pero por suerte han mejorado mucho y yo mismo puedo ir al hospital y me sirve de entretenimiento, ya que esto de no hacer nada es un aburrimiento.

Intenté volver a entrenar pero la piel de mi espalda aún estaba muy tierna y me tiraba cuando cogía las pesas, quise volver a correr pero el sudor hacía que me escocieran horrores, así que, básicamente leo, miro la tele y juego a la *play*. Espero poder empezar pronto la rehabilitación y recuperar toda la masa muscular que he perdido por culpa de esta mierda.

¡Qué sillones más incómodos! Con lo concurrida que está siempre esta sala de espera, ya podrían poner unos butacones que no te destrozaran la columna, ahora toca echarle paciencia. Me entretengo mirando el móvil mientras espero, *WhatsApp*, *Facebook*... Qué coñazo siempre lo mismo. De vez en cuando miro la pantalla por si de una vez sale mi número para entrar... ¡Por fin!

Entro en la consulta y no hay nadie, así que, espero de pie a que venga alguien.

—Perdone, ¿viene para una cura? —pregunta una voz de mujer tras de mí.

—Sí —afirmo.

—Acompañeme por favor —me pide la enfermera.

La sigo por un largo pasillo hasta llegar a una sala con un cartel que pone: sala de curas, muy acertado el nombre, sí señor.

Entro tras ella y me invita a sentarme mientras comprueba algo en el ordenador.

—Dígame su nombre —pregunta mirándome.

—Cristian Borrell Martínez.

—Son curas en la espalda, ¿no? Aquí pone que se las hace diarias, ¿es cierto? —pregunta mirando la pantalla del ordenador.

—Sí señorita, aunque ayer no vine pero me dijo la enfermera que me vio el jueves que no pasaba nada —respondí.

—Sí, no se preocupe, yo soy enfermera de planta, pero veremos que tal están, descúbrase y tumbese sobre la camilla boca a abajo.

Vaya tela, ¿cómo me voy a tumbar si no? Fijo mi vista en el suelo mientras la oigo rebuscar entre cajones y muebles, supongo que preparando el material que va a usar.

—Bueno allá vamos.

Me preparo mentalmente para lo que viene ya que las curas duelen muchísimo.

—Vaya, ¿cómo se hizo esto?

Ya estamos con la preguntita...

—Una explosión —contesto secamente.

—¿En su casa?

—No.

—¿En el trabajo?

—No.

—¿Un accidente de coche?

—No.

—¿Y dónde fue?

—Perdone, ¿es necesario todo este interrogatorio para curar unas quemaduras?

Qué mujer más pesada, creo que ha captado la indirecta porque no vuelve a insistir, pasan unos minutos en los que solo se oyen los sonidos que ella produce manejando el instrumental que está utilizando para intentar arreglar el estropicio que tengo y mientras yo interiormente cagándome en todo por lo que duele.

—Las heridas están casi secas, si sigue así dentro de poco podrá empezar a venir un día sí y otro no, de todas formas pida cita a su médico que lo valore.

—Gracias así lo hare, hasta mañana.

Por fin fuera, son casi las doce del mediodía y no me apetece volver a meterme en casa así que, creo que iré a tomarme una cerveza, hay una pequeña cafetería no muy lejos de donde vivo a la que suelo ir, la camarera es simpática y el sitio es tranquilo.

—Buenos días Sara.

—Buenos días Cristian. ¿Lo de siempre? —pregunta.

Asiento y me dirijo a la mesa donde siempre me siento, el sitio no es muy grande solo tiene seis mesas y una barra en forma de L justo en frente de la puerta, pero me gusta, es acogedor y nunca suele estar muy lleno, al menos a la hora que yo suelo ir. Soy un animal de costumbres, a las doce una cervecita y a las cinco de la tarde un café, antes de que todo cambiara iba a otro que estaba un par de kilómetros más lejos.

Pero hace dos semanas cuando empecé a salir de casa descubrí este dando un paseo y ya fuese porque Sara me hacía sentir muy a gusto o porque este me cogía más cerca de casa... Decidí cambiar mi fidelidad de la Tahona a Cafetería Enid. Está claro que el nombrecito significará algo para los propietarios porque es raro de narices.

—Aquí tienes Cristian, ¿qué, como pinta tu sábado?

—Como todos los demás Sara, no tengo ahora mismo una vida social muy activa —contesto mientras me llevo la cerveza a la boca.

—Pues será porque no quieres, con lo guapo que eres podrías tener algún plan.

—Uy que va, déjate que las mujeres solo traéis complicaciones.

Ella empieza a reírse y agrega:

—Si ya claro, y los hombres sois tan simples...

Voy a contestarle cuando entran un par de ancianas, Encarna y María vienen cada sábado a esta misma hora, se piden dos descafeinados de sobre y una porción de tarta de manzana cada una.

Se nota que ambas son viudas y amigas desde hace años, hablan de sus hijos, de sus nietos y de lo que la vida había cambiado, apenas he cruzado un par de frases con ellas y me daba la sensación de que las conocía desde hacía años.

Siempre he sido muy observador, en parte creo que es por mi trabajo, he estado en lugares donde tenía que estar en un estado permanente de alerta, atento continuamente a todo lo que me rodeaba y de alguna forma con el paso de los años lo he extrapolado a mi día a día convirtiéndose en parte de mí.

Bueno allá vamos, saco mi libreta de la bolsa de mano que llevo y empiezo a escribir.

Día 10...

Estoy tan inmerso en mi escritura que apenas me doy cuenta cuando Sara se lleva la botella vacía y me trae otra, levanto la cabeza y la veo hablando animadamente con dos chicas y ambas bastante atractivas. Contemplo como bromean y una de ellas ríe a carcajadas cuando su amiga trata de sentarse en uno de los taburetes altos de la barra y no lo consigue, solo pone caras de dolor mientras la otra se ríe cada vez más fuerte, hasta yo no puedo evitar sonreír ante esa estampa. Esa chica intentando poner su culo en el asiento, que por cierto, ¡qué pedazo de culo tiene! Se habrá caído y se habrá lastimado.

De repente noto como se va hinchando el bulto de mis pantalones, creo que llevo demasiado tiempo sin echar un polvo. Observo como apoya la frente en la barra y empieza a reírse ella también.

—Por dios un buen cristiano que le traiga a mi amiga un cojín para sus bellas posaderas —dice su amiga en tono dramático.

Las tres comienzan a reírse aún más fuerte mientras las dos abuelas que están sentadas justo en frente no paran de bromear ante lo cómico de la situación. Me ofrecería voluntario para sentarla en mis rodillas pero me temo que la ensartaría al notar ese culo sobre mí.

Entonces algo pasa... me mira... la miro... sonrío... sonrío... menudo gilipollas estoy hecho.

No es hermosa pero tiene algo que me atrae, una larga melena negra, unos profundos ojos oscuros y una preciosa sonrisa, aunque tiene pocas tetas... algo malo tenía que tener. Decido intervenir, total tampoco tengo nada mejor que hacer.

—Yo tengo un cojín —cinco pares de ojos se vuelven hacia mí y empiezan a descojonarse.

—¡No jodas! ¿Y dónde lo llevas guardado? —pregunta la mujer que tiene toda mi atención.

—En el coche.

—¿Para qué coño llevas un cojín en el coche? —pregunta su amiga entre

lágrimas.

—Pues porque tenía la esperanza que algún día una bella mujer necesitara uno y así estaba preparado —contesto fijando mi vista en la morena.

Más risas... desde luego Cristian que te metes en cada movida... Me levanto y voy hacia ellas, no dejo de mirarla, ni ella a mí, madre mía parezco un puto idiota. ¡Cristian reacciona, di algo! Hasta que Sara, en su infinita sabiduría salva la situación.

—Cristian ellas son las dueñas, Carmen y Celia, jefas este es Cristian.

La que se llama Celia, se acerca a mí y me da dos besos, pero soy yo el que se acerca a Carmen, para darle los dos besos de cortesía. Tiene la piel suave y cálida, es joven, más de lo que yo pensaba, no tiene que haber cumplido aún los veinticinco años, aunque creo que de tanto mirarle el culo me he desconcentrado.

—¿En serio tienes un cojín en el coche? —pregunta.

—Si hace algunos meses tuve un... accidente y lo compré cuando empecé a conducir de nuevo para ir más cómodo. ¿Quieres que te lo traiga?

—No de verdad, no te molestes tampoco me duele tanto es más que nada molestia.

—No sería una molestia para nada, de todas formas quizás en una silla baja estarías más cómoda.

No sé muy bien qué me pasaba pero lo cierto era que estaba a gusto con ella y parecía que ella conmigo también, no me atrevía a preguntarle si tenía pareja para no parecer un desesperado, pero joder lo estaba y tanto que lo estaba. Llevaba casi un año sin echar un polvo y eso pasa factura, había tenido follaamigas pero desde que regresé no había estado de humor para llamar a ninguna.

Su amiga viendo la situación se aleja al otro extremo de la barra a arreglar papeles mientras Sara se acerca a ella de vez en cuando, ya que su jefa la reclama.

Mientras sigo con Carmen, hablando de cosas bastante banales, es de Málaga pero se vino a Cádiz a estudiar con Celia, Ciencias del Mar, tenía veinticuatro años y cogieron la cafetería hace seis, cuando Celia cogió una herencia de su abuelo. Viven en Cádiz capital y no suele venir mucho por la cafetería, confían plenamente en Sara, que está aquí desde el principio.

—Vaya son casi las tres de la tarde, supongo que tendrás que irte ya, es hora de comer y seguro que tu novio te está esperando —desde luego el tacto no es lo mío.

Ella me mira y sonrío.

—La verdad es que sí que tengo algo de hambre, pero tranquilo no me espera nadie, vivo con Celia, y no tengo novio.

¡Toma ya! No tiene novio y vamos aunque lo hubiera tenido no me hubiera importado.

—Carmen vámonos ya por favor que estoy muerta de hambre —dice Celia a mi espalda.

Joder con la dichosa Celia, que me ha cortado el rollo, me dan ganas de volverme

y decirle cuatro cosas, pero decido callar por no parecer un capullo.

—Que sí Celia, que ya nos vamos, dame al menos un segundo —contesta mirando a su amiga con cara de: no me seas corta rollos y cállate ya.

—Bueno Cristian, tengo que irme antes de que esta empiece a morder a gente y nos monte aquí una peli tipo *The walking dead*, ha sido un placer conocerte —se levanta de la silla.

Mierda Cristian haz algo, di algo que se va...

—¿Tienes *WhatsApp*? —¡Ole tus huevos! Vaya pregunta... ¿Quién no tiene *WhatsApp* hoy en día? Anda que hoy me estoy luciendo...

Ella se gira y me mira.

—Claro, apunta, quizás podamos vernos otro día. Sara lo de Cristian corre por cuenta de la casa.

—Ok jefa —contesta esta desde el otro extremo de la barra.

—Gracias, pero no es necesario de verdad —le digo a Carmen.

—Lo sé pero quiero hacerlo, la próxima invitas tú —añade sonriéndome.

La próxima vez... ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿A qué hora? Dime que podré echarte un polvo, «no lo digas no lo digas que vas a parecer un salido» me contradigo a mí mismo.

—Claro estaría guay —¿guay? ¿Acabo de decir guay? *Ojú* de verdad Cristian, que vaya tela eh... La madre que me parió, parezco subnormal.

—Ya tienes mi número, así que, cuando quieras —asegura sonriendo de nuevo.

Joder qué sonrisa más bonita tiene, me la pone dura con solo mirarla, no metas la pata Cristian no metas la pata...

Se acerca a mí y me da dos besos, pongo mi mano en su cadera y ella la suya en mi hombro, no te vayas, manda a tu amiga la corta rollos a la mierda y vente a mi casa conmigo. Madre mía si pudiera leerme la mente saldría por corriendo.

Las veo irse de la cafetería hablando entre ellas y ahí me quedo yo, como un gilipollas mirando cómo se va... Me pegaría horas venerando ese culo. Hasta que una voz me saca de mi atontamiento.

—Si quieres te presto mi mandil —comenta Sara sonriendo.

—¿Para qué quiero yo tu mandil? —pregunto levantado una ceja.

Ella empieza a descojonarse en mi cara.

—Para las babas chato, que me estás mojando el suelo.

La miro con ganas de estranglarla y contesto.

—Que graciosa estás hoy eh, solo me ha caído bien, nada más —cosa que no me creo ni yo.

Ella me mira de nuevo y vuelve a partirse el culo a mi costa. Me termino mi cerveza de un trago, recojo mis cosas que dejé sobre la mesa donde estaba antes de que llegaran, me despido de Sara y salgo a la calle.

Para estar en febrero hace un temperatura bastante agradable, pienso en mandarle un *WhatsApp* ¿pero qué le digo? Se ha ido hace cinco minutos, bueno se lo puedo

mandar, así tiene mi número para que lo guarde en su agenda.

Me voy a mis contactos y ahí está, una foto suya de perfil con Celia, ambas con la lengua fuera y sonriendo. Joder qué buena está la hija de puta... Está en línea... Venga ahora toca mándaselo.

—*Hola morena, soy Cristian, el de la cafetería, así tú también tienes mi número*
—enviar.

Vamos léelo... léelo...

Escribiendo...

—*Ja ja hola Cristian ya te he agregado, bss.*

¿Bss? ¿Le digo de quedar esta noche? No mejor no, mañana le hablo a ver si quiere tomar un café, una cerveza o lo que sea...

Me voy a casa y paso el resto del sábado haciendo el vago, menos mal que tengo la play porque si no, me muero. De vez en cuando me permito pensar en ella, me gusta, tengo que volver a verla. ¿Le importará a mi espalda quemada? Ahora mismo no es muy agradable de ver, no creo que le importe, vamos no tiene porqué, se me quemó la espalda no la polla. Joder qué cerdo soy a veces, bueno si veo que la cosa puede ir a más, pues se lo digo, si no, ¿para qué?

Capítulo 4

—Vuélvete disimuladamente y dime si está mirando —le pido a Celia muy bajito.

Ella que es toda una experta en el arte del espionaje, mira tanto hacia atrás que creo que se le va a romper el cuello.

—Celia tía te he dicho con disimulo... que solo te ha faltado ponerte un neón.

—Sí, Carmela, te está mirando, ¿cómo quieres que vea sin volverme? No tengo ojos en la nuca.

—Si hija pero no tan descarada —contesto sonriendo.

Vamos caminando y nos metemos en el primer restaurante que vemos a comer algo, doy gracias que los sillones sean acolchados porque mi culo no aguantaría algo duro ahora mismo. Sé que no debería estar pensando en él, pero lo hago. Recuerdo sus labios gruesos, su barba bien cuidada y recortada, salpicada con alguna cana, sus profundos ojos marrones mirándome como si me desnudaran, sus manos... Dios lo que podrá hacer con esas manos... Su cuerpo... Rondará el metro noventa, ancho de espalda y se nota que hace deporte. ¿A qué se dedicara? Dios cómo me pone...

—¡Carmela! Baja a la tierra tía que te estoy hablando y pasas de mí, ¿estás pensando en el tío de la cafetería? No me jodas.

—Joder Celia, que bueno está, se me han caído las bragas al suelo vamos... ja ja.

—No ya, si me he dado cuenta, he estado a punto de acercarte un mantel para las babas, está que te cagas a ese no solo se lo hacía gratis sino que encima le pagaba yo a él ja ja —comenta riendo.

—Pero qué putona eres cielo, además tampoco sé si volveré a verlo —comento jugando con mi copa.

—*Tuoche*^[2] *Princesse*^[3]. Pero algo me dice a mí que volverás a verlo... Por cierto ¿de qué habéis hablado? ¿Qué edad tiene? —pregunta.

—No lo sé —respondo.

—¿Dónde vive? —pregunta de nuevo.

—No lo sé.

—¿En qué trabaja?

—No lo sé —joder no sé nada...

—A ver Carmela, habéis estado hablando más de una hora, ¿no te ha dicho nada de él?

—Pues ahora que lo pienso... No.

—¿Entonces de qué habéis hablado? —pregunta levantado una ceja.

—Pues de mí —respondo algo confusa. Ella me mira y empieza a descojonarse en mi cara.

—¿Joder solo habéis hablado de ti? Ja ja ¡qué egocéntrica eres reina!

—Que no tía... Cuando iba a preguntarle algo sobre él, me hacía otra pregunta sobre mí y claro, me perdía.

Así pasamos la sobremesa, hablando y hablando, de vez en cuando miraba mi móvil por si recibía un nuevo *WhatsApp*, pero no era así. Terminamos de comer y emprendimos camino a Cádiz, esta noche tenía otra cita a las doce y quería descansar un poco antes de ir.

Una vez en mi cuarto me permito volver a pensar en él, dudo en si hablarle o no, cojo mi móvil, escribo y borro seis mensajes hasta que me doy por vencida y dejo el móvil en la mesita.

A las seis de la tarde, creo que debería echarme una siesta pero en vez de eso me pongo a leer un rato una trilogía que me tiene enganchadísima.

—¿Qué lees? —Me pregunta Celia tumbándose en mi cama.

Levanto el lomo del libro y se lo enseño.

—*Provócame*, mmm... Eso suena a libro guarro. ¿De qué va? —pregunta de nuevo.

Le explico que es una trilogía que se llama *Solo por ti*, de Angy Skay, y le resumo el argumento por encima deseando que se calle de una vez y me deje seguir con mi lectura. Parece interesada, así que, le digo que le dejaré que lo lea cuando lo termine.

—Bueno pues te dejo con tu lectura, voy a echarme un rato y tú deberías hacer lo mismo —dice levantándose de la cama.

—Sí, leo este capítulo y me acuesto un rato —contesto sin ni siquiera mirarla.

Oigo sus pasos salir de la habitación y yo sigo con mi lectura.

No sé cómo fue pero cuando me voy a dar cuenta la alarma del móvil me despierta, son las nueve de la noche, después de estirarme un poco en la cama me levanto, salgo de mi habitación y todo está en silencio, entro al cuarto de Celia pero no está, así que, me voy directa a la cocina a prepararme un café.

La cocina no es muy grande, un rectángulo como mucho de dos metros de ancho por unos cinco de largo, con muebles de madera y una encimera preciosa color rosa palo.

Busco mi tabaco que para variar, no sé dónde lo he dejado y me enciendo un cigarro mientras espero que se termine de hacer el café, hasta que oigo abrirse la puerta de la calle...

—Hola gorda —doy un grito desde la cocina.

Espero a que Celia, entre por la puerta de la cocina que está justo al lado de la puerta de la calle y para pasar a las habitaciones o al salón hay que pasar por ahí.

—Hola reina —saluda entrando en la cocina—, aquí huele a tabaco, ¿otra vez fumando? Qué costumbre más asquerosa.

—Sí Celia, yo también te quiero, ¿dónde has ido? —Una pregunta bastante absurda porque viene cargada de bolsas del súper.

—De la peluquería, no te jode, pues de comprar ¿no me ves? Que tenemos todo

vacío, hasta el ratón que teníamos viviendo aquí se ha ido porque se moría de hambre.

Así es ella, borde y dulce, cariñosa y arisca pero aun así, una de las personas que más quiero en el mundo, la única que me entiende de verdad, la que conoce la peor parte de mí, mis mayores demonios y aun así sigue queriéndome. Todo el mundo debería tener una amiga como ella.

Se quejaba, renegaba y se cabreaba, pero a la hora de la verdad si tenía una batalla era la única que combatía a mi lado.

Para Celia la vida no había sido sencilla, mientras yo tenía una familia que me quería, me apoyaba y en la que nunca me faltó amor, ella tuvo que aprender desde muy joven a defenderse sola, consiguió meterse en la universidad con becas, trabajaba de día y estudiaba de noche, ahorró durante años para poder salir de Fuengirola.

Luego su suerte cambió y el mundo de la prostitución de lujo le dio las comodidades que nunca había tenido. Nunca hablaba de sus malos años, sabía que a veces la torturaban, veía reflejada la tristeza en sus preciosos ojos verdes pero no hablamos ello. Hacía años que había optado por hacer cómo si jamás hubiese sucedido, pero en el fondo aquello se grabó a fuego en su alma y moriría con ella.

Pegué un salto de encimera y le serví un café mientras la escuchaba renegar de lo mal que olía a tabaco y que a este paso un día nos íbamos a comer la una a la otra.

Es curioso el dolor o el sufrimiento que puede llegar a tolerar el ser humano, como te hunde y vuelve a levantarte, cuando pensamos que hemos tocado fondo y nuestra alma se ha quebrado, volvemos a recomponernos y continuamos luchando. ¿Pero qué pasa cuando te han roto tantas veces en millones de pedacitos de ti misma que te es imposible volver a tu estado inicial? Ahí llega el verdadero tormento, ese que te ahoga y oprime cada parte de todo lo que eres.

En ese punto estaba ella desde hacía años... Viva pero marchita, era un recipiente hermoso pero vacío, solo había querido a una persona en toda su vida, la única por la que daría cualquier cosa... yo.

—Toma Cel, un cafelito —me acerqué a ella y le dí un fugaz beso—, anda no te enfades, ya sé que odias que fume en casa, ¿me perdonas? —Me pongo a hacer pucheros.

—No es eso Carmen, me he despertado de la siesta un poco tonta solo eso.

La miro un segundo y la abrazo, sé que no necesitaba palabras de consuelo ni nada que se le pareciera, solo precisaba de calor humano, sentirse querida. Las veces que eso sucedía ahí estaba yo para mimarla y darle miles de abrazos para que supiera que no estaba sola.

—¿Te das una ducha mientras yo preparo algo de cena y abro el vino para que se airee?

—Vale, pero por favor no vuelvas a quemar la cocina eh.

—Hey yo no la quemé solo se chamuscó un poco —sonrío.

Ella me mira de reojo levantando una ceja.

—¡Vale! Pues no vuelvas a chamuscarla —agrega saliendo de la cocina.

Vale sí, es cierto, hace un año quemé un poco la cocina, debo decir en mi defensa que no sabía que un bote de alcohol era mucho para hacer dos chorizos al infierno, mi destreza culinaria se limitaba a freír unos huevos y meter comida precocinada en el microondas. Miro la nevera y ¡bingo! Hay huevos, ya tengo el cincuenta por ciento de la cena, rebusco en el congelador y encuentro patatas congeladas, ahora solo tengo que prepararla y tratar de no quemar el edificio.

Cuando sale de la ducha, la mesa está preparada y la cena casi lista.

—¿Te ayudo? —pregunta desde la puerta de la cocina.

—No cariño, solo me falta freír los huevos y listo, llévate el vino a la mesa y ya voy.

A los pocos minutos salgo de la cocina bandeja en mano con los cuatro huevos fritos y la fuente de patatas fritas. Me siento a su lado y la observo en silencio unos segundos, mientras ella se sirve sus patatas.

—¿Pesadillas? —pregunto.

—Sí —responde sin levantar la vista del plato.

—¿Quieres hablar de ello?

—Es lo de siempre Carmen, nada más —responde tristemente.

Me acerco más a ella para pasarle el brazo por encima.

—Podemos hablarlo si quieres Celia, no estás sola, nunca lo has estado. —
Aseguro dándole un beso en la mejilla.

Me mira con sus preciosos ojos encharcados en lágrimas y en ese momento solo tengo ganas de matar a alguien.

—No llores gorda, aquello ya pasó ¿vale? Ahora todo eso quedó atrás y tú eres una persona nueva y me tienes a mí que te querré siempre.

—Lo sé Carmela, gracias por estar siempre ahí —me dice abrazándome de nuevo —, anda vamos a comer que tengo hambre —dice secándose las lágrimas y sonriendo.

Cenamos tranquilamente sentadas en el sofá charlando de todo y de nada, esa noche ella tenía un cliente que la había contratado cuatro horas y yo dos, uno a las doce y el otro a las tres, aunque casi nunca era puntual. Había una regla que nunca se rompía bajo ninguna circunstancia, total discreción, era raro que dos clientes se encontraran dentro del chalet, todo estaba cuadrado al milímetro para que fuera secreta la identidad de los visitantes de la casa. Casados, solteros, viudos, empresarios, banqueros, médicos, agentes de la autoridad, personajes públicos o famosos, nuestra lista era extensa y todos con un buen nivel económico.

Tanto José como Javi, cobraban una buena cantidad de dinero no solo por nuestra protección sino gran parte por no revelar nunca lo que allí veían.

Unas horas después estamos en la puerta de chalet, aparcamos donde siempre y llegamos donde se encuentran los dos hermanos.

Capítulo 5

—Buenas noches chicos. —Les saludamos.

—Buenas noches —contestan al unísono.

Javi como siempre con esa radiante sonrisa y José con su habitual cara de agrio, tampoco faltaron las miraditas de cada fin de semana entre Celia y José.

—¿José algún día piensas decirme qué problema tienes conmigo? —Suelta Celia de sopetón.

Dios nos pille confesados porque esta noche se lía.

Él le dirige una mirada que si llegan a ser espadas la ensarta como un pinchito moruno. Desde luego mi cara tiene que ser un poema y la de Javi, no está muy distinta.

—No tengo ningún problema contigo, anda corre que te esperan —contesta cortante.

—Correré si me da la puta gana, ¿te enteras?

Madre mía que papelón, ja ja la primera batalla, vencedora Celia.

—¿Pasa algo aquí fuera? —pregunta Olga desde la puerta del chalet.

—No, no, no —contestamos todos a la vez.

—Pues hala, a trabajar.

Nos damos la vuelta para entrar en la casa no sin antes lanzarse miradas de: ya te cogeré luego.

Prefiero no hacer ningún comentario sobre lo que ha pasado abajo, Celia hoy no tiene un buen día y no quiero cabrearla más. Así que, subimos a nuestro dormitorio y comenzamos la noche.

Seis horas después de un buen gratificado trabajo, el silencio reina en la casa, Celia y yo estamos terminando de vestirnos cuando la puerta del dormitorio se abre dando paso a Angie más conocida como Angélica.

—Hola reinas, uf estoy agotada... Madre mía ese muchacho es insaciable.

Angie un bellezón de metro setenta con unas curvas de infarto, una larga melena color arena y unos profundos ojos canela, tiene veinticinco años, natural de Valladolid aunque lleva dos años asentada en Cádiz trabajando para la agencia de Olga.

Desde que la conocimos congeniamos a la perfección, así que, no fue difícil hacernos amigas al poco tiempo de su llegada.

—Hola Angie, ¿ya te vas? —Pregunta Celia.

—Sí ya he acabado por hoy, mañana me voy hasta el miércoles a Sevilla con un cliente, quiero descansar y preparar la maleta, ¿vosotras que tal?

—Bien, deseando irnos a desayunar, ¿te apuntas? —Pregunto.

—Claro dadme veinte minutos y nos vamos.

Nos vamos a la parte de abajo mientras ella se cambia y de paso, yo puedo fumarme un pitillo, no había fumado en toda la noche y menos dentro del chalet, así que, me sabe a gloria cuando me lo enciendo.

Llegamos a la puerta, Javi y José siguen allí, es una situación violenta para todos los presentes y para nadie pasan inadvertidas las miradas que este último le lanza a Celia y viceversa.

—Se acabó, ¿no? Ahora a descansar —pregunta Javi.

—Sí Javi, por fin, ¿y vosotros? —pregunto yo también.

—A punto de irnos, estoy desesperado por un café —comenta mirando de reojo cómo su hermano y Celia se lanzan rayos y centellas con los ojos el uno al otro.

Que tensión...

—Nosotras también, ¿os apuntáis?

De repente tres pares de ojos se clavan en mí y dos de ellos casi me perforan. Lo reconozco tengo una mente retorcida y ¡me encanta!

—Yo paso —comenta José de manera cortante.

—Ni falta que hace —agrega Celia en el mismo tono.

—Qué pasa ¿te molesta si voy? —pregunta.

—Pues ahora que lo dices, sí, la verdad, prefiero que venga solo Javi.

¡Toma ya! Aquí la tensión se podría cortar con un cuchillo... Segunda batalla vuelve a ganar Celia.

—Pues yo me apunto —añade Javi de repente.

—Pensándolo mejor yo también, me apetece un café.

Toma ya con José, este va a cuello.

—Bueno pues decidido todos a tomar café.

A los pocos minutos aparece Angie por la puerta y después de informarle de las nuevas incorporaciones para el desayuno, nos vamos las tres directas a los coches mientras los chicos entran a despedirse y a cobrar su noche.

Poco después de salir del chalet vemos aparecer el coche de los hermanos y emprendemos camino a una cafetería cercana que sabemos que abre temprano.

Lo que creía que sería una situación tensa, resulta ser un rato muy agradable gracias a las bromas y ocurrencias de Javi, mientras José permanece callado sin apenas participar en la conversación.

Celia se disculpa y va al baño pero lo que nos extraña fue que José va detrás segundos después, no le damos importancia en ese momento y sigo hablando con Javi y Angie. A los pocos minutos Celia llega a la mesa y José detrás de ella, pero hay algo raro Celia está... Acalorada... ¡Madre mía aquí ha pasado algo!

José prosigue con su característico semblante mirando a Celia, mientras da pequeños sorbos de su taza, la miro a ella de reojo y... ¿está ruborizada? Ver para creer... huy, huy, aquí hay tomate.

—Bueno chicas ha sido un desayuno muy agradable pero creo que ya va siendo

hora de irnos a descansar que a todos nos espera una larga semana —comenta Javi.

Empezamos a recoger nuestras cosas y ponernos los abrigos para pagar y marcharnos.

—Nenas podríamos quedar la semana que viene cuando vuelva para salir a cenar y hacer algunas compras —dijo Angie dirigiéndose a nosotras.

—Venga guay cuando llegues del viaje nos llamas y quedamos.

Estoy deseando que se vayan todos para pillar a Celia por banda y someterla al tercer grado y saber qué ha pasado en los servicios de la cafetería.

En cuanto nos sentamos en el coche la curiosidad me mata.

—Cuéntamelo ¡TODO! —exijo en cuanto que nos subimos al coche.

—No sé qué quieres te cuente —contesta restando importancia al asunto.

—Celia Rodríguez o me cuentas ahora mismo lo que ha pasado o te vas para Cádiz haciendo dedo —la amenazo.

—Serás zorra retorcida... —Sonríe—, está bien Carmela, más vale que te prepares porque vas a flipar...

—Pero venga coño al grano —la insto.

—Si no te callas no avanzamos.

Hago el gesto de cerrar una cremallera invisible en mi boca y tiro la ficticia llave por la ventanilla.

—Había ido al servicio como viste y ni siquiera me di cuenta que vino detrás, los aseos tenía primero la puerta de señoras y luego la de caballeros, así que, cuando salí no me di cuenta que estaba detrás de mí de mí hasta que lo tuve encima...

—Madre mía ¿y qué y qué?

—¡Quieres callarte ya! Total que en una abrir y cerrar de ojos estaba con la espalda pegada a pared y él pegado a mí, notaba su cuerpo caliente sobre el mío y empecé a arder, no sé Carmen... Me puso una mano en el cuello y con la otra me sujetaba la cadera...

—La madre que me parió, ahora mismo si me pinchan no sangro... ¿Y? —pregunto encendiéndome un cigarrito.

La observo y por un momento, su mente viaja en el espacio del tiempo y vuelve a esos servicios.

—Tenía su cara pegada la mía tía, notaba su aliento envolviéndome mientras miraba mi boca como si deseara comérsela, no sabía qué decir, sabes que a salidas no me gana nadie pero en ese momento tenía la boca seca y no podía articular palabra.

—¿Te besó? ¿Te dijo algo? —Por Dios la curiosidad me mata.

—Empezó a acariciar mi cara con su nariz y a respirar de forma descontrolada, notaba su erección sobre mi abdomen y cómo yo me iba excitando por momentos, creía que me besaría Carmen, lo deseaba, nuestras bocas casi se rozaban, notaba su perilla haciéndome cosquillas en la cara, pero cuando habló casi me desmayo.

»No puedo evitar mirarte y desear arrancarte la ropa, me perturbas, me torturas, solo pienso en meterme dentro de ti y hacerte gritar como nunca han hecho ni harán

ninguno de todos esos gilipollas que te follas, pero oye está bien princesa, yo nunca, nunca te voy a tocar por mucho que lo desee, jamás me mezclaré con una mujer como tú. Me soltó y se alejó a la puerta de los servicios de caballeros, esperé unos segundos para relajarme y volví a la mesa.

—Joder estoy flipando Celia, o sea que... —No puedo seguir al ver su cara, se la veía... ¿triste?—. Mira tía que le den por culo, tú no necesitas su aprobación para nada, muchos prejuicios de que seas prostituta pero él bien que pone la mano para recibir el sobre que Olga le da, que parece que se le ha olvidado que su sueldo sale del mismo sitio que el nuestro... Gilipollas...

—Ya lo sé... —contesta tristemente.

—Ahora nos vamos a ir a casa a descansar y cuando nos despertemos nos iremos a ver los coros que pasado mañana es fiesta en Cádiz y podemos aprovechar y salir de copas un rato, ¿vale?

—Vale Carmela.

Hicimos el camino de vuelta a casa en silencio, quería consolarla de alguna manera, reconfortarla de alguna forma, pero no sabía cómo. Así que, opté por callar y dejarla con sus pensamientos, nunca se había avergonzado de la vida que eligió hace ya unos años, pero creo que su decisión hoy le pesa más que nunca.

Llegamos a casa un poco más tarde con una idea fija: dormir. Me doy una ducha rápida y me meto en la cama para caer muerta antes incluso de poner la cabeza en la almohada.

Bip bip... bip bip me tapo la cabeza con la almohada... No quiero oír el móvil sonar, quiero dormir...

Paso de quien sea, solo quiero seguir durmiendo... Vuelvo a caer en los brazos de Morfeo con la misma rapidez que el infernal sonido me había sacado de ellos.

Capítulo 6

Cristian

Me despierto temprano, llevo años haciéndolo y tengo la hora cogida. Entraba en el cuartel a las siete y media, así que, solía levantarme a las seis para desayunar con tranquilidad, afeitarme y vestirme. No me gustan las prisas, prefiero todo a su tiempo y sin presiones.

Me preparo mi café matutino y me lo tomo mientras veo un rato la tele. De repente su imagen me viene a la cabeza; la morena. Podría hablarle hoy y quedar para tomar algo, ¿debería escribir sobre ella? Hacía unas semanas que el psicólogo, o como yo le llamo, loquero, me recomendó escribir un diario sobre mis pensamientos, desde mi regreso de Afganistán me notaba raro... Nervioso, también el estar tantos meses convaleciente había afectado a mi ánimo y estaba más irascible, aunque supongo que era más que razonable.

No había decidido ir al loquero por el atentado en sí, eso lo tenía superado, eran demasiadas cosas las que me llevaron a este punto.

—Bueno Cristian, ¿Por qué no me hablas un poco de ti?

—¿Qué quiere saber?

—Lo que quieras contarme, pero empecemos por el principio —guarda silencio unos segundos y continúa—, he notado que tienes cierta dificultad para moverte, ¿qué te ha pasado?

—Soy militar, infante de marina, hace unos nueve meses pedí ser voluntario para ir a Afganistán, y cuando llevaba tres meses, el convoy donde iba sufrió un atentado y me quemé la espalda. He estado seis meses ingresado en la unidad de quemados de Madrid y hace seis semanas que pedí el alta voluntaria y volví a casa.

El loquero me mira como si intentara ver más allá, supongo que no se imagina exactamente el motivo por el que fui a su consulta.

—¿Es el atentado lo que te ha traído aquí?

—No... Bueno no creo, realmente la idea no fue mía... En el hospital mi médico me recomendó que quizás me vendría bien hablar con alguien...

—Comprendo, pero aun cuando la idea no ha sido tuya... aquí estas, háblame del atentado, ¿cómo sucedió?

Me incorporo en mi silla y empiezo a relatar lo que ocurrió.

—Como he dicho antes iba en un convoy con otros veinte vehículos, íbamos de la base de Kabul a Herat. Allí las carreteras en sí, no existen, así que, el recorrido que

aquí puede hacerse en un par de horas, allí puedes tardar varios días. Yo iba en el primer lince, lince es el carro de combate que se llevaron a esta misión, caben cuatro personas, yo era el tirador.

»Estaba detrás de la ametralladora que se encontraba justo encima, los otros tres iban dentro. Llevábamos dos días de camino, todo estaba tranquilo, solo veíamos bosques y más bosques. Estos vehículos tienen un gran fallo si activas el inhibidor de frecuencia para no ser detectado por los insurgentes, te bloquea la radio para tener contacto aéreo y eso fue nuestra perdición o mi salvación, según se mire.

—Los carros llevan unos cinturones de seguridad que te sujetan al asiento y yo no me lo puse, hay que entender que el hueco donde estaba yo sentado era minúsculo, a duras penas tienes espacio para moverte, para cambiar la caja de munición —cojo aire y trato de revivir aquel momento en mi cabeza— todo pasó en unos segundos... el cohete RPG colisionó contra el carro y yo salí disparado por los aires... Apenas recuerdo lo que sucedió después, todo es... confuso... solo oía voces que me hablaban, compañeros gritándome pero apenas los distinguía... recuerdo el olor... olor a carne quemada... a muerte.

—Tres compañeros murieron ese día, eran buenos hombre, buenos soldados...

El loquero me observa como si quisiera leer a través de mí.

—Debió ser muy duro... ¿Te sientes responsable de aquello? ¿Culpable?

Le miro unos segundos sin saber si me está hablando en serio o simplemente de manera retórica.

—¿Por qué iba a sentirme culpable?

—Bueno sus amigos murieron delante de ti...

¿En serio me está preguntando si me siento culpable? ¿Este hombre es tonto?

—Doctor somos militares, ¿sabe qué significa eso? Cuando decides meterte en el ejército lo hacemos sabiendo lo que hay, tenemos unos ideales arraigados que crecen con los años, creemos en lo que hacemos, jugamos a la guerra en maniobras y en ejercicios de campo pero ir a un sitio como Afganistán, es lo que todos perseguimos desde el mismo momento que firmamos nuestro compromiso con el cuerpo. ¿Culpable? ¿Acaso yo fui quién lanzó el cohete? Mi mejor amigo, mi hermano murió en ese atentado, ha dejado a su esposa viuda y a mi ahijada sin padre, pero cuando pedimos ir voluntarios a sitios como estos sabemos los riesgos que corremos.

—Disculpe no quería ofenderle —responde algo avergonzado.

—No se preocupe, es solo... bueno yo estaba allí y podría haber acabado igual que ellos, lo siento, todos eran buenos hombres...

—¿Cómo se llamaba tu amigo?

—Rafa, Rafael Gómez, nos conocíamos desde que hicimos la instrucción hacía casi quince años, coincidimos haciendo un transbordo de Madrid a Cartagena y nos hicimos amigos, compartimos piso juntos en Cádiz, en San Fernando, estuvimos juntos en Bosnia, en Líbano, Iraq y Afganistán.

—¿Y qué hay de su familia, tienes hermanos?

—No hay familia, Rafa era mi familia —esta es una parte de mi vida de la cual no me gusta hablar, lo tengo superado desde hace años pero ciertamente no son recuerdos agradables... Aun así el loquero insiste en saber más.

—¿Y tus padres?

Un ligero suspiro se escapa de mis labios, mientras pienso en cómo responder a su pregunta.

—No hay padres, soy lo que suele llamarse hijo del sistema, sé que nací en Barcelona el trece de Abril de mil novecientos setenta y siete, según mi partida de nacimiento mi madre se llamaba Dolores Martínez y mi padre Xavier Borrell, viví con ellos pero cuando tenía cinco años el tribunal de menores les quitó mi custodia y pasé a casas de acogida.

—Vaya... ¿sabes por qué tus padre decidieron dejarte?

—No y la verdad tampoco me importa.

Durante unos segundos que parecen horas el silencio reina en la consulta, mientras yo paseo mi vista por la estancia, él anota en su libreta y me mira a través de sus gafas.

—Bueno pero ya eres un hombre adulto, ¿no has intentado buscarles y saber el motivo?

—Le vuelvo a repetir que no me importa, si están vivos, si no, las razones por las cuales lo hicieron me son indiferentes, me crie solo, les necesité cuando era un niño, ya no.

—¿Fue por eso por lo que decidió meterse en el ejército?

—No sabría decirle la verdad, desde que tengo uso de razón soñaba con ser militar, tenía unos ideales, unos principios morales y éticos que fueron creciendo con el paso de los años, me metí en el ejército porque quería servir a mi país, porque creía en ello... Sí que es verdad que cuando estuve dentro me llevé una decepción porque no era lo que yo pensaba, durante algún tiempo barajé la posibilidad de no renovar mi compromiso, ¿pero dónde iba a ir? No tenía donde ir y tampoco un hogar al que volver y mis compañeros se convirtieron en mi familia sobre todo Rafa.

—Bueno hagamos una cosa si te parece bien, me gustaría que siguiéramos viéndonos, pero antes quiero que haga algo, busque una libreta y escriba lo que desee, sus sentimientos, sus recuerdos, todo lo que no haya sido capaz de hablar con nadie quiero que lo plasme y luego si quiere podremos comentarlo en la próxima consulta.

Durante unos segundos dudé hasta en si volvería aunque puede que no sea mala idea, así que, después de aceptar volver y acceder a la absurdez de escribir mis sentimientos, nos damos un apretón de manos a modo de despedida y quedamos en vernos en un par de semanas.

Mañana lunes tengo mi próxima cita con él, veremos donde me lleva esta terapia...

Son casi las doce cuando llego a la cafetería para mi cerveza, y ahí esta Sara, siempre con su sonrisa, tiene esa simpatía típica de los andaluces, aunque la delata su

deje gallego al hablar. Nació en Almería y ha vivido toda su vida en Galicia, después de casi treinta años se mudó a Cádiz con su marido y sus dos hijos, este es mercante y trabaja en las aduanas de la bahía de Cádiz.

Iba cada día aunque esta vez fue otro motivo aparte de mi cerveza lo que me llevó hasta allí...

—Hola Sara —la saludo mientras me siento en la barra (creo que es la segunda vez que lo hago, la primera fue con la morena).

—Hombre Cristian, ¿qué pasa guapo?

Se acerca a la nevera y saca mi cerveza, creo que se percata de que mi mirada viaja continuamente hacia la puerta como si esperara a alguien.

—Hoy no vendrá —sonríe acercándose a mí— solo pasan por aquí un par de veces al mes, son muy reservadas y nunca les he preguntado por qué no vienen más, se limitan a llamar por teléfono y hablarme por *WhatsApp*.

—No sé de qué me hablas.

—Ja ja si ya... no lo sabes...

—No esperes ver a Carmen por aquí, ya te digo, no viene mucho, a veces parece que tienen esto por tenerlo.

—Bueno si les da para vivir... —añado tratando de sonar indiferente.

Sara levanta una ceja y se aproxima más a mí hasta que casi puede susurrarme.

—Pues no sé yo... sí que es verdad que tiene una clientela fija que vienen cada día pero... sacar mi sueldo, beneficios para ellas y el mantenimiento... no sé... supongo que el otro negocio y la herencia de Celia... les dará más.

Decido tirar un poco más del hilo y ver hasta dónde puedo averiguar.

—¿Otro negocio? —pregunto.

—Bueno sé que tienen una *boutique* en Puerto Banus, lo que no sé si tendrán alguno más, ya has visto como visten y además viajan a menudo... Pero eso no es asunto mío, a mí me tratan bien y me pagan al día, así que...

Sigo intentando sacarle más información pero llegan varios clientes y se marcha.

Mientras me quedo dándole vueltas a los que hemos estado hablando, está claro que yo no soy un entendido en moda y complementos, pero si tengo algo bueno es que soy muy observador, suelo quedarme con todos los detalles, y el reloj que Carmen llevaba en la muñeca era de Prada al igual que su bolso, aunque siempre pueden ser imitaciones muy buenas.

Poco después me despido de Sara hasta el día siguiente y salgo de la cafetería directo a mi coche, mientras voy paseando cojo el móvil, y de manera casi mecánica busco su perfil de *WhatsApp* pero no se conecta desde la siete de la mañana. Durante unos segundos pienso en escribirle pero aún tengo que ir a la clínica para mi cura de hoy, así que, decido dejarlo para más tarde.

Capítulo 7

Celia

Noto su lengua deslizarse por mi cuello hacia mis pechos, sus dientes muerden mi pezón derecho haciendo que me arquee de placer, su mano juega con mi clítoris húmedo e hinchado hasta que me introduce un dedo y lo hace bailar en mi interior, sus labios siguen descendiendo hasta llegar donde está su mano que trabaja en mi sexo, saca su dedo de mi abertura y me quejo al nota su ausencia. Su lengua caliente ocupa su lugar abriéndose paso entre los pliegues de mi sexo. Le miro cuando estoy a punto de explotar y le veo... José, el hombre que más deseo y el único que no puedo tener... estoy llegando...

—Córrete Celia, córrete para mí —susurra separándose un poco más de mi.

Estoy llegando... noto como me zarandean, ¿pero qué coño?

—¡Celia! Despierta... —Abro los ojos y veo a Carmen mirándome.

—Joder Carmen qué oportuna eres hija —reniego cerrando de nuevo los ojos.

—Te he escuchado gemir y creía que tenías una pesadilla ¿estás bien?

Me siento en la cama y la miro con ganas de estrangularla.

—No hija no era una pesadilla...

Se calla unos segundos y de repente estalla en carcajadas.

—¿Estabas teniendo un sueño guarro? Ja ja, ¿con quién? —pregunta destornillándose viva.

—No te rías mamona —aunque hasta yo estoy casi llorando de la risa— con nadie.

—¿Cómo que con nadie? Venga con quién... Ja ja ¡¡con José!!

La miro con cara de culpabilidad, lo cual no hace más que incrementar su risa, hasta que cojo la almohada y le golpeo en la cara.

—¡Ay! Joder tía qué bruta eres, ¿y qué, como la tenía? —pregunta partiéndose de risa.

—Ja ja yo que sé... —contesto riendo tanto como ella— no me ha dado tiempo a vérsela... cierta persona me ha despertado.

Me tumbo en la cama y ella me imita acostándose a mi lado, mientras me mira como si quisiera decirme algo pero no supiera cómo empezar, la miro instándola a que diga lo que sea, sabe que me desquicia que se ponga en este plan.

—¡Qué! Venga dilo ya —digo mirándola ya de los nervios.

—¿Quién yo? No iba a decir nada... —asegura encogiéndose de hombros.

Giro mi cara hacia ella.

—Venga ya Carmen, ¿¡qué!?

—Bueno... a ver... —Empieza girándose hacia mí— sé lo que te dijo y sí que es verdad que fue un borde gilipollas, pero también te reconoció que le gustas, es más que obvio que él también te encanta, ¿por qué no intentas seducirlo? Tampoco pierdes nada...

—Porque paso del tema, fue claro conmigo, le pongo, sí, y me echaría un polvo pero no lo hará por ser lo que soy, así que, no le des más vueltas porque yo tampoco pienso hacerlo.

—Pero él...

—¡Chitón! Vamos a dejar el tema —ordeno levantando la mano para que se calle.

—Pero... —Le tapo la boca con la mano y la hago callar.

—No quiero oír nada más, por favor y... ¡No me chupes la mano guarra! —Grito apartándola.

—¿Qué hora es? —pregunto tratando de cambiar de tema.

—Las dos y media, ¿qué hacemos, vamos a los coros o nos pegamos tarde haciendo las vagas viendo pelis?

—Pues la verdad es que me apetece más lo segundo, nos levantamos hago algo de comer y tú recoges un poco mientras.

—¿Qué vas a hacer de comer? —pregunta levantándose de la cama.

—Pollo al curry con arroz, venga recoge...

La veo salir del cuarto dando saltos de alegría, le encanta el pollo, Carmen es de esas personas que se conforman y disfrutan de los pequeños placeres de la vida, la conozco desde que tengo memoria, cuando era pequeña pasaba días y días en su casa, ella sabía mejor que nadie lo que sucedía tras los muros de aquel infierno donde más que vivir, sobrevivía. Pero aquella vida ya quedó atrás y con ella mi madre y toda su mierda... mi madre... la persona que más debería haberme amado y protegido... mi verdugo.

—¡Celia! —Me llama Carmen gritando desde el salón.

La veo llegar corriendo con el móvil en la mano y dando saltos.

—¡Es él!

—¿Quién? Pregunto mientras me levanto de la cama.

—¡Cristian!

Corro hacia ella porque como buena cotilla que soy, quiero leer dicho mensaje.

—*Buenos tardes morena.*

—Vamos contéstale...

—¿Y qué le digo?

—Bueno salúdalo y ya veremos qué pasa.

Carmen empieza a teclear en su teléfono...

—*Buenas tardes moreno.*

Escribiendo...

—¡Celia que está escribiendo!

—Si hija eso ya lo veo, pero gracias por la información —respondo riéndome de ella.

—Idiota —contesta sacándome la lengua.

Tarda mil siglos en escribir, o el chico era lento o escribía y borraba todo porque no sabía qué decir.

—¿Te apetece quedar esta tarde y nos tomamos ese café?

—¿Qué hago, quedo con él? Ya habíamos hecho planes juntas de quedarnos en casa vagueando...

En el fondo sé que está deseando quedar con él y no quiero que deje de hacer algo que le apetece por quedarse conmigo, hace muchísimo tiempo que no sale con nadie y le servirá para despejarse un poco.

—Venga Carmela queda con él, no seas tonta.

—¿Seguro que no te importa?

—¡Que no! Anda queda con él y pásalo bien.

—*Me apetece tomar ese café, yo vivo en Cádiz pero mejor quedamos en Chiclana que con el rollo del carnaval, está todo lleno de gente.*

Escribiendo...

—Vale, ¿quedamos en la puerta de tu bar y luego vamos donde te apetezca? ¿Te parece bien a las seis?

—Dios estoy más nerviosa que una niña de quince años —dice mirándome con una sonrisilla tonta.

—Venga queda ya que tengo hambre coño.

—*Ok a las seis nos vemos... Bss.*

Escribiendo...

—*Afritos morena.*

—¿Qué coño es afritos? —Le pregunto mientras ella casi babea sobre la pantalla...

—Yo que sé, ya le preguntaré...

Salimos bromeando del cuarto y vamos directas a la cocina para empezar a preparar la comida, mientras hablamos de cómo irá su cita con el hombre misterioso.

Cuando nos damos cuenta ya son casi las cuatro de la tarde y Carmen empieza a prepararse mientras yo elijo su ropa, algo *sexy* pero elegante. Al final escojo unos pantalones de pitillo negros, una camiseta de manga larga con los hombros al descubierto, una gabardina clásica de color gris y para rematar unos Manolos grises.

Después de probarse casi toda la ropa de su armario y quitársela, al final decide ponerse el modelo que yo había elegido.

Se la ve nerviosa y no sé si eso es bueno o malo, sé de sobra que ella es una mujer con las ideas muy claras, pero no sé por qué intuyo que esto le traerá problemas. Quiero que sea feliz y se divierta, pero que no olvide lo que es, algo pasajero para

pasar un buen rato.

—Carmela ve, pásalo bien y si tienes oportunidad tíratelo pero nada más, ¿me entiendes no?

Ella me mira unos segundos y casi podría jurar que un halo de tristeza cubre sus ojos, pero de igual forma que llega, se va.

—Celia solo es un café no te montes películas, iré, pasaré un rato agradable y mañana seguiré con mi vida.

Me da un beso rápido y sale corriendo para ir a encontrarse con él, ojalá me equivoque pero algo me dice que esto no será solo para echar un rato.

Capítulo 8

Carmen

—¡Gilipollas! ¿Es que piensas que la carretera es tuya? ¡Aparta tu puto coche!

Me gustan los carnavales pero odio los niñatos que se beben treinta cubatas y hacen el capullo y para más inri encima cogen los coches.

Madre mía las cinco y cuarenta y cinco, ya llego tarde...

—¡Si no llega a ser porque voy con prisa me bajo del coche y te prendo fuego!
¡Quieres quitar el puto coche! —Grito sacando la cabeza por la ventanilla.

Mientras el capullo sigue insultándome desde su coche, pero apenas le oigo con tanto pito y tanto jaleo, mejor para él porque si no... ¡Por fin!

Cuando entro por la rotonda de Polanco ya son las seis de la tarde, está más que claro que llego tarde.

Al llegar a la cafetería, lo veo de lejos apoyado en la barra del bar, los domingos por la tarde Sara cierra y se lo toma de descanso.

¡Dios que bueno está el chico! Lleva unos vaqueros gastados y rotos, una camiseta de ramones y una chaqueta de cuero... Dios quiero que sea el padre de mis hijos... ¿Perdona? Carmen estás desvariando nena.

Carmen no hables contigo misma que desvarías... Qué sonrisa... qué labios... ¿Cómo sabrán? ¡Carmen basta ya!

—Lo siento por llegar tarde, en Cádiz están los coros y me ha pillado un atasco.

—Ya pensé que no venías, vamos que ya me iba...

Creo que en ese momento mi cara era un poema porque él empieza a reírse.

—Era broma morena, no pasa nada ¿dónde vamos?

—Pues no lo sé la verdad, vivo en Cádiz y de aquí conozco bastante poco...

Él se queda pensando unos segundos como si intentara decidir dónde ir.

—Bueno no muy lejos de aquí hay una cafetería que no cierra los domingos, frente a la huerta del Rosario, si quieres vamos dando un paseo...

—Me parece perfecto, ¿vamos?

Empezamos a caminar uno junto al otro, aunque más bien dejo me guíe porque no sé ni dónde vamos.

—¿Tú vives aquí, no? —Le pregunto con toda la intención de romper el silencio.

—Sí, tengo una casita de campo no muy lejos de aquí, en el carril Los Carboneros, ¿y tú en que zona de Cádiz vives?

—Vivimos en el casco antiguo, frente al Teatro Falla, nos mudamos cuando

llegamos a Cádiz y allí nos quedamos.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Bastante, me vine a vivir a Cádiz hace ya más de dieciocho años, cuando me metí en el ejército, compartí piso en Cádiz y en la Isla unos cuantos años con un amigo, pero él se casó y bueno... decidí que ya era hora de vivir solo.

—¿Eres militar?

—Sí. Infante de marina

—Vaya que guay, habrás conocido muchos sitios, ¿no? —pregunto.

—Unos cuantos... algunos menos guays que otros.

Me encanta su sonrisa, es preciosa aunque a veces parece un poco triste, quiero saber más de él... deseo saberlo todo...

Llegamos a la cafetería y decido esperar a que nos sirvan para seguir con mi «interrogatorio», pero si no pensaba volver a verlo, ¿por qué deseaba saber tanto sobre él? ¡Mi vena cotilla ataca de nuevo!

—¿Has estado en alguna guerra?

Detiene su taza a medio camino de su boca y le sale una risa bastante extraña, la verdad que yo no le veía la gracia pero aun así...

—Vale, ¿qué he dicho tan gracioso? —Agrego sonriendo.

—Nada, perdona es que me hace gracia cuando me hacen esa pregunta... Bueno todo depende de lo que entiendas por «guerra». Si te refieres a algo sobre salvar al soldado Ryan, pues no. Pero sí he entrado en combate.

—Vale eso no lo entiendo, ¿no tiene que haber una guerra para que entréis en combate?

—A ver una cosa es entrar en un conflicto armado abierto entre dos bandos, y otra es cómo nosotros estábamos en Afganistán, que estábamos para proporcionar seguridad a una zona y a unas rutas y atacasen nuestras patrullas e hicieran escaramuzas sobre nuestros puestos.

—¿Qué es una escaramuza?

Un leve suspiro sale de sus labios, creo que se está desesperando... Toma un sorbo de su café y se inclina hacia delante.

—Si no te apetece hablar de esto...

—No te preocupes, me gusta mi trabajo y así luego te podré interrogar yo — responde sonriendo—. A ver, una escaramuza es como cuando un niño va escondido y tira dos o tres piedras a un grupo de niños más mayores que él y sale corriendo antes de que le puedan devolver las pedradas. Va a intentar hacer daño aun sabiendo que no puede enfrentarse a ellos de frente.

—¿Alguna vez has sentido miedo estando en sitios así?

Guarda silencio durante unos segundos como si valorara cual puede ser la mejor respuesta a mi pregunta, está claro que es un hombre muy interesante y cuanto más hablo con él, más deseo saber y eso va en contra de mi idea inicial de mantener las distancias.

—Miedo no, he sentido inseguridad, desconcierto, pero nunca miedo. Si alguna vez he sentido algo parecido creo que fue en mi última misión.

—¿Por qué? —pregunto mientras bebo de mi taza.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos que te dije que tenía un cojín en el coche porque había tenido un accidente?

—Sí, claro...

Ahí es donde conozco un poco más a Cristian, escucho atentamente cómo relata el atentado que ha sufrido en Afganistán, cómo sucedió y aunque suene mal, siento pena por él... por sus compañeros caídos. Nunca he conocido a nadie que haya estado en sitios en conflicto y hasta ese momento jamás me había parado a pensar en el gran sacrificio que hacen cada día esos hombre y mujeres que se van de sus hogares dejando a sus familias, sabiendo que les aguarda un futuro incierto.

—Lo siento... —digo reponiéndome con apenas un hilo de voz.

Él me mira con ternura y sonrío.

—No lo sientas morena, es mi trabajo y amo lo que hago, me gustaría que no hubiese pasado pero pasó y no condiciona mi vida, cuando me recupere volveré y haré lo que más me gusta.

—Lo siento, pero no puedo entenderte, casi mueres allí, es más, tú amigo murió allí, ¿y piensas volver?

—Aunque estuviera horas explicándotelo no lo entenderías, nuestro cerebro está programado de otra forma, yo no lo veo como un sacrificio, lo veo como un honor y una forma minúscula de contribuir a construir un mundo mejor.

—¿Y tu familia qué opina de que vuelvas?

Su cara cambia levemente de color, sus facciones se endurecen y su mirada se vuelve más fría, ahí me doy cuenta que me había metido en un terreno peligroso.

Mira su taza de café unos segundos como si esperara que ella le diera las respuestas o como si deseara ahogarse en ella.

—No hay nadie morena, no hay familia que vaya a lamentar mi marcha, así que... ¿qué más das?

Lo sé, lo noto, no quiere hablar del tema, su cuerpo habla por sí solo, prefiere dejar el tema, así que, eso hago.

—Me apetece dar un paseo, ¿pagamos y nos vamos?

Me mira sin decir palabra y asiente.

Salimos de la cafetería y el frío de la tarde me cala hasta el alma, me cago en todo, me tendría que haber traído un abrigo, esta gabardina será muy mona pero abrigar, abriga poco, Celia voy a matarte si cojo un pulmonía.

—Bueno hoy no hay mucho que hacer por aquí, los domingos prácticamente no abre nada.

—¿Vives cerca? —Bravo Carmela ahora pareces una desesperada...

Él me mira con una media sonrisa como si hubiera leído mi pensamiento.

—Sí a unos minutos de aquí... podemos ir si te apetece y nos tomamos otro café

de mi súpermáquina —me responde sonriendo.

—Me gusta la idea, cojo mi coche y te sigo...

Cristian

Miro por el espejo retrovisor para asegurarme que Carmen me sigue y ahí está, a escasos metros de mi coche, ¿recogí la cocina esta mañana? ¿Cuándo fue la última vez que cambié las sábanas? Joder, seguro que tengo la casa echa una mierda como siempre, tendría que haber pensado en la posibilidad de llevarla allí, ya te vale Cristian, bueno no tiene por qué pasar nada solo hemos dicho de tomar un café.

A los pocos minutos llegamos a la verja de mi chalet, ella espera paciente en su coche mientras yo meto primero el mío. A continuación me sigue y le señalo con la mano dónde puede dejar el suyo.

—Me gusta la tranquilidad del campo —expresa ella acercándose a mí y aspirando el olor a flores y hierba fresca.

—Si por eso me mudé aquí, eso era justamente lo que buscaba cuando compré esta casa.

La cojo de la mano, la cual acepta y entramos dentro.

Le voy enseñando toda la casa poco a poco hasta que llegamos a mi dormitorio y hay el ambiente se tensa considerablemente entre los dos, mientras yo pienso en cómo aplacar el deseo que crece en mí por instantes...

—Anda eres de los míos, tú tampoco haces la cama eh —agrega sonriendo.

—Para qué hacerla si luego tengo que deshacerla.

—Ja ja lo mismo pienso yo —argumenta mientras mira la cama y yo la imito.

Y de nuevo el silencio... tengo que romper el hielo porque parecemos dos gilipollas.

—¿Te apetece ese café? —pregunto rompiendo el silencio incómodo que parece haberse instalado entre los dos.

Me parece ver cierta decepción en su mirada, aunque pueden ser imaginaciones mías o el reflejo de mis propias ansias.

—Claro, vamos a probar ese café de esa súpermáquina...

Nos dirigimos a la cocina y empiezo a preparar la cafetera mientras ella me observa apoyada en la barra, noto sus ojos clavados en mí, como si estudiara todos mis movimientos...

—Bueno señorita... su café —observo como se lleva la taza a los labios y saborea la deliciosa bebida, hace unos ruiditos a mi parecer bastantes *sexys*—. ¿Qué te parece?

—Vaya, sí que está bueno este café —expresa degustándolo en su boca.

Sigo mirándola embelesado sin poder apartar la vista de esos labios que me están

volviendo loco, me siento a su lado para poder percibir su calor y no lanzarme sobre ella como un león.

Suelta su taza sobre la encimera y me mira sonriendo mientras apoya la cara sobre su mano, tengo que hacerlo ya.

Me acerco a ella y la beso, un simple y rápido beso, una descarga de sensaciones me recorre el cuerpo de arriba a abajo, mi morena me mira y sonrío tapándose la cara con las manos.

—Seguro que puedes hacerlo mejor —dice sonriendo y volviendo a mirarme.

—No lo sabes tú bien morena.

Y así lo hago, tomo su cara entre mis manos y la beso como si se me fuera la vida en ello, meto mi lengua en su boca la cual me recibe con una cálida caricia.

Me pongo en pie si dejar de besarla y ella me sigue, por un momento olvido mi espalda, y la cojo por las caderas levantándola y enroscando sus piernas en mi cintura. Con paso firme me dirijo a mi dormitorio mientras meto mis manos por debajo de su blusa y acaricio su espalda. No dejamos de besarnos en ningún momento ni tan siquiera cuando la tumbo sobre la cama, tan solo interrumpo nuestro beso para pasar mi lengua por su cuello, mientras descubro su hombro para mordisquearlo, pienso que necesito sentir el calor de su piel, hace más de un año que no estoy con una mujer y me siento nervioso a la vez que ansioso pero sea como sea quiero disfrutar de este momento como si fuera el último.

Como puedo alargo la mano hasta la mesita de noche para coger un condón cuando ella me detiene.

—Tomo la pastilla —dice con la voz nublada por el deseo.

En otra situación habría cogido uno aun sabiendo que ella toma la pastilla, pero es tal mi deseo por esta mujer que no le doy importancia al condón, sentirla piel con piel es lo único que deseo en este momento.

Le quito la blusa y observo sus preciosos pechos bañados por su salvaje melena negra y me lanzo a su pezón izquierdo dispuesto a devorarlo hasta saciarme de él.

La oigo gemir y mi erección crece por momentos, solo deseo poseerla, sentir la calidez que estoy seguro que me aguarda en su interior y morirme en ella.

Sin dejar de besarla le desabrocho el pantalón y con la ayuda de mi rodilla lo voy bajando hasta que llego a sus tobillos. No puedo soportarlo, quito el botón de mis vaqueros y sin ni siquiera bajarme el pantalón la penetro con fuerza.

Desliza sus manos por mi espalda con cuidado y con delicadeza enrosca sus piernas en mis caderas para no lastimarme.

Me cuesta lo mío no correrme pero mi finalidad es que lo haga ella y ya luego poder hacerlo yo, y así pasa, cuando la siento temblar bajo mi cuerpo me dejo llevar y llego al clímax.

Caigo rendido sobre ella, la escucho respirar agitadamente mientras reparte pequeños besos por mi cuello.

Me incorporo apoyándome en mis codos y puedo comprobar que con ese rubor

provocado por el placer es mucho más hermosa.

—¿Qué piensas? —Me pregunta pasando sus manos por mi cara.

—Que estás mucho más hermosa después de un orgasmo aunque pensé que eso no sería posible.

Comienza a reírse mientras trata de ocultar su cara bajo mi pecho.

—Venga ya Cristian, eres un hombre muy atractivo, seguro que estarás más que acostumbrado a estar con mujeres aún más guapas que yo.

—A decir verdad ya ni me acuerdo, si te soy sincero hace casi un año que no me acuesto con nadie.

Me mira con los ojos como platos con incredulidad.

—¿Estás de coña, no? —pregunta mirándome como si acabara de decirle que he matado a John Lennon.

—Para nada, llevaba tres meses en Afganistán cuando sufrí el atentado, estuve unos días en el hospital de la base americana de Herat luego me trasladaron en avión a Madrid, a la unidad de quemados intensivos dónde he estado seis meses y el tiempo que llevo desde que me dieron el alta... pues calcula.

—Pero hay mujeres en el ejército ¿no tienes ninguna amiga?

—¡Ni loco! Tirarte a una compañera solo trae complicaciones, el trabajo es el trabajo, tengo amigas y conocidas pero nada más, por cierto me ha entrado hambre, ¿te apetece comer algo?

—La verdad es que sí.

—Vale quédate aquí y preparo algo —añado levantándome de la cama para buscar mis calzoncillos, pero me giro y la pillo mirándome el culo.

—¿Morena me estás mirando el culito? —Suelto riendo y moviéndolo en su cara.

Ella empieza a reírse y a revolverse en la cama.

—Si no quieres que te mire el culo no me lo pongas en la cara moreno —suelta dándome un cachete.

—Tengo un culo perfecto eh —digo riendo mientras salgo de la habitación y escucho su risa resonar por el pasillo.

Capítulo 9

Carmen

Cuando se entere Celia cae muerta ¿dónde he dejado el móvil? Miro en el suelo a un lado y otro buscando mis pantalones cuando caigo que lo he dejado en el bolso, y el bolso está en la cocina, si no podía cotillear con ella un rato ¿y si salgo y cojo el bolso va a ser muy descarado? Aunque puedo ir a preguntarle si puedo fumar y de paso cojo el bolso, ¡ostia que lista soy!

Antes de ir entro al cuarto de baño a lavarme, y me encuentro el nirvana de los baños, una inmensa habitación casi grande como el dormitorio con un inmenso plato de ducha justo en frente de la puerta, y un *jacuzzi* más grande que mi cuarto de baño a la derecha, las paredes son de ladrillo seco y los muebles de madera de roble que bordean un espejo luminoso del lavabo de mampostería con dos lavabos.

Creo que se me ha quedado cara de boba cuando oigo una voz a mi espalda.

—Veo que ya has descubierto el santuario de mi casa.

Me vuelvo hacia él y ahí está, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Madre mía Cristian, esto es el olimpo de los baños.

—Ja ja, bueno es una forma de llamarlo, fue lo único que cambié de la casa original, si quieres comemos algo y nos damos un baño —contesta pícaro.

Le sonrío y asiento enérgicamente. Salimos del baño y veo dos bandejas sobre la cama con dos latas de coca cola, un bol de patatas fritas, algo que parecía ensaladilla rusa, otro bol de ensalada, y una fuente con pollo asado.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunto viendo la cantidad de comida que ha traído.

—No, ¿por qué? —responde sentándose en la cama.

—Básicamente porque ahí hay comida para un regimiento —contesto.

—Qué exagerada eres morena, venga anda vamos a picar algo y mientras lleno la bañera.

Ahora sí, esta es la mía.

—¿Cristian se puede fumar?

—Claro, tu bolso está en la cocina sobre la encimera —contesta levantándose de nuevo.

—Vale ahora vuelvo.

Emprendo camino a la cocina para buscar mi bolso por el largo pasillo, cuando lo

encuentro miro el móvil antes de volver, compruebo que tengo varios mensaje, aunque hay uno que llama mi atención sobre los demás.

Olga

Carmen tengo un servicio para ti esta noche a las doce, José te recogerá en tu casa a las once y media. Después te llevará al Hotel Playa Victoria, Suite principal, el cliente es un empresario madrileño, servicio normal, y hasta mañana a las ocho.

¡Mierda, mierda y mierda! ¿Qué hora es? Miro el reloj del móvil... ¡COÑO! ¡Son casi las diez! ¿Qué hago? ¡Me cago en la puta!

—¿Morena te has perdido? —Lo oigo gritar desde el cuarto.

—¡No! Ya voy, tengo que hacer una llamada de trabajo.

Pi... pi... pi... joder Olga cógelo.

—Dime Carmen —responde Olga al otro lado de la línea.

—Olga acabo de ver tu mensaje ahora mismo, no voy a poder ir esta noche, estoy fatal con el estómago.

Silencio...

—¿Olga?

—Carmen el cliente te ha pedido a ti ¿qué hacemos ahora?

—Cambia la cita para mañana.

—Carmen el cliente quiere el servicio hoy no mañana —expresa cortante.

Mierda ¿qué hago?

—Está bien, le diré que estás enferma y le mando a otra y si lo desea mañana vas tú —agrega molesta.

—Gracias Olga, hasta mañana.

Sí, está molesta porque cuelga sin ni siquiera despedirse. Veo que Cel me ha escrito, le digo que todo bien y que luego le cuento, pongo el móvil en silencio y lo meto en el bolso. Me enciendo un pitillo que supuestamente para eso iba y emprendo camino al dormitorio.

Cuando llego al cuarto Cristian ha acabado ya con la mitad del pollo y está atacando la ensaladilla.

—¿Todo bien morena? —pregunta mientras pincha con el tenedor.

—Sí perdona, cosas del trabajo.

—¿Trabajas un domingo a las diez de la noche? —pregunta curioso.

Mierda Carmen piensa algo.

—Bueno si... mmm... Celia está haciendo cuentas sobre la *Boutique* y tenía una duda. No te imaginas lo impaciente que es para ella, todo tiene que ser AHORA...

Me acerco a él y me siento a su lado, me agarra por la cintura y me sienta sobre sus piernas.

—¡Cuidado! Voy a quemarte —le digo levantando la mano donde tengo mi cigarro—, ¿tienes algún cenicero?

Se echa hacia atrás, abre el cajón de la mesilla y saca un cajita de madera que parece que ya se ha usado antes para los mismos fines, apago mi cigarro y comienzo

a cenar como si no hubiera un mañana.

—Pues menos mal que no tenías mucha hambre —comenta sonriendo.

Prácticamente devoro la mitad del pollo como si la vida me fuera en ello mientras hablamos de todo y de nada.

—¿Así que, aparte de la cafetería tienes más negocios, no?

Creo que ese momento dejo de respirar, repaso rápidamente nuestra conversación del otro día y trato de acordarme qué le había dicho para no meter la pata.

—Bueno Celia y yo tenemos una tienda de ropa en puerto Banús, y con vistas de abrir otra este verano, solemos ir de vez en cuando y ya de paso visitamos a mis padres.

—¿Sois hermanas? —pregunta.

—No que va, amigas desde que éramos pequeñas pero ella no tiene familia y mis padres, mi hermano y yo somos lo único que tiene —respondo.

—¿Pero no decías que vivíais de la herencia de su abuelo?

¡Mierda! Que le conté el rollo de la herencia...

—Sí, me refiero a que no tiene padre, vivía con su madre pero nunca se llevaron bien, así que, pasa la mayor parte del tiempo con nosotros, pero cuando murió su abuelo pues la dejó a ella como beneficiaria de sus bienes.

Me mira como si no acabase de creerse la película que acabo de contarle, lo que está claro es que tengo que acostumbrarme a contar siempre la misma historia porque después pasa lo que pasa.

—Vaya, pobre, debió de ser muy duro para ella...

Si tú supieras...

—Sí lo fue, pero bueno eso ya es el pasado y ella siempre ha podido contar conmigo y con mi familia.

—Tiene suerte de tenerte —dice mientras me acaricia la cara—. Voy a mirar qué tal va la bañera que no quiero que se me inunde la casa —añade mientras se levanta.

Mientras él comprueba el baño, aprovecho para coger el bolso y encenderme un cigarro para que se me pase el susto.

—Esto está casi listo —grita desde el baño.

—Vale me fumo el pitillo y voy.

—Vale te espero aquí —contesta.

Vuelvo a coger el móvil y veo que Celia ha vuelto a hablarme.

—¿Te lo has tirado eh?

—Después te cuento pesada.

Termino de fumar rápidamente y me voy hacia el baño, cuando entro está tumbado dentro del agua con los ojos cerrados y no puedo evitar mirarlo y darme cuenta que para mi desgracia, me gusta más de lo que me gustaría.

—¿Vas a quedarte hoy mirándome toda la noche? —pregunta sin abrir los ojos.

—Me has pillado y eso que he sido silenciosa —agrego sonriendo.

—Ja ja, de silenciosa nada, que se te oyen los suspiros desde aquí tonta —dice

riéndose de mí.

Me pongo colorada como un tomate, seré...

—Yo no he suspirado... —respondo acercándome a la bañera.

—Te cuidado faraona, al final te vas a enamorar de mí y no querrás irte nunca —me dice mirándome fijamente.

—Tenlo tú, no vaya a ser que no sea yo la única —digo riendo—. ¿Y a qué viene eso de faraona?

Él me mira con una pícara sonrisa que consigue embelesarme.

—Creo que ya es tarde para eso morena.

Espero que esté de coña porque ahora mismo la sangre se me ha congelado en las venas, esto sería lo único que me faltaba.

—Ven mi faraona —me invita a meterme en el agua.

—¿Faraona? —pregunto coqueta acercándome a él—. ¿Por cierto que es afritos? —añado metiéndome en la bañera.

Él me mira y sonrío.

—Ya te lo diré otro día...

Cuando me pongo frente a él, me sienta a horcajadas sobre sus piernas, luego pasa su lengua por mi oreja produciéndome un escalofrío.

—Mi faraona de melena negra y mirada embaucadora... —susurra mientras sigue deslizándose su lengua por mi cuello—. Sí, sin duda me has hechizado...

Empezamos a besarnos como locos, paso mis manos por su pecho mientras él acaricia mi espalda, noto como su erección golpea contra mi vientre ansiosa por encontrar la manera de introducirse dentro de mí, meto la mano bajo el agua y sujeto su pene con la mano para llevarlo donde tanto desea...

Sé que suena muy moñas pero encajamos a la perfección...

Lo único que se oye son nuestros gemidos y el sonido del agua que baila junto a nosotros, paso mi lengua por su cuello húmedo y sus fuertes hombros.

Necesito morderlo, devorarlo hacer que este momento dure el más tiempo posible.

—Córrete para mi faraona —me susurra al oído.

El oír su voz entrecortada por el placer solo incrementa mi deseo, empiezo a moverme más rápido sobre él, dispuesta a darle lo que me pide, hasta que llega esa descarga sublime que me recorre entera la cual no hace más que aumentar cuando noto cómo su miembro se endurece más, aun dentro de mí avisándome que él también está llegando al vértice del placer.

Me derrumbo sobre él agotada y extasiada.

—Madre mía otra vez tengo hambre —dice sonriendo.

No puedo evitar echarme a reír ante su comentario.

—Ja ja ¿otra vez? —pregunto riendo—, que sepas que te vas a poner como una pelota si sigues comiendo a este ritmo.

—¡Qué va! Soy de esos privilegiados que comen hasta reventar y no engordan,

espera voy a por algo.

Me da un beso en la nariz y sale de la bañera, sin ni siquiera secarse. Sale del cuarto para volver a los pocos minutos con lo que parece un trozo de tarta de chocolate.

—¿No me digas que vas a comerte eso? —comento desde el agua riendo.

—Y tanto que sí.

A continuación se mete en la bañera con el plato.

—¿Quieres? —Me pregunta con toda la boca llena de chocolate—, está buenísima.

—No —digo de riendo—, yo soy de esas que engordan con solo mirar los dulces.

—Bah tonterías, vamos que lo estás deseando —dice pasándome el plato por la cara— mira cómo te llama... cómeme morena, cómeme.

—Ja ja qué tonto eres —al final sucumbo a la tentación—, está muy rica.

—Gracias es una de mis muchas habilidades —comenta devorando su preciado pastel— soy un gran partido, la próxima vez te haré tarta de queso.

¿La próxima vez? No puede haber próxima vez, no puedo evitar pensar que tal vez sí que lo sería, pero creo que ya va siendo hora de irse y volver a la realidad.

Miro mi reloj que ya marca casi las doce.

—Voy a tener que irme ya —comento saliendo del agua.

Él suelta el plato como si le quemara y se levanta conmigo.

—¿He dicho algo que te haya molestado? —pregunta cogiendo mi cara entre sus manos—, podrías quedarte a dormir...

—No para nada, es que ya es tarde y Celia debe estar esperándome.

Vuelve a mirarme como si tratara de leer a través de mí.

—Vamos quédate —suplica.

Por un momento estoy tentada a hacerlo pero al final gana la coherencia y decido que lo mejor es aléjame.

—No puedo de verdad...

Me mira con ojillos tristes y me suelta.

—Está bien, deja al menos que te acompañe.

—No te preocupes de verdad, conozco un poco esta zona, podré salir sin problemas.

Me da una toalla para que me seque y salgo de la bañera para ir a vestirme.

A los diez minutos ya estoy saliendo de su casa con él a mi lado camino a mi coche.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —Me pregunta cuando llegamos a mi coche.

Quiero volver a verle, lo deseo pero no puedo...

—No lo sé... ya te llamaré —contesto tratando de salir del paso.

A los pocos minutos ya estoy rumbo a casa preguntándome si he hecho lo correcto o no al irme. Hace tanto tiempo que no estaba así con nadie... tanto que no tenía esa sensación de que no podría estar en un sitio mejor... ojalá todo fuera

diferente...

Una hora después estoy entrando por casa, los coros han dejado un reguero de borrachines por todo Cádiz y muchos pesado que aún siguen de fiesta.

Al entrar en casa todas las luces están apagadas, asomo la cabeza al cuarto de Celia y veo que está dormida, así que, me voy para mi habitación dispuesta a dormir, ya que me duelen hasta los párpados.

Así es como me he dormido recordando el sabor de sus besos y el calor de su cuerpo y odiándome un poco más a mí misma por negarme la posibilidad de volver a ver a Cristian.

Capítulo 10

—¡Carmen despierta! Carmen...

Noto como alguien me zarandea, una voz que me llama dispuesta a fastidiarme mi tranquilidad.

—¡Carmen coño despierta!

Poco a poco y como puedo voy abriendo los ojos y voy enfocando mi vista, la ventanas están subidas, el sol me ciega y tengo a Cel con su cara a dos centímetros de la mía sonriendo.

—Joder Cel, ¿qué hora es? —pregunto tapándome los ojos con mi brazo.

—Son las diez de la mañana, venga arriba, llevo despierta desde las ocho y la curiosidad me está matando —añade apartando mi brazo para mirarme a la cara—, venta tía cuenta, ¿te lo tiraste?

Comienzo a reírme.

—Vale deja que me tome un café y te cuento —no he acabado de incorporarme cuando tengo delante de mis ojos una taza de café humeante que desprende un olor delicioso—, ja ja qué bien me conoces nena.

—Detalles, ¡ya!

Tomo la taza de café y me acomodo sentándome y apoyando la espalda sobre mi almohada.

—Es un encanto Cel, es dulce, atento y buenísimo en la cama.

—¿Dónde estuvisteis? —pregunta sentándose a mi lado.

—Primero fuimos a una cafetería a tomar un café y luego fuimos a su casa, de verdad que no iba con esa idea, pero una cosa trajo a la otra y cuando me vine a dar cuenta estaba en la cama con él.

—Ya sabía yo que al final caías ¿habéis hablado de volver a vernos? —Sabía perfectamente dónde quería llegar Celia con esa pregunta—. No me parece mal que te hayas pegado un capricho Carmela pero debe quedar en eso.

—Lo sé —conteste algo triste—, anoche me llamo Olga para un servicio en el Hotel Playa y tuve que meterle el rollo de que estaba mal.

—Ya lo sé, también me llamo a mí pero no lo cogí, ¿cuándo harás el servicio? —pregunto.

—Pues no lo sé, le iba a comentar al cliente que estaba enferma y mandaría a otra en mi lugar y si lo deseaba hoy haría el servicio.

En ese mismo instante comienza a sonar mi móvil, por un segundo pienso que será él y se me encoge el estómago, pero para mí decepción es Olga.

—¿Sí? —Veía cómo Celia me miraba y hacía aspavientos con las manos—, sí sí... claro... lo comprendo... si... vale.

—¿Qué te dice? —Pregunta Celia susurrando. Le tapo la boca con la mano para que Olga no la oiga.

—Si mucho mejor... vale no hay problema... hasta luego —y cuelgo.

—¿Qué dice la Jefa? —pregunta—. ¿Te ha echado la bronca?

—No, quería saber cómo estaba y que esta noche haré el servicio desde las diez hasta las cuatro, así que, llegaré tarde. A las nueve y media vendrá José a llevarme — la verdad es que no me apetecía nada pero era lo que había.

—Anda date una ducha y ahora seguimos hablando.

Y eso hago, me levanto de la cama y me meto en la ducha mientras oigo a Cel trastear en la cocina.

—¡Carmen el móvil! —La oigo gritar del desde el salón.

—¿Quién es? —Grito desde el baño.

En ese instante entra en el baño como si la persiguiera una colmena de abejas.

—¡Tía que es él! —añade dando saltitos.

—¡Cógelo! ¡Bueno No! ¡Bueno mejor sí!

—Carmela aclárate que se va cortar la llamada, a la mierda. ¿Sí? —pregunta después de descolgar.

Cojo una toalla rápidamente y me seco la cara para contestar.

—Sí, soy Celia, está en la ducha, un segundo.

Le quito a Celia el móvil de las manos mientras ella me mira levantado una ceja.

—Hola moreno.

—Hola morena —responde dulcemente—, ¿qué tal has dormido?

—Muy bien gracias, ¿y tú? —Parece una conversación más propia de dos adolescentes que dos personas adultas.

—Bien, mi cama aún huele a ti... —añade haciendo que mi piel se ponga de gallina.

—¿A sí? —pregunto con voz dulce.

—Sí nena, pero se está yendo ya, así que, tendrás que venir hoy para evitar que se vaya del todo... —responde seductoramente.

Este hombre es de lo que no hay, después de todo lo que llevo corrido en mi vida y de todos los tíos que he conocido no puedo evitar echarme a reír como una adolescente.

—¿Quedamos esta noche, cenamos y arreglamos el problema de mis sábanas? Te haré tarta de queso —me suelta de repente— puedes venir a mi casa...

Mierda, ¿ahora cómo salgo de esta? No puedo quedar con él, aunque lo desee, no puedo, anoche le metí un rollo a Olga y no quiero buscarme problemas con ella.

—Me encantaría Cristian de verdad pero no puedo —Dios me perdone por ser una embustera— Celia se ha levantado algo pachucha y voy a pasar el día con ella —veo como Celia pone los ojos como platos y sin emitir sonido me llama zorra mentirosa.

—Vaya lo siento, ¿y mañana? —Vuelve a insistir.

—¿Mañana? —preguntó.

Celia empieza a negar con la cabeza para que no lo haga y le dé puerta al tema, pero yo no lo tengo tan claro, puedo quedar con él y decirle que no puedo volver a verle, una última vez.

—Sería perfecto, mañana seguro que estará mejor —esta vez Cel casi me taladra con la mirada— vamos hablando por *WhatsApp*, un beso.

—Afritos morena.

Dejo el móvil sobre el lavabo mientras Celia me observa con cara de cabreo.

—¿Qué coño haces Carmen? —pregunta molesta.

Saco la cabeza de la ducha y la miro —voy a terminar de ducharme y luego voy a tomarme otro café y a fumarme un cigarro—. Sin decir una palabra más la escucho salir del baño y cerrar de un portazo.

Sé perfectamente a lo que se refiere, volver a ver a Cristian no es una buena idea, eso lo sé más que de sobra, pero ¿por qué no darme el placer de verlo una última vez?

Salgo de la ducha liada en una toalla y me voy directa a mi habitación a vestirme, Celia está sentada en mi cama y por la cara que tiene, puedo deducir que me va a dar la charla.

—Carmela la estás cagando —dice tranquilamente— volver a verlo no es buena idea y tú lo sabes —yo me paseo con la habitación en silencio buscando mi chándal de estar por casa, porque en el fondo sé que tiene razón.

—Ya lo sé Celia —contesto sentándome a su lado— llevo seis años en los que no he conocido a nadie, que no se haya acercado a mí por quién soy no por lo que soy, Cristian me gusta mucho, solo quiero poder verlo una última vez y se acabó —añado no muy convencida.

Celia me mira unos segundos como si tratara de ver a través de mí.

—Carmen no me parece mal que te diviertas, pero no quiero que esto se te vaya de las manos y termines sufriendo.

—Cristian me gusta ya te lo he dicho, pero nada más, lo veré mañana y luego le contaré algún rollo, le daré largas cuando quiera volver a quedar y con el tiempo se aburrirá, sí, eso haré...

—Carmen no hace falta que me convenzas a mí, eres tú la que tiene que creérselo. Voy a preparar otro café —con las mismas se levanta y se va a la cocina.

Entiendo a Celia, sé que esto no es buena idea, anoche me aseguré a mí misma que no iba a volver a verlo, pero no puedo evitarlo.

Pasamos el resto del día tiradas en el sofá viendo la tele hasta las ocho que empiezo a prepararme para estar lista cuando llegue José para llevarme a mi cita.

No he hablado con Cristian en todo el día y Celia ha optado por no volver a tocar el tema y la verdad es que lo prefiero, mientras termino de maquillarme oigo a Celia entrar en mi habitación.

—José está abajo —comenta.

Miro mi reloj de pulsera y veo que aún no son las nueve y media, José como

siempre tan puntual.

—Dile que ya bajo.

Sin decir ni una palabra más la veo salir del cuarto, supongo que ira al telefonillo a decirle a José que ya voy.

—¡Dice que aligeres que está en la parada de taxis! —comenta gritando desde el salón.

Diez minutos más tarde estoy sentada en el asiento del copiloto de José mientras él enciende el motor del coche.

—Buenas noches José, ¿qué tal? —Le pregunto mientras me pongo el cinturón.

José siempre ha sido un hombre serio pero agradable y educado conmigo, nada que ver con el trato que le dispensa a Celia.

—Buenas noches Carmen, bien gracias, ¿y tú, estás mejor?

—Pues muy bien como siempre, ¿porque no iba a estarlo? —pregunto extrañada.

Él me mira un segundo mientras trata de salir del centro de Cádiz como si acabara de descubrir que tengo tres ojos.

—Anoche estabas enferma, ¿no?

Mierda mierda y más mierda, yo y mi maldita cabeza...

—Ahh si... bueno mejor, seguro que comí algo que me sentó mal...

Vuelve a mirarme suspicazmente como si no se creyera de la misa ni la mitad, aun así, prefiere dejar el tema y seguir con la vista fija en la carretera.

El silencio reina en el coche hasta que José vuelve a pronunciarse.

—¿Hoy es uno largo, no?

Le miro sin saber a qué se refiere.

—¿Perdona? —pregunto.

—El servicio Carmen, el servicio... —responde resoplando.

—Ah sí... hasta las cuatro.

—Carmen desde luego siempre has sido bastante despistada pero hoy estás que te sales eh —me dice con una pequeña sonrisa.

—Bueno ya sabes que a veces soy así...

—¿Puedo preguntarte algo Carmen?

Vuelvo la cabeza hacía él mientras asiento.

—Claro, dime.

—¿Por qué?

Le miro entrañada sin saber a qué se refiere.

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué unas chicas inteligentes y guapas como vosotras dos se dedican a esto?

Le observo en silencio tratando de buscar una respuesta que ni yo misma sé en ocasiones cuál es, podría haberme esperado esta pregunta de cualquiera de las personas de mi círculo que conocen mi trabajo, pero nunca de él.

—Pues sinceramente... a veces ni yo misma lo sé... —respondo bajando la

mirada.

Guarda silencio esperando que siga hablando y aclare la duda que le ronda la cabeza.

—Supongo que al principio fue por dinero, y luego... no sé... te acostumbras.

—¿No os gustaría tener una familia? —pregunta.

Le miro y no puedo evitar que se me escape una pequeña sonrisa porque realmente sé que yo no soy la razón de esas preguntas.

—José tú no conoces a Celia, ves de ella lo que quieres ver, lo que ven todos los demás si te molestaras en tratarla y no en juzgarla descubrirías a la persona tan maravillosa que se esconde tras esa fachada.

Deja de mirar de nuevo a la carretera para fijar su atención en mí, así que, aprovecho para decirle todo lo que pienso y ya que piense lo que quiera.

—No ha tenido una vida fácil José, ella eligió esto hace mucho... Ambas lo elegimos y muy a pesar de lo que creas, esto fue su salvación. ¿Si nos gustaría tener una familia? Pues sí, aunque no lo creas tenemos sentimientos y también deseamos que nos quieran.

Espero unos segundos a que diga algo pero José sigue en silencio sin apartar la vida de la carretera.

—Me contó lo que pasó en la cafetería...

Gira la cabeza y me mira con los ojos que se le salen de sus órbitas.

—Soy su mejor amiga ¿qué esperabas?

—No creo que sea asunto tuyo Carmen —comenta por fin muy serio.

—Pues sí que es asunto mío José, Celia no es solo mi amiga, es mi hermana, no la perturbes ni le hagas daño, ya ha sufrido bastante toda su vida y no necesita más.

Justo en ese momento para el coche en la puerta del hotel Playa donde tengo mi servicio y antes de que me conteste ya estoy cerrando la puerta del copiloto y encaminándome hacia el hotel.

Subo directamente a la habitación, cuando llego a la última planta me aventuro por el largo pasillo de moqueta azul y paredes pastel. Llego al final del pasillo donde el cartel dorado a la derecha de la puerta me confirma que he llegado a mi destino, toco levemente la puerta y espero, a los pocos segundos me abre la puerta un señor de mediana edad.

Tiene el pelo canoso y una barba bien cuidada, los ojos pequeños en proporción con el resto de su cara y unos labios casi imperceptibles, vamos que es feo de cojones, lo único que puede equilibrar un poco su aspecto es su sonrisa agradable y su mirada risueña.

—Melania, un placer conocerte por fin —dice invitándome a entrar.

Entro dentro de la habitación cruzando un pequeño pasillo de paredes pastel coronado con cuatro hermosos candelabros de pared dorados, llego a un pequeño saloncito perfectamente decorado al detalle, es un hombre ordenado, no hay nada fuera de su lugar, lo único que rompe el orden es el vaso de *whisky* con hielo que hay

en la mesita del centro de la estancia. Me giro para hablar con el hombre que tengo tras mi espalda.

—El placer es mío, lamento mucho lo que sucedió ayer, sufrí una pequeña indisposición, por ello Olga decidió mandarle a otra compañera.

—No se preocupe Melania, Olga me puso al corriente.

Se dirige con paso firme a la silla que hay junto a la ventana, de la que cuelga su chaqueta. Saca del bolsillo interior de esta un sobre que me entrega con, el cuál guardo en el bolso.

—Si me disculpa voy al aseo un segundo.

—Claro está hay —dice señalando la puerta que hay junto a la entrada.

Con paso firme me dirijo al aseo donde saco mi móvil y mando un *WhatsApp* a José que como siempre espera en la habitación contigua.

—*José ya estoy con el cliente y me ha pagado, te aviso cuando acabe.*

Espero unos segundos hasta que lo veo conectarse.

—*Ok Carmen, cualquier cosa ya sabes dónde estoy.*

Vuelvo a guardar mi móvil en el bolso y salgo del baño dispuesta a trabajar las próximas seis horas.

Capítulo 11

Cristian

Esta es una de esas noches que no consigo conciliar el sueño, me giro en la cama para mirar la hora en el móvil, veo que ya pasan de las tres de la mañana, vuelvo a taparme y después de estar lo que para mí parecen horas dando vueltas en la cama por fin decido levantarme y ponerme un rato la tele a ver si me da sueño.

Me siento en la cama con los pies sobre la fría madera mientras busco el interruptor de la luz de la mesita, al hacerlo dejo que mi vista se acostumbre de nuevo a la luz y busco mis zapatillas para ponérmelas. Entonces veo el cenicero en el suelo, el que aún no he vaciado desde ayer que Carmen estuvo aquí y no puedo evitar pensar en ella de nuevo.

—¿Qué voy a hacer contigo Carmela? —Me pregunto a mí mismo.

Vuelvo a coger mi móvil y miro su *WhatsApp*, pero no se conecta desde las diez y cuarto de la noche, supongo que se habrá acostado temprano o estará cuidando de su amiga.

Con las mismas me levanto y me voy a directo al sofá. Una hora después, llevo consumido un litro y medio de coca cola, dos paquetes de patatas, un par de chocolatinas y un trozo de tarta por lo que me doy por vencido, esta noche no voy a dormir pero voy a coger una indigestión de dos pares de cojones. Cojo el móvil de nuevo y de estas veces que la curiosidad te mata, vuelvo a mirar su perfil y para mi sorpresa veo que está en línea, miro el reloj y veo que son las cuatro y cuarto, sé que es bastante tarde para hablarle pero aun así, lo hago, total ya está despierta...

—¿Tú tampoco puedes dormir?

Escribiendo...

—*Hola, que va... me he desvelado hace rato, ¿y tú qué?*

Entonces aprovecho la oportunidad que se me ha presentado...

—*Bueno puesto que tú no tienes sueño y yo tampoco, ¿qué te parece si me visto, voy a buscarte y te invito a desayunar?*

Veo como empieza a escribir y borra una y otra vez como si no supiera que decir.

—*Me parece algo pronto para desayunar la verdad, ja ja, ¿qué te parece si lo dejamos para otro momento?*

No sé por qué pero ya me suponía esa respuesta, hablamos un par de minutos más hasta que nos despedimos dispuestos a vernos esa misma tarde.

Carmen

¡Mi cama por fin! Son más de las cinco de la mañana cuando por fin pongo la cabeza sobre la almohada, ha sido una noche larga y complicada, el cliente ha resultado ser una bestia insaciable y muy depravado, así que, prácticamente no he tenido descanso, desde luego ¡qué daño ha hecho la viagra!

Y el broche de oro llega con el *WhatsApp* de Cristian que ha sido justo cuando estaba diciendo a José que fuera por el coche al *parking*, menuda mala suerte, aunque me habría encantado irme a desayunar con él o comérmelo a él que todavía habría sido mejor, mi cuerpo no es capaz de moverse más allá de llegar a casa, darme una buena ducha y meterme en la cama.

Son las dos de la tarde cuando un sonido insoportable y cruel me saca de mis dulces sueños, muevo el brazo directo a la mesita para coger el móvil y estamparlo contra la pared para que deje de sonar de esa forma tan estridente, pero cuando abro un ojo como puedo veo que el insistente es mi hermano, así que, como buenamente puedo lo cojo.

—¡Qué pesado eres! ¡Qué quieres! Que no son horas de despertar al personal.

—¿Carmen estás dormida? —pregunta más serio de lo habitual...

—Pues claro Pablo, anoche trabajé hasta tarde —respondo.

De repente noto que algo no va bien, mi hermano siempre bromea cuando le digo que he tenido un servicio hasta tarde y esta vez se mantiene en silencio, eso hace que me siente en la cama como un resorte y empiece a preocuparme.

—Pablo ¿qué pasa? —pregunto nerviosa.

—Carmen no quiero que te asustes, ¿vale?

Esa respuesta no hace más que ponerme más histérica y preocupada de lo que ya estaba.

—¡¿Pablo qué coño pasa?! —Grito tan fuerte que Celia entra al cuarto alarmada por mis voces.

—Mamá ha tenido un infarto —suelta de sopetón.

El mundo cae a mis pies, la habitación da vueltas y empiezo a marearme, oigo a Celia zarandearme preguntándome una y otra vez qué pasa y a mi hermano al teléfono llamándome.

—¿Cómo está? —pregunto casi sin voz.

—Está mal Carmen, la van a preparar para un cateterismo de urgencia —me responde.

—Voy para allá ¿dónde está? —pregunto con los ojos encharcados en lágrimas.

—En el costa del sol de Marbella.

—Ok nos vemos en un rato, te quiero peque.

Ni siquiera le doy tiempo a contestar cuando ya he colgado y voy directa al armario a coger algo de ropa y a vestirme.

—¿Carmen qué ha pasado? —pregunta preocupada.

—Es mi madre Celia, ha sufrido un infarto.

No me da tiempo a decirle nada más cuando sale del cuarto como alma que lleva al diablo, supongo que va directa a su habitación a preparar una maleta, Celia adora a mi madre, para ella es la madre que nunca tuvo y para mi madre ella es como una hija.

Una hora más tarde estamos saliendo de Cádiz rumbo a Marbella.

—Carmen estás corriendo demasiado déjame conducir a mí y así tú te fumas un pitillo y te relajas —me dice preocupada.

Es cierto que voy demasiado rápido pero necesito llegar YA.

—Dame un pitillo del bolso —añado exaltada.

—No, para en la próxima gasolinera, nos cambiamos y te fumas el pitillo, por favor —me ruega.

Le hago caso y me desvío en la primera gasolinera que veo y nos cambiamos para que conduzca ella.

—¿Qué tal fue el servicio anoche? —pregunta con toda la intención de entretenerme.

—Bueno fue movidito, me tuvo las cinco horas a piñón tía, estaba agotada —respondo.

—¡Viva la viagra! —Grita levantado el puño.

—Ja ja ya te digo... y feo como él solo nena.

Hacemos el resto del viaje hablando de cosas sin importancia, supongo que ninguna de las dos quiere hablar del tema que nos preocupa y nos ha hecho tener que viajar con tanta urgencia.

Dos horas después entramos a los aparcamientos del Hospital Costa del sol, un gran edificio color crema bordeado por verdes jardines.

Antes de aventurarnos a andar sin rumbo por el inmenso hospital decido llamar a mi hermano y preguntarle dónde están.

—Pablo estoy fuera ¿dónde estáis? —pregunto.

—Estamos en la cafetería —responde.

—Vamos para allá —y cuelgo.

Minutos más tarde Celia y yo entramos por la puerta de la cafetería en la que hay tanta gente que no consigo localizar a mi familia, hasta que veo a mi hermano viniendo casi corriendo hacia mí, no me da tiempo ni a decirle hola cuando se abraza a mí como quién se agarra a su única balsa de salvación.

—Ay Carmen menos mal que ya estás aquí —balbucea entre lágrimas mientras me abrazada más fuerte.

—Te he echado de menos peque, —le digo mientras le acaricio la espalda—. Tranquilo que ya estoy aquí ¿qué tal mamá? ¿Y papá?

Él se va secando las lágrimas y tratando de recomponerse cuando me señala con la mano la mesa del fondo donde están mi padre y mi cuñado.

Aún manteniendo su brazo sobre mi hombro y sujetando a Celia también comenzamos a andar a la mesa donde están sentados mi padre y mi cuñado que se levantan enseguida al vernos.

Me acerco a mi padre que me espera con los brazos abiertos, cuando me envuelve en ellos siento esa paz y tranquilidad que solo él sabe darme, y por primera vez creo que todo va a salir bien.

Tiene mala cara, su mirada alegre y risueña está teñida de preocupación y una sonrisa apagada se dibuja en sus labios.

—Mi niña... ¿cómo ha ido el viaje? Habéis llegado muy pronto, no deberías haber corrido tanto con el coche.

—Papi... ¿dónde está mamá? —Le pregunto aún abrazada a él, mi padre el mejor hombre que he conocido en el mundo, el único que nunca me ha fallado.

—Sentaros y descansad cariño —añade atrayendo a Celia hacia él para abrazarla — tu madre se pondrá muy contenta de tener aquí a sus dos niñas.

Abrazo a mi cuñado al que también se le ve cansado e inquieto.

—¿Todo bien preciosa? —pregunta cogiendo mi cara con sus manos.

—Sí cuñado, aunque cuando vea a mamá estaré mejor.

—Voy a pedir algo de comer ¿vale?

Asiento agradecida, hemos salido con tantas prisas que ahora estamos las dos famélicas, después de apuntar lo que vamos a comer se va a la barra a pedir nuestra comida mientras mi padre nos explica qué ha sucedido.

—Estaba normal, ayer tuve una reunión de trabajo temprano y tu madre se fue a casa de tu hermano a ayudarlo con la mudanza —relata mi padre.

—Comió con nosotros en casa —agrega mi hermano— y después del café se fue.

—Cuando llegué a casa estaba tumbada en el sofá, se quejaba que le dolía el cuello y la espalda, le dije que se echara un poco en la cama y descansara. Cuando fui a llamarla para cenar me dijo que le costaba respirar y le dolía el pecho, le dije de ir a urgencias y me dijo que no, que se tomaría su pastilla para la tensión. Pero sobre las cuatro de la mañana me despertó el dolor que sentía en el pecho había aumentado, llamamos a una ambulancia y se desmayó viniendo en ella. Y fue cuando me dijeron que había sufrido un infarto.

—Mamá es fuerte, ya veréis como todo sale bien —aseguro no muy convencida de mis palabras.

—Claro que sí, os prometo que todo saldrá bien —añade mi padre estrechando sus manos con las nuestras.

Ninguno dice nada, cada uno lleva esta situación de la mejor forma que sabe o puede, mi madre es única, es el amor de la vida de mi padre y no solo mí madre y la de Pablo sino también la de Iván y Celia, es el timón de nuestras vidas.

Estamos un rato más en la cafetería hasta que Celia y yo terminamos nuestros bocatas y nos vamos a la habitación que le han dado a mi madre para esperar a ver si la sube a planta o nos llaman de quirófano.

Y aquí estamos los cinco dando vueltas por la habitación como animales enjaulados, saliendo al pasillo cada dos minutos a ver si la vemos llegar o si alguna enfermera nos dice algo.

Cuando Celia entra en la habitación después de haber ido a comprarnos unos cafés suena el teléfono por fin y mi padre se lanza con rapidez a cogerlo.

Los cuatro le observamos expectantes de noticias mientras vemos como mi padre solo asiente como si creyera que el interlocutor puede verle, hasta que da las gracias y cuelga.

—¿Qué te han dicho? —pregunto acercándome a él.

—Todo ha ido muy bien está despertándose por lo que la tendrán abajo un rato más en reanimación y después la subirán a planta.

Un suspiro colectivo de alivio baña la habitación.

—Papá deberíais ir a casa y despejaros, os vendrá bien una ducha y así le traéis ropa limpia para cuando pueda ducharse —le digo mientras me acerco a él.

—No sé cariño...

—Que sí papá, prometo que cuando la suban os llamo, anda iros...

Finalmente mi padre accede a ir un momento y los demás lo acompañan.

Me quedo sola y me permito derrumbarme y desahogarme, no puedo creer que esto esté pasando, tengo que venir a verla más a menudo. Mi mente divaga tratando de encontrar respuestas del por qué tenía que pasar esto cuando la puerta del cuarto de abre.

Un celador viene empujando la cama donde mi madre viene dormida, la coloca en el hueco vacío y con un asentimiento de cabeza se dirige a la puerta para marcharse.

—Perdone, ¿sabe cuándo vendrá el medico a decirnos algo? —pregunto susurrando.

—No señorita, puede que pase hoy o mañana de igual forma podéis preguntar en el control de enfermeras —me responde bajito antes de salir del cuarto.

Me acerco a mi madre que duerme plácidamente, le paso la mano por el pelo mientras le doy un beso en la frente y por fin logro respirar tranquila al tenerla a mi lado, mi mamá... tiene mala cara, está bastante pálida y sus labios están teñidos de un gris azulado que me da escalofríos.

—Hay que ver, que me tiene que dar un chungo para que vengas a verme eh, si lo llego a saber me lo provooco antes... —susurra mi madre con apenas un hilo de voz.

No puede evitar echarme a reír, está claro que no ha perdido el sentido de humor.

—Mamá ¿cómo te encuentras? —Le pregunto sonriendo mientras le acaricio la cara.

—Pues un poco pachucha cielo —responde casi sin voz.

Pobrecita mi madre, ella que es la fuente de alegría de esta familia ahora parece una sombra efímera de lo que siempre es.

—¿Y tu padre y tu hermano? —pregunta paseando la vista por el cuarto.

—Han ido a casa a ducharse y a traerte algunas cosas, Celia e Iván han ido con ellos, voy a llamarlos para decirle que ya estás despierta y en la habitación.

Me voy directa al armario donde he guardado mi abrigo y el bolso, pero no está, mierda... me acerco de nuevo a ella.

—Mamá le di el bolso a Celia para que cogiera dinero y se lo habrá llevado, pero tranquila que no creo que tarden mucho en llegar, descansa y te llamo cuando lleguen
—con las mismas cierra los ojos y vuelve a dormirse.

Capítulo 12

Cristian

—Cristian Borrell —me llama la enfermera— pase.

Me levanto y me dirijo a la puerta de la consulta, el loquero está sentado tras su mesa y se levanta para estrechar mi mano cuando llego hasta él.

—Buenas tardes Cristian, toma asiento.

—Buenas tardes doctor.

Le observo mientras saca un gran sobre marrón con mi nombre escrito en él y coge unos folios de una de los clasificadores que tiene justo detrás. Está claro que es de la vieja escuela, y aunque tiene un portátil sobre la mesa es de los médicos que aún hacen las cosas a mano.

—¿Qué tal estás? —pregunta.

—Bien, mis heridas van mucho mejor, esta mañana fui a ver al médico y ya van a empezar a curarme cada tres días —respondo acomodándome en mi silla.

—Vaya eso es una buena noticia, y por lo demás, qué tal... ¿Has escrito algo en tu diario?

Asiento y saco de mi mariconera la pequeña libreta y se la entrego, la revisa unos minutos mientras yo presto atención a sus expresiones, a veces de asombro, otras de impasividad y otras de preocupación.

—Veo que has conocido a alguien, háblame de ella —añade mientras anota algo en uno de sus folios.

—Sí, la conocí hace unos días y bueno nos hemos visto solo una vez y hemos quedado para hoy.

—Te viene bien salir y distraerte, el retomar tu vida aunque aún no puedas volver al trabajo es muy positivo, ¿le has hablado de tu vida? —pregunta de nuevo anotando en sus papeles.

—Bueno doctor ya le digo que hemos quedado una vez y el día que nos conocimos en dos días la cosa no ha dado para tanto.

—Comprendo.

Pasamos los siguientes cuarenta minutos hablando principalmente de ella y de que es muy positivo que estreche lazos afectivos con alguien y más ahora que me he quedado solo de verdad. Para cuando da por concluida nuestra sesión ya estoy deseando irme, a pesar de que el doctor hace todo lo posible por hacerme sentir cómodo y no presionarme, hay momentos en los que solo quiero salir de allí y este es

uno de ellos.

Salgo a la calle y el frío húmedo típico del sur me recibe despertando todos mis sentidos. La consulta está en la clínica San Rafael, está justo en frente del Teatro Falla que estos días han estado de fiesta con los carnavales.

Giro hacia la calle Sacramento directo a la plaza Candelaria para ir hacia el *parking* de canalejas donde había dejado el coche.

Hay aparcamientos más cercanos al hospital pero así tengo la oportunidad de pasear un poco por el casco antiguo de Cádiz que tanto me gusta.

Voy viendo como aún quedan rastros de la fiesta de ayer, los papelillos y las serpentinas adornan las aceras y carreteras del centro de la ciudad.

Mientras sigo mi camino pienso en lo que me ha dicho el médico, que tengo que tratar de mantener relaciones y sociabilizar más con las personas, quizás el conocer a Carmen más estrechamente, y ya no me refiero al sexo, que también, sea lo que necesito.

No estaría mal... tener alguien en quién apoyarme y ser su apoyo... Apenas la conozco pero me gusta bastante y quizás podríamos a ser algo más que un buen polvo. Saco mi móvil y en vez de mandarle un *WhatsApp* la llamo directamente.

—¿Sí? —responde una voz que no era la de ella al otro lado de la línea.

—¿Carmen? —pregunto confuso.

—No, soy Celia ¿quién eres?

—Hola Celia, soy Cristian... el chico de la cafetería ¿podría hablar con Carmen?

La escucho cómo habla con alguien y una voz de hombre le dice que no tarde que tienen que irse.

—Cristian, Carmen no está aquí ahora mismo, me he llevado su bolso sin darme cuenta pero le diré que la has llamado ahora cuando la vea.

—Vale era solo para saber a qué hora quedaríamos hoy —agrego algo incómodo pues me da la sensación que mi llamada la ha importunado.

—Cristian, no estamos en Cádiz y no se aún cuando volveremos —añade.

Me callo unos segundos sin saber muy bien qué decir, no me gusta ser mal pensado pero también puede ser una excusa para no verme, ella que parecía apreciar mi turbación...

—Verás... la madre de Carmen ha tenido un infarto y nos hemos venido corriendo a verla.

Está claro que eso no podía estar inventandoselo, algo tan grave y delicado, no es para bromear.

—Vaya, lo siento, espero que esté bien —carraspeo un poco avergonzado conmigo mismo por pensar mal en un principio.

—Bueno... aún no está bien pero lo estará, lo siento pero tengo que dejarte, le diré que has llamado.

No me da tiempo a despedirme ni decir nada más cuando corta la llamada. Me quedo como un gilipollas con el móvil en la mano y la palabra en la boca dándole

vueltas a si debía volver a llamarla o dejar pasar unos días.

Carmen

Estoy a punto de dormirme cuando escucho la puerta de la habitación abrirse y mis párpados se niegan a despegarse, por un momento el sueño me había vencido y me cuesta unos segundos ubicarme donde estoy, como puedo miro dirección a la puerta y veo entrar a mi hermano, a Iván, mi padre y Celia lo cual me devuelve de golpe a la realidad.

—Hola —saludo levantándome del incómodo butacón que es una tortura— por fin estáis aquí, se ha despertado hace un rato y ha preguntado por vosotros.

Mi padre va directo a la cama para besarla en la frente con cuidado de no despertarla.

—¿Ha pasado algún médico? —pregunta susurrando.

—No, solo ha venido una enfermera a cambiarle el gotero, y me ha dicho que el médico ya pasará mañana temprano.

Mi padre se aleja de mi madre y se acerca a mí.

—Le he dicho a los chicos que os quedéis hoy los cuatro en casa, yo me quedaré aquí con mamá, quedaros un poco si queréis y os vais a descansar y a cenar.

—Pero yo quiero quedarme papá —protesto.

—Tesoro no sabemos cuántos días estaremos aquí, puede que tengamos que turnarnos para no dejarla sola y conviene que estés descansada, te prometo que si hay algún cambio os llamo.

No quiero alejarme de ella, pero mi padre tiene razón, estoy cansada y famélica.

—Vale papá, pero vendré temprano —dije señalándole con el dedo.

—Vale... me parece bien.

Estamos un buen rato más hasta que por fin mi padre consigue echarnos asegurándonos que nos llamará si hay cualquier cambio.

Después de besar a mamá y dejarla algo más espabilada nos vamos los cuatro a casa de mis padres.

—Te ha llamado Cristian —comenta Celia mientras bajamos en el ascensor.

Lo cual hace que las cabezas de mi hermano y mi cuñado se giren tanto en mi dirección que casi se les cae de los hombros.

—¿Quién es Cristian?! —pregunta Iván con voz coqueta.

—¡Nadie! —respondo quitándole importancia.

—Es un militar que se ha tirado y gratis —agrega Celia riendo.

—Uhh... o sea que este no es cliente... —Confirma mi hermano.

—No, lo conocimos en el bar y el lunes quedaron para tomar café y hubo tema pero tema.

—¿PERDONA? ¡Estoy aquí! —Añado molesta, pero no sirve para nada porque los tres pasan de mí.

—¿Está bueno? —Curioseosa Iván.

Dios dame paciencia...

—Uy si... alto... moreno... ancho de espalda y un culito...

—Oh mami... todo un hombretón —ríe Pablo.

Salgo del ascensor ignorando a los tres y a sus tonterías mientras escucho como Celia les cuenta cómo nos habíamos conocido mientras los otros dos siguen con el cachondeo a mi costa.

Cuando llegamos a casa mi hermano que me conoce mejor que nadie vuelve a sacar el tema de Cristian.

—Te gusta el chico ese eh —afirma.

—No lo sé —respondo mientras me siento en el sofá agotada.

—Cariño no es una pregunta, es una realidad, te gusta y lo sabes.

—Hombre no me desagrada... es muy atractivo y me sentí muy a gusto con él —suspiro mirando el techo del salón.

—Supongo que no sabe a qué te dedicas —añade Iván.

—No, no lo sabe y no tiene por qué saberlo, iba a verlo hoy y ya no iba a volver a quedar.

—Si te gusta deberías darle una oportunidad cuñadita —me comenta Iván mientras pasa su mano por mi pierna.

—Yo...

—No es buena idea —me interrumpe Celia—. Una relación solo le traerá problemas.

Por la cara de mi hermano puedo ver que él no comparte esa opinión al igual que mi cuñado.

—No veo que tiene de malo, es joven y encontrar a alguien que la quiera y a quién ella pueda amar no estaría mal.

—Pero...

No sé si es que estoy más sensible de lo normal o es el cansancio, o los nervios por mi madre, pero rompo a llorar como un niño pequeño.

Mi cuñado que es un amor se lleva a Celia a la cocina para preparar algo de cenar y yo me quedo con mi hermano abrazado a mí.

—Eh... ¿Qué pasa? —Me pregunta dulcemente mientras me acaricia la espalda con cariño.

—No lo sé Pablo, supongo que estoy sensible por mamá... el trabajo...

—Y por él... —Asegura mi hermano.

Puede que tenga razón y que la idea de no volver a ver a Cristian no me guste demasiado.

—Todo se arreglará Carmela, ya lo verás.

—¿Qué hago Pablo? —pregunto esperando que Pablo aclare el lío que tengo en la

cabeza.

—¿Te acuerdas lo que me dijiste cuando te dije que era gay? —pregunta.

—¡Coño pues ya has tardado en darte cuenta! —digo sonriendo, lo cual hace que él también comience a reírse.

—Eso no idiota, me dijiste que no debía importarme lo que el mundo opinara de mí, que mi vida era solo mía y yo debía elegir cómo vivirla, que buscara mi felicidad porque eso me haría libre.

Recordaba aquel día, unos chicos mayores del instituto se habían metido con él y le habían roto la mochila, y cuando yo llegué del colegio me lo encontré en el jardín de la urbanización llorando.

—Lo recuerdo —respondo.

—Bueno pues tú tienes que hacer igual peque, sé que tu trabajo es complicado pero fue un camino que tú misma elegiste, sabías que podía llegar el día que conocieras a alguien. Date a ti misma una oportunidad Carmen, no dejes tu trabajo pero queda con él, conócelo, y quién sabe... puede que un día seas tú misma la que decida dejar esa vida que hoy tanto amas.

Está claro que no hay nadie como él, no hay ninguna otra persona en el mundo que logre calmarme y sosegarme como mi hermano, tiene una sensibilidad especial para entender a las personas y siempre sabe qué decir en cada momento para hacerte sentir mejor.

—Gracias Pablo —le agradezco abrazándome a él.

—Anda vamos a comer algo y a descansar que buena falta nos hace.

Con las mismas nos levantamos y vamos a la cocina a ayudar a preparar la cena para los cuatro.

Un par de horas más tarde después de una deliciosa cena y una reconfortante ducha me acuesto en la cama donde he dormido toda mi niñez, mi adolescencia y parte de mi vida adulta, el lugar del mundo donde he sido más feliz, mi hogar.

Celia

Odio volver a Fuengirola, es un lugar que me trae los peores recuerdos de toda mi vida, si no fuera por lo mucho que quiero a Manuela, Manuel y Pablo jamás volvería por aquí, Manuela es como una madre para mí, desde niña me ha querido y cuidado como no hizo mi verdadera madre que solo me hizo daño y me utilizó.

Era tal el amor que me procesaban que cuando apenas contaba con catorce años Manuela y Manuel me pusieron un dormitorio para mí en su casa donde me podía quedar cada vez que quisiera que fueron menos de las que me hubiese gustado.

—Celia —susurra Pablo detrás de la puerta.

—Entra —añado igual de bajito.

Abre la puerta muy despacio y pasa sin hacer ruido, lleva un pijama de su padre que le está algo pequeño, Pablo es bastante más alto que su padre y más ancho.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras se acuesta a mi lado y mete su brazo bajo mi cuello para estrecharme contra él.

—¿Qué tal os va? —pregunta.

—Bien, mucho trabajo como siempre —respondo acomodándome entre sus brazos.

—¿Qué te parece a ti Cristian? —pregunta esperando una respuesta.

Pablo aceptó el trabajo de su hermana en cuanto lo supo, nunca se lo reprochó ni la cuestionó, pero él jamás ha ocultado su opinión, cree que uno de los motivos por el que elegimos esta vida era que nunca nos habíamos enamorado, así que, supongo que tiene la esperanza de que lo hagamos y quizás piensa que Cristian puede ser el elegido. Es muy familiar y vive pendiente de los que quiere y su única preocupación era que todos estén bien.

—Solo lo he visto una vez pero parece buen chico —respondo tratando de ver a dónde quiere llegar.

—Pero a ella le gusta... —Agrega serio.

—Parece que sí, pero aun así yo creo...

—No le digas que no vuelva a verlo Celia —me interrumpe.

Yo es que flipo, quiero a Pablo pero no deseo que Carmen sufra, sé mejor que nadie que a ella le gusta su vida y su trabajo y lo ejercerá hasta que la edad o el físico se lo permitan, el salir con Cristian solo será una distracción que no necesita en este momento.

—Pablo no creo que sea buena idea... —Le enfrento—. Ella no quiere novio, quiere esto.

—Tú no lo hagas, déjala que decida ella, quiero que mi hermana sea feliz.

—Es feliz —arremeto encarándome a él.

—No Celia, no es feliz, le gusta su vida y vivir con todo tipo de comodidades, pero no es feliz y tú tampoco.

Con las mismas me da un beso en la frente, se levanta de la cama, y sale del cuarto dejándome sumida en mis pensamientos y con la palabra en la boca.

Carmen

Me despierto sobresaltada por el despertador, lo había puesto la noche antes a las ocho de la mañana para levantarme temprano y llegar pronto al hospital. Quiero estar allí cuando pase el médico.

Cuando salgo del cuarto la casa está en silencio, así que, supongo que aún están planchando la oreja. Muy despacio cierro la puerta de mi habitación y con cuidado de

no hacer ruido me voy directa a la cocina para prepararme un buen café.

La cocina de mis padres es bastante grande, puede tener al menos treinta metros cuadrados, siempre ha sido la parte de la casa que más me gusta, en la que había tenido conversaciones de horas y horas con mi padre sobre filosofía y con mi madre... bueno con mi madre para tomarnos cafés que duraban toda una tarde.

Me encanta el frío suelo de mármol bajo mis pies descalzos, ahora hace algo de rasca pero aun así es agradable. En verano era lo más de los más porque aunque haga mucho calor él siempre está fresquito.

La diseñó mi madre hace ya varios años, está compuesta por muebles de madera oscura que le dan un toque bastante rústico y una gran isleta en el centro llena de puertas y cajones. Los azulejos son de varios colores desde el blanco y crema hasta pasar por toda la gama de marrones.

Me siento en una de las sillas altas y me empiezo a tomar mi café a pequeños sorbos.

Cojo el móvil para hablar con mi padre y saber qué tal ha pasado la noche mi madre.

—Papa, ¿estás despierto? —Espero que se conecte.

A los pocos segundos aparece en línea y escribiendo...

—Buenos días tesoro, sí, han llegado las auxiliares para lavar a mamá y he aprovechado para bajar a tomarme un café.

Cierro el *WhatsApp* y lo llamo, estamos hablando de cómo había pasado la noche mamá y de la hora que posiblemente llegaría el médico cuando Pablo entra en la cocina con mirada soñolienta y una esplendorosa sonrisa.

—Vale papá nos vemos en un rato, hasta luego —me despido de él.

Mi hermano me da un beso y se prepara su café mientras le voy contando las novedades sobre mamá, lo que hace que se quede visiblemente más tranquilo. Se sienta frente a mí con una taza humeante de café y una caja de pastelitos, dispuesto a darse un buen atracón.

—¿Pablo cómo puedes comer tanto recién levantado? —pregunto riendo mientras le veo devorar los pasteles uno tras otro.

—Pues porque tengo hambre, y ahora cuando acabe me comeré una natilla —responde con la boca llena de crema.

No puedo evitar pensar en Cristian y en el primer y último día que hemos estado en su casa.

—¿Qué piensas peque? —pregunta mientras sigue engullendo a un ritmo alarmante.

—Nada, me voy a dar una ducha, despierta tú a las dos marmotas y nos vamos a ver a mamá —respondo levantándome de la silla.

—Vale... —añade sin levantar la cabeza del plato.

Capítulo 13

Son casi las diez de la mañana cuando mi hermano, Iván, Celia y yo entramos por el hospital de Marbella, el médico pasará entre las diez y las dos del mediodía (vamos la mar de concreto, sí señor). Cuando entramos por la habitación mi padre está sentado junto a mi madre mientras ella ríe seguramente por alguna ocurrencia de él.

—Vaya pero si están aquí mis cuatro tesoros —exclama a la vez que abre los brazos para que nos acerquemos.

No ha recuperado aún su color habitual, pero al menos su piel ya no luce grisácea como el día anterior y el negro que ayer cubría sus ojos ha desaparecido, pero sigue sin ser ella del todo. Uno a uno nos vamos acercando a ella para abrazarla y decirle lo mucho que la queremos. Pasamos la mañana los seis en la habitación bromeando y riendo tanto que hasta que no vemos entrar al médico no volvemos a la realidad de donde estamos.

—Buenas tardes, soy el cardiólogo que ayer la intervino de urgencia —nos informa el doctor.

Es un hombre más bien rozando los cincuenta y tantos años, con una poblada barba tan blanca como su bata, da la sensación de ser bastante serio y distante y la gente así a mi madre no le gusta un pelo.

—Buenas tardes —contestamos todos al unísono.

—¿Cómo se encuentra hoy Manuela? —Se dirige hacia a ella.

—Mucho mejor doctor, solo que muy cansada.

—Bueno como sabe ha tenido usted un infarto aunque por suerte ha sido leve, en el cateterismo le hemos colocado dos *stents*^[4] en las dos arterias.

—¿Qué son los *stents*? —pregunta ella.

El médico se acerca a la cama con paso firme y se pone junto a mi madre, desde mi perspectiva puedo ver que dibuja un corazón con sus arterias, ventrículos y aurículas en un folio de su historial y junto a este hace lo que parece un muelle como los que llevan los bolis, la verdad es que será buen cardiólogo, pero vamos dibujar no es lo suyo.

—Verá, estas son sus dos arterias coronarias, hemos colocado los *stents* para evitar que se cierren de nuevo y provoque otro infarto, si sigue evolucionado así, en un par de días podrá irse a casa.

Después de auscultarla y asegurarnos que todo está bien, nos explica el tratamiento que debe seguir a partir de ahora, sobretodo llevar una dieta baja en grasas y sal aunque lo primordial y lo más necesario, dejar de fumar. Cuando el doctor se marcha todos respiramos más tranquilos y dispuesto a hacer lo posible

porque mi madre se cuide.

—Chicos voy a bajar a la cafetería ¿os subo algo? —pregunto cogiendo mi bolso.

Después de anotar lo que quieren salgo de la habitación directa a la calle a tomar algo de aire y fumarme un cigarro tranquilamente, mientras bajo en el ascensor curioso el móvil y veo una llamada perdida de Angie, no la había visto y la llamada de ayer por la tarde de Cristian, así que, decido esperar a llegar a la calle para llamarlo.

—Hola morena —responde al otro lado del teléfono.

—Hola moreno —aunque sé que no puedo verme pero seguro que se me ha puesto cara de tonta— me dijo Celia que llamaste ayer... pero ella tenía mi móvil y cuando la vi no me apetecía hablar.

—Si ya me lo contó, ¿qué tal tu madre?

Le explico lo que nos ha dicho el médico y que quizás en un par de días nos podremos ir a casa.

—¿Estarás muchos días por allí? ¿Por cierto dónde estás? —pregunta riendo.

—En el hospital de Marbella, y bueno creo que me quedaré unos días hasta que le den de alta y la vea más recuperada.

—Normal, pues ya sabes, cuando vengas dame un toque que aún me debes una cita.

—Dalo por echo, cuando vuelva te aviso y nos vemos.

Me despido de él asegurándole que lo llamaré por la noche para charlar un rato, y así lo hago.

Los días van pasando de forma lenta y monótona, básicamente se limitan de casa al hospital y del hospital a casa, lo único que hace que mi estancia en Fuengirola sea más amena y alegre es que hablo con él cada día, le llamo cuando bajo a fumar y cada noche antes de dormir.

Me cuenta cosas de su trabajo, de cómo le han ido las curas o de los partidos al Fifa que pierde, yo por mi parte le voy informando sobre la evolución de mi madre y de lo pesado que es mi hermano con cotillear cuando me ve hablando con él y poco más.

Hasta que por fin le dan el alta a mamá, ya está mucho mejor aunque muy cansada, aún así nos mandan para casa asegurándonos que es normal que todavía estará unos días algo débil. Llegamos a casa casi a la hora de comer a mediodía, después de ayudarla a ducharse decidimos que se descansa un poco, mi padre, Iván y mi hermano van a comprar algo para comer, mientras Celia y yo nos tomamos una cerveza en la cocina, mientras esperamos.

—Carmela deberíamos llamar a Olga y avisarla de que no iremos este fin de semana.

—Si yo también lo había pensado, ¿la llamas tú?

—Sí, la llamo ahora antes de que llegue tu padre o se despierte tu madre —dice

mientras coge su móvil de la mesa.

—Vámonos para mi cuarto y mientras me ducho, tú puedes llamarla.

Con cuidado de no hacer ruido nos vamos a mi dormitorio para llamarla y así evitamos que mi madre no se entere de nada por si se levanta sin darnos cuenta.

Me meto en la ducha mientras la escucho en mi habitación hablar con Olga y por lo que puedo interpretar parece que por suerte no le está poniendo pegas, a los pocos minutos entra por la puerta del baño.

—Listo, se lo he explicado y dice que no nos preocupemos que vayamos el viernes que viene y que si nos vamos antes para Cádiz la avisemos por si hay algún servicio antes del fin de semana.

—Perfecto, nos vendrán bien unos días de relax —al menos para mí, ya que podía quedarme aquí por lo menos una semana con mis padres y mi hermano, aunque sé de sobra que a ella no le hará tanta ilusión, su odio a Fuengirola es algo que no puede evitar e incluso le cambia el humor cuando está aquí.

—Cel si quieres vete tú para casa y ya iré yo —le propongo desde la ducha.

—¿Eres tonta? Yo de aquí no me voy hasta que te vayas tú, además Iván y tu hermano me han dicho que saldremos de marcha este sábado a un local de moda que dicen que está genial.

—¿Enserio? —pregunto asomando la cabeza por la mampara— pues a esa me apunto sí o sí. Además ya que estamos aquí podríamos pasarnos por la tienda de ropa y ver qué tal va, que hace meses que no venimos y aún no conocemos a la dependienta nueva que contrató tu padre el mes pasado, también podemos mirar los locales que nos dijo Pablo para cuando abramos la zapatería.

—Pues si tien...

—¡Ya estamos aquí! —Grita mi padre desde el salón.

—Anda que así va a descansar mucho mamá —reniego al escucharlos—, Cel ve y dile que no griten mientras yo termino de ducharme.

Con las mismas Celia sale del baño para poner orden en la casa y que dejen de chillar. Por mi parte termino de ducharme y de vestirme para ir a la cocina cuando oigo sonar el teléfono desde el baño.

—¿Sí? —pregunto sin ni siquiera haber mirado quién es.

—Hola morena —responde esa voz tan sensual que cada día que pasa me trastorna más y más.

—Hola moreno, me pillas saliendo de la ducha —añado con una sonrisa en los labios.

—Umm ¿eso es una invitación? —pregunta pícaro.

—Ja ja depende... —respondo coqueta.

—Si quieres voy a secarte o a humedecerte más, eso te lo dejo a tu elección —me provoca.

Ojalá pudiera Cristian, no sabes tú las ganas que tengo de verte...

—Te pillas un poco lejos para venir a secarme —expreso riéndome.

—Si hay que secarte soy capaz de ir andando morena —ataca de nuevo con voz seductora.

Estallo en carcajadas, desde luego no puedo con este hombre me encanta todo él.

—Eres un pícaro.

—Y tú una provocadora, mira que decirme que estás húmeda cuando sabes que estoy de sequía sexual... ya te vale —argumenta tratando de parecer molesto.

—Ja ja yo no he dicho que esté húmeda, he dicho que acabo de salir de la ducha que no es lo mismo... —añado riéndome de él.

—Para mí es lo mismo, pero bueno dejemos las humedades, ¿y cuándo vienes?

Joder ya me he hecho a la idea de quedarme aquí por lo menos una semana con mi madre, me apetece mucho verlo a él pero...

—Cristian voy a quedarme una semana más con mi familia.

De repente solo se escucha un silencio eterno...

—Normal, ahora debes cuidar de tu madre y estar con los tuyos, cuando vuelvas me cobraré que me estés haciendo sufrir de esta manera...

—¡Vale! Trato hecho.

—¡Carmen la comida está en la mesa! —Me informa Iván asomando la cabeza por la puerta.

Él al verme al teléfono baja la voz y levanta la mano en señal de disculpa por interrumpirme, a lo que le respondo con una sonrisa.

—Te reclaman morena, no te preocupes hablamos más tarde.

—Venga luego te llamo, un beso mi moreno guapo —cuelgo el teléfono.

—¿Tu moreno guapo? Mira que te estás volviendo ñoña eh —añade Iván riendo desde la puerta.

—¡Tú eres un cotilla! —Grito a modo de broma.

Termino de vestirme mientras escucho a lo lejos la risa de mi cuñado inundando el pasillo.

Cristian

Desde luego no sé qué me pasa con esta chica, solo he estado con ella una vez y me pego el día pensando en ella, no sé si será por el tiempo que hacía que no echaba un polvo, porque ya voy para viejo o porque me estoy enamorando, así que, ahora solo queda averiguarlo.

Esa mañana he estado en el cuartel arreglando unos papeles para renovar la baja y me he pasado por la sala a visitar a los compañeros que llevaba mucho tiempo sin verlos, y me aburro tanto sin hacer nada que espero a que termine el horario de actividades para tomarme una cerveza con ellos.

Estoy charlando con Miriam, la camarera, cuando llegan José y Javi, que nada

más verme vienen directos hacia mí.

—Cristian tío, que de tiempo sin verte ¿cómo estás? —Me pregunta José mientras me estrecha la mano.

—Mejor, he venido a ver al médico y me ha renovado la baja un par de semanas más, ¿qué pasa Javi? —Le saludo también.

Mientras, José, pide un par de cervezas para luego irnos a una mesa a hablar un rato.

Los conozco desde hace más de siete u ocho años y en ese tiempo, en las misiones que hemos compartido y en el trabajo diario se ha forjado una amistad bonita.

Me estuvieron poniendo al corriente de cómo estaban las cosas por allí, lo oficiales que se habían ido y los que habían llegado nuevos aunque no había muchas cosa que contar porque aquí siempre era más de lo mismo.

—Pues creo que en un par de semanas si sigo así pediré el alta porque esto es un coñazo, todo el día en casa sin hacer nada.

—¿Te están quitando dinero del sueldo? —pregunta Javi mientras le da un trago a su cerveza.

Antes de que me dé tiempo a contestar, José se me adelanta.

—Javi, no te enteras de nada eh, cuando tienes un accidente en acto de servicio no te quitan nada del sueldo.

—Yo que sé, no me acordaba. Pues menos mal, porque con el tiempo que llevas... José y yo estamos de porteros desde hace varios meses para sacarnos un dinero extra.

No es de extrañar que algunos militares trabajen de porteros en discotecas, conciertos y fiestas, incluso hay compañeros que han abierto su propia empresa de seguridad que compaginan con su vida militar.

—¿En alguna discoteca? —pregunto.

—No —contesta José—, en la puerta de un chalet de Chiclana.

—¿Coño y que controláis en la puerta de un Chalet? ¿La verja? —pregunto riendo.

—No capullo, en un chalet de prostitutas, nos quedamos en la puerta por si surge algún problema dentro —confiesa José— y alguna vez las acompañamos a algún hotel.

—¡No jodas! ¿Y esperáis a que se la metan y terminen con ellas? Pues menudo marrón —les digo a ambos.

Me explican en qué consiste el trabajo y la verdad que tampoco es para matarse, y encima lo cobran a muy buen precio. Lo único malo es que como pase alguna movida y los pille allí la que les puede caer a los dos será menuda.

—Bueno al menos tendréis descuento —añado en broma.

Javi mira a José de reojo y este se encoge de hombros mientras hace una mueca extraña con la cara.

—Que va tío, a este capullo le gusta una de ellas y a ella le gusta él, pero dice que pasa del tema y yo tengo cierta amistad con ella y su amiga pero nada más.

—Ya empezamos, ¡a mí no me gusta Lola! —Grita molesto José.

—Anda que no... —Se cachondea Javi.

—*Nune mane y miencole* —responde su hermano.

—Que tonto eres... Venga ya, que se te cae la baba cada vez que la ves.

José le lanza a su hermano una mirada asesina en modo de advertencia lo cual provoca que este vuelva a descojonarse en la cara de su hermano mayor.

—Qué antipático eres hijo, no te pareces a mí —dice Javi siguiendo con el cachondeo.

José se levanta de su silla cabreado y se larga a la barra por otra cerveza dejando a su hermano descojonándose en su cara y yo con él.

—Sí que le gusta, sí —confirmo con solo ver la actitud de su hermano.

—Si tío, le encanta pero como es gilipollas, pues lo único que hace es picarla y tratarla mal —me cuenta— es buena tía y muy simpática, además de que está tremenda... pero él sigue en sus trece de que jamás se mezclaría con una mujer así, yo le digo que si le gusta de verdad que hable con ella, ese tipo de profesión no es para toda la vida y quizás lo que sienta por él sea tan fuerte como lo que siente él.

En cierta forma estoy de acuerdo con la actitud de José, si ella es prostituta debe ser muy complicado que mantenga una relación de pareja y que dicha pareja lo tolere, yo por lo menos no sería capaz de estar con una mujer que sé que se acuesta con todo tipo de hombres, de todas la maneras imaginables y que encima ha sido ella misma la que lo ha elegido.

—Yo que se Javi, tiene que ser jodido tío, yo estoy seguro que no podría aguantar algo así por mucho que la tía me guste —añado viendo como José se acerca de nuevo a la mesa.

Por el bienestar de Javi decidimos cambiar de tema dejando a las prostitutas a un lado y seguimos hablando del trabajo, que aunque renegáramos, lo criticáramos y en ocasiones los odiáramos es de lo que siempre terminas hablando cuando estás con los compañeros.

Después de tomarnos la última cerveza en la sala nos vamos a un bar cercano a tomarnos alguna más, allí nos encontramos a un par de amigos lo cual alarga la velada hasta la hora de cenar.

Son casi las once de la noche cuando llego a casa, me he quedado sin batería en el móvil hace ya algunas horas y lo primero que hago es ponerlo a cargar para ver si Carmen me ha hablado o me ha llamado.

Y así es, tengo varios *WhatsApp* suyos y una llamada perdida, veo que hace un buen rato que no se conecta y decido no molestarla por si está ya dormida o en su defecto con su familia.

—Mañana te daré una sorpresa morena —pienso en voz alta para mí mismo mientras suelto el móvil.

Capítulo 14

Carmen

Mis ojos se niegan a abrirse, no quiero... deseo seguir durmiendo... maldito móvil que no para de sonar y de torturarme, como buenamente puedo y con los ojos aún pegados extendiendo el brazo hacia la mesita para coger el dichoso teléfono.

—Si... —respondo con voz ronca pastosa.

—No me puedo creer que aún estés dormida... son las doce de la mañana chiquilla —escucho la voz del hombre que me roba el sueño, no literalmente, porque duermo como una marmota.

—Joder Cristian, pues para mí es como si fueran las seis de la mañana, anoche me acosté tarde hablando con mi hermano.

—Bueno... por cierto, ¿te apetece desayunar conmigo? Aunque a decir verdad ya casi que podríamos comer.

En ese momento mi cuerpo se despierta de golpe sentándose en la cama como si lo hubiese empujado una fuerza invisible.

—¿De qué estás hablando? —pregunto desconcertada.

—Vaya parece que ahora sí que tengo toda tu atención, verás... estoy en el recinto ferial de Fuengirola en un aparcamiento muy grande que hay, si me mandas la ubicación voy a buscarte —responde alegre.

Ahora sí que estoy flipando... ha venido desde Cádiz a verme.

—¿Estás hablando en serio? —pregunto nerviosa.

—Tan en serio como que en Cádiz está cayendo la de Dios y aquí hace un sol espléndido para pasear —agrega— venga morena pásame la ubicación y déjame verte... anda... —Comienza a hablar con voz melosa— llevo dos horas conduciendo y sabes que tengo mal la espalda solo para estar un rato contigo...

¿Cómo voy a negarme? Ha venido desde Cádiz solo para verme... así que, le cuelgo y le mando la ubicación por *WhatsApp*, me levanto como si las sábanas me quemaran y voy directa a ducharme y a vestirme.

El recinto ferial no queda muy lejos de casa de mis padres, así que, tengo que darme prisa.

Veinte minutos después salgo del cuarto directa al salón, pues me acaba de decir que ya está en la puerta.

Cuando llego al salón mi padre ya se ha ido a trabajar y mi madre y Celia están en la cocina tomando café.

—Chicas voy a salir, no vengo a comer —grito dirigiéndome a la puerta.

—¡Hija! —Grita mi madre—, ¿pero dónde vas con tanta prisa? ¡Ven aquí!

Refunfuñando entro en la cocina porque mi madre ya me está retrasando mi encuentro con Cristian.

—¡Qué mamá, qué! —Le digo molesta.

—¿Cómo que qué? ¿Dónde vas? —pregunta mientras Celia a su lado me mira como si algo no le cuadrara.

—Voy a salir, he quedado con un amigo para comer y me está esperando fuera.

—¿Qué amigo? —pregunta Celia aún más extrañada.

No estoy dispuesta a perder toda la mañana dando explicaciones a estas dos con quién salgo y con quién no, Cristian ya está fuera esperando y tengo más ganas de verlo a él que de dar explicaciones cuando jamás había tenido que hacerlo.

Así que, con las mismas me doy media vuelta e ignoro las quejas de ambas que quedan ahogadas cuando cierro la puerta y salgo al jardín.

Cuando salgo a la calle no veo a nadie, miro a ambos lados y mi cuerpo entero tiembla, ahí está, a unos diez metros de mí apoyado en el capó de su coche con los brazos cruzados sobre el pecho, Dios no recordaba que estuviera tan bueno, lleva unos pantalones vaqueros oscuros que se amoldan a sus largas y fibrosas piernas y una chaqueta de cuero negro que deja ver perfectamente unos brazos fuertes y musculosos.

Cuando le veo el mundo se detiene y mis pies corren hacia él mientras él viene también hacia mí.

Como si mi cuerpo tuviera vida propia me lanzo a él y enrosco mis piernas en su cintura, mientras mi boca busca la suya como si mi vida dependiera de ello.

Su lengua acaricia la mía, noto cómo sus manos aprietan mi culo como si tuviera miedo a que me escapara.

—Si llego a saber que me recibirías así hubiese venido antes —me suelta apartándose de mí lo justo para poder hablar— como no te deje ahora mismo voy a coger y te voy a hacer mía en medio de la calle, así que, mejor vamos a calmarnos.

—Si mejor, o acabaremos detenidos por escándalo público —expreso nerviosa mientras paso mi mano por su poblaba barba que tanto me gusta— aunque si nos meten en la misma celda... nunca he tenido sexo en una comisaría y oye tiene también su morbo —agrego coqueta.

Cristian me responde riéndose a carcajadas.

—Morena no me provoques que yo tengo muy poco autocontrol —me provoca pasando su lengua caliente por mi cuello.

—Pues entonces creo que debería bajarme —le pido acalorada.

Y así lo hace, con cuidado me baja al suelo y coge mi mano para irnos hacia su coche.

—Así que esa es tu casa ¿no? —pregunta cuando pasamos por la puerta para salir de la urbanización.

—Sí, hay nací y crecí y es donde viven mis padres.

—¿Por cierto cómo sigue tu madre?

Le voy contando como está mientras lo oriento para llegar al *parking* de la plaza de la constitución que es el más cercano al paseo marítimo donde podremos aparcar y buscar algún sitio para tomar algo.

Una vez en el *parking* estamos buscando la salida cuando me empuja hacia una puerta, una vez dentro veo que estamos en los aseos.

—¿Qué haces? —pregunto confusa— ¿quieres hacer pipí?

Él no contesta, solo me coge en volandas y me mete dentro de unos de los aseos.

—Voy a hacer lo que llevo deseando hacer desde que te he visto aparecer.

No hacen falta más palabras, me apoya contra la puerta del baño, nos besamos con una necesidad casi enfermiza mientras desabrocha los botones de mis vaqueros y mete una mano por debajo de mis bragas. Respondo de la misma manera metiendo mi mano en sus pantalones mientras noto como su miembro crece por momentos hasta tal punto que pienso que le va a explotar. Con ayuda de la otra mano me baja el pantalón y yo le bajo el suyo, mientras con mi pie izquierdo me quito un zapato y luego el otro para poder quitarme del todo el pantalón y las bragas. Cuando ve que ya me he liberado de la ropa que me impide abrir las piernas, enrosco de nuevo mis piernas en sus caderas y me penetra con fuerza.

Y en ese momento pierdo toda la noción del tiempo... no me importa nada, ni dónde estamos ni todas mis reservas sobre estar con él. Voy a aprovechar lo que él me da el tiempo que dure.

Sus movimientos son firmes y constantes, el placer es palpable en su cara y el mío en mis gemidos que inundan ese frío aseo.

Noto su semen caliente inundando todo mi ser mientras sigue moviéndose. Cuando ambos hemos terminado me baja al suelo poniendo mis pies sobre los suyos.

—No te muevas.

Mete la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y saca un pequeño paquete de toallitas, desde luego que este hombre sí que es precavido, pero lo que me hace descojonarme del todo es que saca del otro bolsillo un salvaslip.

—Ja ja desde luego sí que eres previsor —expreso llorando de la risa.

—Pues claro —comenta sonriendo— anda que no he escuchado yo veces eso de: ahora me voy a mojar las bragas —añade imitando la voz de una mujer.

No cabe duda de que sabe cómo tratar a una mujer, está claro que la edad le ha dado más que un atractivo físico y una picardía sin igual.

—Además —agrega—, sabía que esto pasaría de un momento a otro y al menos ahora podremos ir a comer sin que tenga que ir dando la nota allá donde vayamos.

Termino de asearme y salimos juntos del *parking* camino al paseo marítimo. El paseo está lleno de bares y restaurantes, así que, no es difícil encontrar un sitio donde sentarnos para tomarnos una cerveza.

—¿Bueno entonces cuando vuelves a Cádiz? —pregunta mientras el camarero

pone en la mesa nuestras respectivas cervezas.

—Había pensado volver a mediados de la semana que viene, llevaba mucho sin venir y me apetece quedarme unos días con mis padres y mi hermano.

—Y tú, ¿cómo tienes la espalda?

Me cuenta que ha ido al médico el miércoles y que le han encontrado mucho mejor, incluso han empezado a curarle un día sí y otro no y que ayer por la mañana había estado en el cuartel renovando su baja pero que cuando volviera en dos semanas iba a solicitar el alta porque se sentía mucho mejor y se aburría mucho en casa sin nada que hacer.

—¿Por qué no te quedas el fin de semana? —Suelta mi boca sin que mi cerebro procese lo que estoy diciendo.

—¿Tú quieres que me quede? —pregunta mirándome intensamente.

—Aquí hay hoteles baratos y bueno... no se... así te distraes —bravo Carmela, acabas de decir que quieres estar con tu madre y ahora le dices que se quede para estar con él desde luego reina que ni tú misma te aclaras.

—Me quedo todo el fin de semana si duermes conmigo —me dice con una sonrisa en los labios.

Mi madre va a matarme cuando se entere...

—¡Trato echo! —añado extendiendo mi mano para sellar nuestro pacto— lo que pasa que no traes ropa y no vas a estar así todo el fin de semana.

Me mira pícaro como si supiera algo que yo desconozco.

—Morena, no voy a necesitar ropa para lo que tengo en mente hacer este fin de semana.

No hacen falta más palabras para entenderlo, noto cómo vuelvo a humedecerme pensando en los días que me esperan, sé que la idea que tiene para este fin de semana es encerrarnos en una habitación y no salir hasta el domingo.

—Aun así querrás hacer algo de turismo —añado haciéndome la inocente.

Se levanta de su silla y la pega a la mía, para acercar su boca a mi oído.

—Sí que voy a hacer turismo faraona, aún no he pasado mi lengua por aquí —sonríe acariciando el interior de mi muslo—, ni he podido morder el lunar que tienes aquí —agrega pasando su otra mano por mi espalda—, ah y tampoco he podido visitar y presentarme como dios manda esta parte de tu cuello que me vuelve loco —termina mientras deslizaba un dedo por mi nuca—, ya ves todo lo que tengo que hacer y veremos si me da tiempo y no tengo que repetir toda la ruta.

Creo que si llego a estar de pie en este momento me caigo de culo al suelo, desde luego otra cosa no sé, pero labia tiene más que de sobra.

—En ese caso vamos a comer y vamos a buscar ese hotel donde puedes comenzar tu ruta —expreso de manera insinuante.

Pagamos las cervezas y damos un paseo buscando el restaurante donde vamos a comer, finalmente las ganas de comernos el uno al otro ganan a las de ir a almorzar y nos encaminamos directamente a un hostel que está cerca y no es muy caro para estar

en pleno centro.

Cristian

El hostel donde me ha traído es bastante acogedor y céntrico, la habitación incluye un saloncito con un par de sofás y una pequeña televisión que tiene a su derecha, una mininevera y una mesa en el centro de la estancia.

El dormitorio tiene otra nevera justo en frente de la cama de matrimonio y una puerta que comunica con el cuarto de baño.

Lo mejor de todo es que justo abajo tenemos un Telepizza y varias tiendas de barrio de estas que tienen de todo, así que, no habría que ir muy lejos cuando nos diera hambre aunque ahora mismo no era comida lo que quería comerme precisamente.

Mientras yo dejo las llaves, la cartera y demás en el mueble de la tele, ella se quita los zapatos y sale corriendo para lanzarse a plomo sobre la cama.

Esta mujer me vuelve loco... despierta mi instinto más primitivo y lo único en que pienso es en estar entre sus piernas. Apenas la conozco y mi nivel de dependencia y necesidad de ella están llegando a unos límites que empiezan a darme miedo, así que, cuando me dijo que por qué no me quedaba el fin de semana no dudé en aceptar por si le daba una *neura* típica femenina y se echaba atrás.

Me acerco al dormitorio y la observo tumbada en la cama con su larga melena negra esparcida por la colcha celeste.

—¿Por qué no te acercas aquí y pruebas conmigo lo cómoda que es esta cama? — Me propone mientras se coloca de rodillas sobre el colchón.

Me acerco y me pongo de rodillas justo en frente de ella, mi morena me sonrío conocedora de lo que vendrá a continuación.

—Ven —le pido mientras tiro de ella para sacarla de la cama.

—¿Qué quieres? —pregunta.

—Quiero te estés quieta —ordeno mientras me pongo de pie frente a ella—, no te muevas.

—Vale —musita.

Deslizo mis manos desde sus muñecas hasta los hombros luego poco a poco las paseo por encima de su camiseta dibujando la forma de sus pechos.

—Levanta los brazos faraona —me susurra.

Cuando los levanta tiro de su camiseta hacia arriba y la saco por su cabeza, luego desabrocho su sujetador y dejo sus pechos al aire. Paso mi dedo por uno de sus pezones que reaccionan endureciéndose al notar mi contacto, no tiene mucho pecho pero para mí es perfecto.

—Mira morena tienen la medida perfecta para mis manos —le digo cogiendo

ambos pechos entre mis dedos— están hechos el uno para el otro.

—Si eso parece —musita ella con voz ronca.

Deslizo mis manos por su vientre y llego al botón de su pantalón el que desabrocho y bajo hasta las caderas dejando las braguitas en su sitio, me pongo de rodillas delante de ella y termino de bajarlos para dejar sus piernas desnudas.

—Levanta este pie —le pido tocando su pie izquierdo— y ahora el otro.

Me levanto nuevamente y me alejo unos pasos de ella para poder admirarla.

—Eres preciosa.

No dice nada, solo un pequeño rubor tiñe sus mejillas dándole una imagen aún más hermosa.

Me aproximo de nuevo a ella y vuelvo a llevarla hasta la cama dónde la acuesto boca arriba dispuesto a disfrutar de ella hasta saciarme.

Paso mi lengua por cada poro de su cuerpo, acaricio y adoro cada curva y beso cada pliegue, la oigo gemir mientras mi saliva la humedece por completo.

Deseo a esta mujer más que a ninguna otra cosa, sentir su cuerpo caliente debajo de mí es cuánto necesito. En el momento en que me sumerjo en su interior, la miro a los ojos unos segundos sin ni siquiera moverme, solo sintiéndola... Lo sé... no sé cómo... ni cuando ha pasado, pero me he enamorado de ella.

Capítulo 15

Celia

Llevo toda la mañana y gran parte de la tarde dándole vueltas a donde puede haber ido Carmen, aquí en Fuengirola no tenemos muchos amigos y me consta que no tiene ningún servicio porque Olga nos ha dado luz verde hasta la semana siguiente. Le he mandado un par de *WhatsApp* pero no me contesta y hace horas que ni siquiera se conecta.

Por un momento pienso en decirle a Manuela que la llame ella a ver si tiene suerte y se lo coge pero luego lo pienso mejor y decido que eso podría preocuparla sin necesidad.

—Manuel voy a salir a dar un paseo —le digo mientras me pongo el abrigo— vengo en un rato.

—Muy bien, pásalo bien hija.

—Manuel recuerda que las seis te toca la pastilla de la tensión —le digo mientras me acerco a ella.

—Sí tranquila me he puesto una alarma en el móvil por si me duermo —contesta mientras se acomoda en el sofá para ver un rato la tele.

—Hasta luego.

—Hasta luego, ten cuidado —se despide.

Salgo a la calle y el aire frío me golpea en la cara despertando todos mis sentidos aletargados por el calor del hogar con la calefacción.

Estoy un buen rato paseando sin rumbo fijo hasta que mis pies como por iniciativa propia me llevan a la puerta del que un día fue mi infierno.

Ya he crecido, soy una mujer adulta y aun me da escalofríos... La antigua cancela verde está bastante deteriorada, así que, la empujo y entro con facilidad, está justamente como la recuerdo, aunque ahora me parece más pequeña que cuando era niña.

Es una casa de una planta con la fachada celeste, tiene dos ventanas en la parte baja que da al jardín, si no recuerdo mal eran del salón y un pequeño balcón en la parte alta que en su día fue el dormitorio de mi madre.

Recorro el camino enlosado deteniéndome en el porche, no quiero verla pero necesito saber si aún está aquí, puedo apreciar que el jardín está bien cuidado y pegado al muro. Veo plantadas varias flores de colores, esto me descuadra más, mi madre nunca fue muy amante de la jardinería, aunque la verdad es que jamás le

interesó nada aparte de ella misma.

—¿Qué quiere? —pregunta una voz desde el interior de la casa—, ¿a quién busca?

—A nadie, perdone, viví aquí hace años pero ya me iba.

En ese momento la puerta se abre y aparece una señora de unos setenta años, es más bien bajita y regordeta, tiene unas facciones delicadas y un moño de pelo blanco recogido en la parte de alta de la cabeza.

—¿Celia? —pregunta la voz extrañada a la vez de emocionada.

—Sí —respondo confusa porque la señora sepa mi nombre.

Da un paso hacia delante como si no viera bien desde esa distancia y deseara verme de más cerca.

—¿Eres tú de verdad? —pregunta nuevamente—. Sí eres tú...

—¿Quién es usted?

La adorable anciana se va acercando a mí lentamente hasta que la tengo justo delante.

—Soy tu abuela niña, ¿no lo sabías, verdad? Seguro que tu madre te dijo que estaba muerta o cualquier otra cosa.

Y es verdad, no tenía ni idea de que tuviera una abuela, recordaba que mi madre de niña me dijo que su madre vivía en Córdoba y que hacía años que no se hablaban pero jamás vi una foto suya y nunca vino a visitarnos.

—¿Abuela Rosario? —pregunto anonadada—. No puedo creer que seas tú, me comentó que hacía años que no os hablabais, nada más.

La anciana me mira con ojos empañados en lágrimas, tiene una mirada sufrida y cansada como si la vida se hubiese cebado con ella hasta apagarlos por completo.

—Sí tesoro, soy tu abuela Rosario —expresa emocionada—, tenía tantas ganas de saber de ti... —Agrega con los ojos empañados en lágrimas.

Sin esperarlo se abraza a mí y me envuelve con sus brazos, noto cómo sus lágrimas humedecen mi chaqueta, mientras yo con pulso tímido le acaricio el pelo para tratar de calmarla.

—Cálmate abuela —la consuelo mientras le correspondo a su abrazo.

—Entra mi niña, prepararé café y te contaré toda la historia —me invita apartándose de mí.

Por unos segundos lo dudo pero recapacito, es mi abuela y merece la oportunidad de explicarse y conociendo a mi madre tengo por seguro que ella había sido la culpable de todo el mal de la anciana.

—Me apetece mucho ese café.

Ella sonrío y comenzamos a andar con pasos lentos y torpes hacia el interior de la casa. Cuando entro veo que está todo tal y como la recordaba, el mismo color crema de las paredes, los mismos muebles viejos e incluso aún está el baúl de madera en el que pasé tantas horas.

Sirviéndole de apoyo vamos hasta la cocina mientras ella va contándome que

había arreglado algunas goteras que salieron en el piso de arriba y que el año anterior decidió poner gas natural porque según ella era más seguro y ya no tenía fuerzas para cargar con las bombonas de butano.

Entramos en la pequeña cocina y un nudo se me agolpa en el pecho, los antiguos muebles blancos han perdido su color y ahora son de un tono amarillento desgastado por los años, la mesa de madera sigue en el centro de la cocina con dos sillas a cada lado donde me siento mientras ella prepara la cafetera.

—¿Quieres que lo haga yo? —Le pregunto.

—No mi niña quédate hay sentada que yo me encargo —contesta mientras sigue con sus tareas.

Tengo tantas preguntas... hay tantas cosas que quiero saber que no sé ni por dónde empezar.

—¿Dónde está? —No hace falta decir nombres ella sabe perfectamente a quién me refiero—. ¿Sabes algo de ella?

Mi abuela deja el café terminando de hacerse en su pequeña cafetera antigua y se acerca a la mesa para sentarse junto a mí.

—Lo último que supe de ella fue que estaba presa en el Puerto de Santa María.

—Pensé que estaba muerta —confieso mirándola a los ojos.

—Yo también, pero hace un par de años llegó una carta de un abogado de oficio a mi casa, fui a informarme y hay me enteré.

—¿Qué ha hecho? —No me duele saber cuál ha sido su suerte, la verdad es que habría preferido que estuviera muerta.

—Ya que más da, sabes que ella nunca hizo nada bueno, y no saldrá de allí en mucho tiempo.

No te imaginas cuánta razón tienes...

—¿Vives aquí sola? —pregunto cambiando de tema.

—Si hija, tu abuelo murió hace ya casi cuatro años y fue cuando decidí volver —contesta con una triste sonrisa.

—¿Volver? —pregunto extrañada.

—Sí cariño, esta es mi casa. Me fui a vivir a Córdoba con tu abuelo poco antes de que tú nacieras después de una pelea con tu madre —explica mientras se levanta a servir el café en unas pequeñas tazas que saca de uno de los muebles—, al saberla presa decidí volver con la esperanza de conocerte, pero no estabas, pregunté a las vecinas y me dijeron que hacía tiempo que te habías ido.

—Sí, me fui en cuanto cumplí la mayoría de edad y hasta hoy no he vuelto por aquí.

Ella me mira como si tratara de ver a través de mí, sus ojos me miran tristes sabiendo que yo al igual que ella también tengo mucho dolor en mi corazón.

—Creo que no fui la única que sufrí su maldad ¿verdad? —pregunta mientras me acaricia la mano.

—No, no lo fuiste...

—¿Qué pasó? —pregunta mientras toca mi cara.

Empiezo a contárselo todo, por primera vez en años vuelvo a revivir con detalle todo el infierno que sufrí con mi madre.

Sus ojos se inundan de lágrimas que corren por sus mejillas de manera incontrolable, cuando termino de relatarle los sucesos las dos lloramos desconsoladas, yo por haber revivido aquellos duros años y ella por haber engendrado un monstruo como su hija.

—Si lo hubiese sabido... —Lamenta con pesar.

—No podías saberlo —musito acariciándole la cara— aquello pasó hace mucho y con el tiempo todo se supera abuela.

—Perdóname Celia, perdóname por no estar aquí para protegerte —suplica llorando aún más.

Me pongo de cuclillas frente a ella mientras apoyo mi cabeza en sus cansadas rodillas maltratadas por los años.

—No tengo nada que perdonarte abuela, jamás te culparía de los errores que cometió ella.

—Que Dios me perdone, pero que ojalá arda en el infierno.

Siempre he creído que estaba sola en el mundo, que aparte de Carmen y su familia no tenía a nadie más y el descubrir que tengo una abuela y que encima quiere tenerme en su vida es el regalo más grande que la vida podía darme.

—Quédate a dormir aquí conmigo, te haré la cena y dormiremos juntas —suplica — quiero saber de tu vida, en qué trabajas, dónde vives... regálale una noche a esta anciana, por favor.

Era lo mínimo que podía hacer por ella, así que, acepto regalándole una noche que ahora mismo se merece más que nadie.

Me disculpo con ella y salgo al jardín para llamar a Manuela y decirle que no iré a pasar la noche en casa, mientras mi abuela saca la comida que va a hacer para la cena y pone sábanas limpias en su cama para dormir juntas.

—Dime tesoro —contesta la que para mí había sido mi única madre.

—Manuela, te llamo para decirte que no voy a ir a dormir hoy.

—Vaya hombre, otra que me abandona...

—¿Otra? —pregunto extrañada.

—Sí hija sí, tú amiga me acaba de llamar que no viene a dormir, que vendrá mañana al mediodía.

—¿Pero dónde está? —Vuelvo a preguntarle aún más sorprendida.

—Dice que está con un amigo, que ya me imagino yo qué tipo de amigo es (dice con cierto retintín). ¿Tú también te quedas con otro amigo? —pregunta con sarcasmo.

—No, mañana te cuento —contesto.

—Vale cariño hasta mañana.

Le deseo buenas noches y cuelgo, aún le estoy dando vueltas a lo del amigo de Carmen cuando entro en la casa, esto no me cuadra... ¿Qué amigo podía ser? ¡Coño!

No, no puede ser... y si... ¡la madre que la parió! El único «amigo» por el que Carmen saldría escopetada como salió esta mañana no podía ser otro que Cristian, sabía que hablaban varias veces al día tanto por *WhatsApp* como por teléfono. ¿Y si había venido a verla? ¡Tengo que enterarme como sea!

—*Carmela me ha dicho tu madre que no vas a dormir.*

Sigue sin conectarse y ni siquiera ha leído mis *WhatsApp* de esta tarde.

—*Hoy no duermo en casa, mañana te cuento el por qué ¡vas a flipar! Por cierto cabrona ya me podías haber dicho que ha venido Cristian que he tenido que adivinarlo yo sola, menos mal que soy súperlista: ja ja ja, mañana nos vemos, bss.*

Puede que Pablo tenga razón y ambas necesitemos un poco de normalidad en nuestra vida.

—¡Abuela! —La llamo desde la salita.

—Estoy arriba cambiando las sábanas.

Subo arriba dispuesta a ayudarla, cuando entro en el cuarto de nuevo los malos recuerdos me asaltan dejándome sin respiración.

—Ven, siéntate a mi lado —me invita mientras se sienta en la cama— ella ya no puede hacerte daño y la mejor manera de superar el dolor es enfrentarte a él de frente, con la cara descubierta y el alma limpia.

—Lo sé... pero es difícil abuela —agrego mientras paseo la vista por la habitación.

—Yo te ayudaré a superarlo mi niña —promete acariciando mi cara con ternura.

Se limpia las lágrimas que se le han escapado, se levanta y va hacia el mueble de cajones que hay junto a la puerta, abre el primer cajón y saca un viejo camisón celeste con flores amarillas.

—Toma anda para que te pongas cómoda, está limpio y es de los más nuevos que tengo —dice poniéndolo en mis manos.

Está claro que mi abuela no está bien de dinero, seguro que sigue adelante gracias a una pequeña pensión de viudedad que apenas le da para vivir.

—Huele muy bien abuela —comento acercándolo a mi cara.

—Pues no lleva ningún perfume ni nada por el estilo —añade.

—Bueno pues olerá a ti —agrego sonriendo.

—Anda cámbiate y baja, mientras iré a preparar la cena.

Me quedo unos minutos sentada, una vez ella sale del cuarto, nunca habría pensado que volvería a sentarme en esta cama ni a entrar en esta casa y aquí estoy... dispuesta a pasar la noche con una abuela que creía perdida.

Cenamos hablando de mi vida en Cádiz, le hablo de Carmen y su familia y le prometo que la llevaré a conocerlos, le cuento de mis negocios (omitiendo mi profesión) y que había estudiado una carrera universitaria. Pasamos gran parte de la noche conociéndonos la una a la otra y recuperando los años que hemos perdido separadas, ahora que la he encontrado no estoy dispuesta a perderla, así que, le prometo que vendré a visitarla siempre que pueda.

Capítulo 16

Carmen

Son las tres de la madrugada, y aquí estoy yo, en el cuarto de baño, mientras fuera duerme el hombre que está consiguiendo hacer tambalear todo mi mundo.

Ha sido un día inolvidable, hemos hecho el amor hasta saciarnos, hemos reído, hablado, contado cosas de nuestras vidas y aunque una parte de mí no puede evitar sentirse mal ya no me planteo siquiera estar lejos de él.

Soy consciente que va a ser complicado una vez volvamos a la realidad, aquí en este cuarto hemos creado nuestro pequeño universo donde solo estamos él y yo, pero ahí fuera la cosa es muy diferente.

Una vez volvamos a Cádiz la cosa cambiará, tengo claro que voy a seguir viéndole hasta que esto acabe pero también tengo claro que tengo un trabajo que no puedo desatender.

No tiene que ser tan complicado, me ha comentado hoy mismo que en un par de semanas vuelve a reincorporarse a su trabajo y aunque yo no sea una entendida en la materia, sé que tendrá sus maniobras y cosas de esas... sí... puedo hacerlo... lograré mantener las dos cosas a la vez, estoy segura que organizándome y con la ayuda de Cel puedo seguir con mi trabajo y con él.

Con una sonrisa en los labios y segura de que esto funcionará salgo del baño y me meto en el cama a su lado.

Los rayos de sol me dan en la cara, ¿quién ha encendido la luz? Como puedo abro los ojos y veo que son los reflejos del sol en el cristal de la ventana el que me está fastidiando el sueño, extendo la mano para acariciar a Cristian pero compruebo que no está en la cama.

—¡Cristian! —Le llamo por si estaba en el baño o en el salón.

Silencio...

Me levanto y voy hacia el salón donde el día anterior dejé mi móvil después de llamar a mi madre y veo que Celia me envió un *WhatsApp* anoche.

—*Sí que eres lista hija jajaja, ¿cómo que no has dormido en casa? ¿Dónde estás pelleja?*

Escribiendo...

—*Eso mismo digo yo marrana, me podrías haber contado que iba a venir a verte*
—responde ella.

—No lo sabía, se coló por sorpresa, no sabía que iba a venir, ¿bueno y tu dónde estás? —pregunto con cierta curiosidad.

Escribiendo...

—Con mi abuela —responde.

Ahora sí que estoy flipando ¿Su abuela?

—¿Perdona?

Escribiendo...

Luego te cuento que vamos a salir a pasear, bss

Ok, bs

No tenía ni idea que Celia tuviera una abuela, ni siquiera sabíamos dónde estaba su madre, cuando cumplió dieciséis años se metió a trabajar para pagarse los estudios y cuando no estaba trabajando estaba estudiando. Mis padres fueron testigos de lo mal que ella lo pasaba en su casa y aunque nunca conocieron toda la historia Celia se los ganó con cariño y respeto.

Se pegaba meses sin ver a su madre y ni falta que le hacía, a veces la llamaba a casa de mis padres borracha como una cuba o iba a buscarla allí, sabía que Celia estaba trabajando e iba a pedirle dinero, mi amiga nunca lo supo pero en varias ocasiones fue mi padre o mi madre los que le dieron dinero para que la dejara tranquila unas semanas.

Hasta que se bebía el dinero o se lo fumaba, y entonces volvía otra vez, así que, cuando cumplimos los dieciocho y empezamos la carrera en Cádiz ella y toda su historia calló en el olvido. En cierta ocasión les pregunté a mis padres si aún iba por casa y me dijeron que un día simplemente dejó de ir y no volvieron a saber de ella.

Si está viva o muerta no lo sabemos, Celia ha mejorado y olvidado con el tiempo, en Cádiz buscamos en su día ayuda de un especialista que hoy día aún visita una vez al mes.

Estoy perdida en mis pensamientos cuando escucho abrirse la puerta de la habitación.

—Vaya ya estás despierta —saluda Cristian entrando con lo que parecen dos cafés y una bandeja con el desayuno.

—Si hace muy poquito —agrego levantándome para ayudarle a dejar todo en la mesa—, deja que te ayude anda.

—Hace un día buenísimo —comenta mientras se quita la chaqueta de cuero.

Observo que es un animal de costumbres, deja la chaqueta en el mismo sitio donde la había dejado el día anterior, las llaves, el móvil y la cartera en la misma mesita y en el mismo orden, me hace tanta gracia que no puedo evitar sonreír.

—¿De qué te ríes loca? —pregunta sentándose a mi lado y poniendo un vaso de humeante café en mis manos.

—Eres muy ordenado, lo dejas todo siempre igual —respondo.

—Bueno no tanto —agrega sonriendo— para la casa tú sabes... soy un poco dejado, pero para otras cosas me gusta que todo esté en su sitio, podría decirse que

mantengo un orden dentro de mi desorden.

—Ja ja ya...

—A ver he estado en muchos sitios y he convivido con mucha gente a lo largo de mi vida, y no me refiero a compartir piso solo, cuando estuve en Bosnia mi *corimec* sería más o menos como esta habitación —argumenta mirando a su alrededor— y este cuarto tiene como diez metros cuadrados, pues imagínate vivir aquí ocho tíos.

—Madre mía eso tiene que ser estresante, aparte de que no tendríais nada de intimidad.

—Pues no, y cada uno con sus manías y tonterías aprendes a mantener un orden porque si no lo haces cuando llevas dos semanas puedes acabar a ostias y eso no se puede permitir y más cuando os quedan meses de convivencia diaria por delante.

—Bueno pero ahora estás aquí —añado acercándome a él— y conmigo seguro que lo vas a pasar mejor.

—Eso no lo dudo nena —musita sentándome en su regazo— anda vamos a desayunar.

Nos tomamos nuestro desayuno sentados en el sofá mientras no paramos de tocarnos y besarnos.

—Tengo que ir a casa —comento— si no voy mi madre se pondrá histérica y hoy había quedado para salir con mi hermano y mi cuñado.

—Vale, terminamos esto —señala el desayuno— y te llevo.

Umm esa idea no me gusta, si viene conmigo querrá entrar y yo no estoy por la labor, una cosa es que nos acostemos y lo pasemos bien y otra muy distinta llevarlo a mi casa.

—Mejor quédate aquí y vuelvo en un rato —le digo dándole un beso en la nariz.

—No quieres que vaya ¿no? —pregunta con mala cara.

—No es eso Cristian... lo pasamos bien juntos...

—Ya, pero no quieres que vaya a casa de tus padres —añade levantándose del sofá y marchándose al cuarto.

Me quedo pensando unos minutos en cómo salir de esta sin ofenderle hasta que escucho el chorro de la ducha, me levanto y voy al dormitorio que comunica con el aseo.

Cuando entro está de espaldas a la puerta, se ha quitado los apósitos de la espalda y está jabonándose el pelo, es perfecto, verlo ducharse es muy relajante...

—Quítate la ropa y acompáñame —me invita mirando a la pared.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunto acercándome.

—Nena te lo dije una vez, suspiras tanto que seguro que te han oído en recepción.

Me quito la escasa ropa que llevo mientras sigo observando como Cristian se ducha y me meto con él, ni siquiera se vuelve a mirarme, paseo mis manos por su cintura para abrazarme a su cuerpo mientras que le beso el hombro.

—No te enfades por favor —le ruego acariciando su musculoso abdomen.

—No me enfado morena, es solo que no entiendo por qué no puedo acompañarte,

pero vale —dice volviéndose para mirarme de frente.

—Te llevaré a tu casa y aprovecharé para buscar alguna clínica de *Asisa* donde puedan hacerme la cura mientras te espero.

—Hay una clínica privada cerca de casa de mis padres, te diré dónde está.

En menos de dos segundos se acaban las palabras...

Comienza a besarme apasionadamente mientras pasea sus manos por mi espalda que van bajando poco a poco hasta mis caderas, me impulso hacia arriba y enrosco mis piernas en sus caderas.

Mi excitación crece por momentos, notar el contraste de la fría pared en mi espalda y el calor de su cuerpo en mi pecho no hace más que aumentar mi deseo, cuando me penetra mis gemidos inundan mis oídos haciéndome de nuevo olvidar la realidad, tengo su boca pegada a la mía que adsorbe cada uno de sus suspiros.

Cuando llego a casa me encuentro a mi madre sentada en la isleta de la cocina tomándose un café.

—Hola mami —la saludo sentándome a su lado mientras le doy un beso.

—Hola cielo ¿qué tal tu «amigo»? —pregunta sonriendo.

—Muy bien, ha ido al centro de salud a hacerse una cura y me recogerá en un rato.

—Vamos que te vas otra vez... —comenta algo molesta.

—Se queda hasta mañana y pensaba pasar el día con él.

—¿Quién es?

—Lo conocí hace unas semanas, hemos quedado varias veces —miento— el tiempo que llevo aquí hemos hablado a diario varias veces y como le comenté que me quedaría una semana más quiso darme una sorpresa.

—Bueno ya eres una mujer adulta y siempre has sido responsable, confío que sabrás hacer las cosas bien —opina mientras me sirve un café para mí.

—Oye mamá, ¿ha venido Celia?

Me cuenta que había hablado con ella ayer por la noche cuando la llamó para decirle que no vendría a dormir y que hoy comía aquí pero que poco antes de llegar yo había vuelto a llamar para decir que llegaría por la tarde.

Estaba claro que mi madre no sabe nada de la abuela recién descubierta y yo prefiero callar y dejar que la misma Celia se lo explique.

—Bueno supongo que cuando venga ya nos contará donde ha estado —digo haciéndome la ingenua— voy a coger algunas cosas del cuarto, ¿vale?

—Vale cariño.

Me levanto y me voy directa a mi habitación a coger algo de ropa limpia, busco una de las camisetas viejas de mi hermano que uso para dormir cuando vengo por si Cristian quiere cambiarse, preparo mi cepillo de dientes y uno nuevo para Cristian, busco una mochila o bolsa de viaje en el armario para meterlo todo pero no encuentro

ninguna, así que, salgo a preguntar a mi madre donde puede haber una.

—Mamá donde hay... —Madre no está en la cocina—, ¡mamá! —La llamo saliendo al salón— ¡mamá!

Empiezo a ponerme nerviosa, voy a su cuarto mientras la llamo a gritos, entro en su aseo, en el dormitorio de Celia, en el cuarto de la lavadora cuando vuelvo al salón ya estoy atacada entonces veo que la puerta principal está abierta, ni siquiera me he dado cuenta cuando he salido de la cocina hace unos minutos.

Salgo fuera para buscarla en el jardín y tampoco está ahí, voy a volver a entrar en la casa cuando escucho su voz detrás del muro.

—Hijo solo es un pitillo, créeme se necesita más que un chungo para matarme.

Salgo fuera y casi me desmayo, veo a la loca de mi madre hablando con Cristian y encima fumando.

—¡Mamá! ¡¿Qué coño haces fumando?! —Grito asustándola muy cabreada.

—Cielo acabo de conocer a tu amigo —comenta como si nada sonriendo y cambiando de tema.

—Sí, estaba esperándote cuando ella salió de la casa y como me vio en la puerta me ha preguntado si esperaba a alguien y claro le he dicho que a ti, y bueno hemos empezado a hablar y...

—¡Cristian cállate por favor! —Le pido enfadada— mamá tira eso ¡YA! —Le ordeno acercándome a ella.

—Cariño solo eran unas caladitas...

—Ni caladitas ni ostias mamá, ¡no puedes fumar!

Cristian se limita a mirarnos en silencio pasando su mirada de una a otra.

—¿Has visto que hija más pesada tengo? —pregunta con tono sarcástico a Cristian.

—Bueno señora, creo que ella tiene razón —rebate de forma diplomática.

—¿Me ha llamado señora? —Me pregunta girándose y mirándome a mí.

Asiento ocultando una media sonrisa mientras Cristian me mira a mí levantando una ceja sin saber qué ha hecho de malo en llamarla señora.

—Hijo si me vuelves a llamar señora... no vuelves a ver a mi hija en tu vida y me llamo Manuela no señora —le amenaza señalándolo con el dedo.

—Yo... bueno... yo... —Tartamudea avergonzado tratando de salir del paso— bueno como es mayor...

La cagaste Cristian, pero bien...

La verdad es que resulta muy gracioso ver a un tío hecho y derecho como Cristian cohibido por mi madre.

—¿Me estás llamando vieja? —Vuelve a preguntar mi madre tratando de aguantarse la risa.

En este momento la cara del pobre Cristian es un poema.

—Yo... yo... no quería... es solo... bueno...

—Mamá no seas mala... —suplico dándole un pequeño codazo.

Entonces ambas explotamos a carcajadas ante la mirada atónita de él.

—Ay hijo... —exclama mi madre con lágrimas en los ojos— si vieras la cara que has puesto... —Sigue descojonándose aún más.

—Joder vaya susto —añade recuperando el color en su cara—. Sois las dos unas malvadas —comenta sonriendo y apuntándonos con el dedo.

—Uy si tú supieras... —Agrega mi madre riendo— anda entrar y os tomáis una tapita conmigo, que ya casi es la hora de comer.

—Mejor otro día Manuela, Carmen iba a llevarme al centro a comer —contesta Cristian declinando su invitación como si me hubiera leído la mente.

—Muy bien otro día entonces.

Entro con mi madre en casa para coger lo que he dejado preparado mientras él espera fuera.

Capítulo 17

Cristian

Acabo de llegar a casa desde Fuengirola y ya tengo ganas de volver, pensé en quedarme más tiempo disfrutando de la compañía de Carmen, pero ya se la había robado bastante a su familia durante todo el fin de semana, así que, justo después de comer me despedí de ella y emprendí camino de vuelta a Cádiz.

El fin de semana ha sido perfecto, lo que en principio empezó como una visita fortuita de un solo día terminó desencadenado en dos días llenos de pasión y lujuria.

La compañía de Carmen es reparadora en todos los sentidos, me siento a gusto con ella y parece que a ella le pasa lo mismo, tener la oportunidad de tenerla solo para mí me ha brindado la posibilidad de conocerla mejor.

Estoy deseoso de que llegue el viernes para volver a verla, estando allí se me pasó por la cabeza proponerle que se viniera este fin de semana a mi casa, pero prefiero esperar a que esté ya en Cádiz e ir a recogerla yo mismo.

La morena ha resultado toda una revelación, no solo es guapa y buena en la cama, sino que también es inteligente y despierta.

Tanto ella como su amiga Celia tienen visión para los negocios, me ha contado que aparte de la cafetería y la *boutique* están pensando en abrir una zapatería en Marbella para antes del verano.

Sé que no son paranoillas mías, estos días he tenido una extraña sensación, sé que practicante no nos conocemos, pero si algo me han dado mis años de profesión y el tratar con todo tipo de personas es el haber aprendido a ver más allá. Y Carmen guarda algo muy celosamente, de eso estoy totalmente seguro, ahora solo me queda averiguar qué es.

Carmen

Mi madre, mi padre, Pablo, Celia y yo estamos sentados alrededor de la mesa de la cocina escuchando atónitos como Cel nos cuenta el porqué de su ausencia durante todo el fin de semana.

—¿O sea que está en la cárcel? —pregunta mi padre a Celia—, con razón no volvimos a saber nada de ella...

—Sí, eso dice mi abuela —responde ella.

—Pero Celia, ¿cómo que no sabías que tu abuela existía? —pregunta Pablo atónito.

—Pues porque mi madre me dijo siendo niña que vivían lejos y que hacía años que no se hablaban, y con los años se me olvidó.

—Qué fuerte, encontrar a tu abuela después de veintiséis años... —añade mi hermano.

—Bueno tesoro pero lo importante es que existe y que te quiere en su vida —suspira mi madre apretando su mano.

A lo que mi amiga responde con una tímida sonrisa y agachando su mirada.

Conozco a Cel desde niñas y sé que aunque esté feliz por reencontrar a su abuela por algún motivo que aún desconozco algo nubla esa alegría.

—Quiero pedirlos un favor a los tres —añade mirando a mis padres y a mi hermano— le he hablado de vosotros y de que para mí sois mi familia, me gustaría traerla para que la conozcáis y cuando yo vuelva a Cádiz la visitéis de vez en cuando, es una mujer muy mayor y su salud no es buena. Me quedaré más tranquila si sé que vosotros veláis por ella, os mandaré dinero cada semana para que no le falte de nada, he estado allí y es más que evidente que lo que tiene apenas le da para vivir.

—Eso no tienes ni que pedirlo mi niña, sabes que tengo mucho tiempo libre y será un placer visitarla y asegurarme que está bien —dice mi madre con cariño.

—Yo puedo pasarme con Iván alguna tarde, no te preocupes —se ofrece mi hermano.

Los ojos de mi amiga se humedecen más y más por momentos hasta tal punto que esa agua cristalina se desliza por su cara.

—Sois la mejor familia que cualquiera podría desear —susurra con un hilo de voz.

—Te queremos Celia —agrega mi padre— para nosotros eres como una hija, y si para que estés tranquila tenemos que cuidar de ella, pues eso haremos.

—Yo también os quiero Manuel —solloza abrazándose a él.

—Bueno basta de llantos —ordena mi madre con lágrimas en los ojos—, llama a tu abuela y dile que mañana la recoges para comer aquí con nosotros.

Celia sonrío aún llorando y se lanza a sus brazos en señal de agradecimiento.

Pasamos la tarde todos juntos en casa descansando, viendo películas y jugando a las cartas y a juegos de mesa como siempre hacemos cuando nos reunimos.

—¿Qué pasa Cel? —Le pregunto una vez estamos solas en mi cuarto.

—Está en el puerto Carmen —responde mirando a algún punto de la pared y con apenas un hilo de voz.

—¿Y? —pregunto imaginando dónde quiere llegar— por mí como si está en el mismísimo infierno.

—Pues eso... que está a treinta minutos de casa.

—¿Y? ¿No estarás pensando ir a verla, verdad? —Comienzo a elevar la voz

porque la estoy viendo venir.

—No lo sé...

—No me jodas Celia ¿para qué? —exclamo molesta— no se te ha perdido nada allí.

—Necesito respuestas Carmen —musita mirando al suelo.

Me acerco a ella y cojo su barbilla para obligarla a mirarme.

—¿Respuesta de qué? ¿De por qué fue una hija de puta!? Eso si quieres te lo contesto yo, porque es mala Celia, una madre que hace a su hija lo que ella te hizo a ti... es de ser mala.

—¿Pero por qué Carmen? ¿Si no quería ser madre por qué no abortó? ¿Por qué me hizo pasar por ese infierno? —Solloza desconsolada.

—No digas eso, tenías que nacer para conocerme a mí —digo arrancándole una sonrisa— ¿qué habría sido de mí sin ti? Celia por favor no vayas a verla... olvídala, siempre creímos que estaba muerta y así debe seguir, ahora tienes a tu abuela y a nosotros, jamás tendrás respuestas a tus preguntas Cel, porque lo que ella te hizo a ti no tiene justificación ninguna, prométeme que no irás —le pido mirándola a los ojos.

—Te lo prometo —me asegura mirándome a los ojos.

No sé por qué pero no me la creo del todo, me da a mí que volveremos a tener esta conversación.

Me habría gustado contarle cómo había ido el fin de semana con Cristian, pero por el momento prefiero callar y dejar que se desahogue, ya habrá tiempo de decirle todo lo que estoy ansiosa por contarle.

Dejamos a doña Rosario en su casa encantada de habernos conocido y muy feliz por saber que su nieta siempre ha tenido quién la cuide, mi madre y ella han hecho muy buenas migas y con toda la familia, lo mejor de todo es que Cel parece muy feliz y eso es lo importante.

Decidimos acercarnos un rato a saludar a Annette y conocer a la nueva chica. Llevamos casi veinte minutos dando vueltas por Puerto Banus hasta que por fin encuentro aparcamiento a tomar por culo de la *boutique*, así que, cuando me bajo del coche llevo un enfado monumental.

Annette trabaja en la tienda desde que la abrimos hace ya más de cinco años, es una preciosa mulata de padre francés y madre española, aunque no es solo una cara bonita y un cuerpo de infarto, nuestra Annette ha estudiado Filología inglesa en la universidad de Málaga y habla cuatro idiomas, así que, no es de extrañar que la conociéramos en una fiesta privada que un conocido empresario había organizado en su yate.

Annette trabajaba en una agencia malagueña de señoritas de compañía y ese fin de semana las tres nos hicimos amigas, le comentamos que queríamos abrir una tienda de ropa en la costa del sol aparte de la cafetería de Chiclana pues nos era muy

complicado justificar tantas cantidades de dinero semanalmente.

Ella por su parte tenía el mismo problema, quería cogerse un piso sola e irse de casa de sus padres pero como se suponía que aún estaba estudiando y no tenía ingresos de ningún tipo, pues no conseguía alquilar nada pues en todos sitios le pedían una nómina y tampoco podía comprarse un coche para moverse y tenía que depender del de su padre.

Entonces fue cuando se nos ocurrió contratarla, la haríamos encargada de la *boutique* poniéndole una nómina bastante elevada que la ayudaría no solo con el alquiler y el coche si no que podría justificar los ingresos de dinero, y nosotras por nuestra parte podríamos justificar parte de los nuestros.

Elegimos el sitio más lujoso y más adinerado de la costa del sol y en pocos meses recuperamos con creces gran parte de lo que habíamos invertido.

Cuando entramos en la tienda había un par de clientas que estaban siendo atendidas por una chica que hablaba en un perfecto inglés, nos acercamos al mostrador donde vimos que estaba sentada Annette pendiente del ordenador.

—Así me gusta, que trabajes —susurro en su oído.

Pegó un salto del susto y un pequeño grito de alegría cuando se da cuenta que somos nosotras.

—*Mon dieu* casi me metáis del susto —añade levantándose y abrazándonos a las dos—, ¿pero qué hacéis aquí?

Brevemente le contamos el motivo de nuestra visita a la costa con lo que se muestra muy preocupada, conoce a mi madre desde hace tiempo y le tiene un gran afecto, pero se queda más tranquila cuando le aseguramos que se encuentra en casa desde hace varios días y está mucho mejor.

Vamos a la trastienda mientras Eva le cobra a las clientas y cierra la caja. Nos invita cuando ve que la susodicha viene directa al mostrador con las dos señoras.

Entramos dentro mientras ella le dice a Eva que hoy cerramos antes que cuando salgan las señoras eche la llave y venga dentro.

Entramos en la trastienda y aprecio los cambios que Annette ha hecho, ha decorado el espacio con un gusto exquisito, dos grandes sofás de piel blanca a cada lado del cuarto con una pequeña mesa de cristal con patas de metal blanco en el centro, justo detrás de los sofás tiene un mueble auxiliar color marfil, una cafetera *nesspreso* y una nevera con bebidas frescas que ofrece a algunas clientas cuando están mucho tiempo en la tienda probándose ropa. Lo único que rompe la estética de la estancia son las altas estanterías repletas de cajas de zapatos, complementos, y los inmensos percheros con toda la ropa organizada por estilo y tallas.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo os quedáis? —pregunta sentándose a nuestro lado.

—Pues aún lo estamos decidiendo, no tenemos servicio hasta el sábado pero la verdad es que tengo ya ganas de volver a casa —respondo mientras Celia curioseaba por el estante de los zapatos.

—Sí, tiene ganas porque hay cierto caballero macizo que la espera —agrega Celia

apartando la vista unos segundos de los zapatos para mirarnos.

—Uy uy uy eso es nuevo, ¿quién es el afortunado? ¿Algún cliente? —pregunta curiosa.

—No no, él no sabe nada de mi trabajo, solo le he contado lo de los negocios.

—¿Estás saliendo con alguien y no sabe a qué te dedicas? —pregunta levantando una ceja.

—Bueno nosotros...

En ese momento se abre la puerta de la trastienda y aparece Eva para informar a Annette que ya ha cerrado, Annette la invita a acercarse y nos presenta formalmente, después de un rato de charla Eva se marcha dejándonos de nuevo a las tres solas.

—¿Trabaja también en la agencia? —pregunto a Annete una vez se ha marchado la muchacha.

—No —contesta— fue tu padre el que me la recomendó, por lo visto es hija de uno de sus socios y quiso que le diera una oportunidad, al principio no lo vi muy claro, pero es una chica despierta y aprende rápido además que hable inglés ayuda mucho.

—¿Oye ha llegado algo nuevo de *Manuel Blahnik*? —pregunta Celia rebuscando de nuevo en las estanterías.

—Sí llegaron varios modelos la semana pasada, se han vendido algunos pero creo que queda algo —le responde mientras se levanta a mirar en una de las baldas.

Una hora más tarde salimos de la tienda con Annette para ir a tomarnos unas tapas, Celia con sus *Manolos* nuevos y yo con unas botas negras de *Alexander Mcqueen*.

Capítulo 18

Por fin estamos en casa, al final hemos decidido volvernos el miércoles en vez del viernes, mi madre lo ha entendido y Celia aunque no dijo nada sabía que yo estaba deseando volver para ver a Cristian.

—Por fin en casa —suspiro tirándome en el sofá.

—Ya te digo nena —dice echándose a mi lado—. ¿Vamos a avisar a Olga que hemos llegado?

—No mañana le mandamos un mensaje que llegaremos el viernes por la tarde y listo, me apetece relax y también ver a Cristian.

Ella se incorpora un poco para mirarme a la cara.

—Está claro que ya has decidido que vas a seguir viéndole, pero ¿has pensado en cómo te lo vas a montar para trabajar todos los fines de semana y hacer los servicios que salgan entre semana sin levantar sospechas?

—No, aún no lo he pensado —confieso tapándome los ojos con el brazo—, tengo que pensar algo y pronto.

—Lo tienes jodido pero te ayudaré en todo lo que pueda —me asegura levantándose del sofá—, voy a darme una buena ducha y ahora preparo algo de comer.

—Vale.

Celia tiene razón, ¿cómo voy a hacerlo? Puedo inventarme un rollo un fin de semana, pero no todos... y yo tengo que trabajar... quizás me había apresurado en eso de verlo más a menudo. Entre Celia y yo tendremos que encontrar una solución, dos mentes piensan más que una... si realmente quiero que siga formando parte de mi vida no me queda otro remedio que hacerlo. Pero... ¿y si no estoy haciendo lo correcto? Quizás dejar de verlo es lo mejor para los dos... ya siento algo muy fuerte por él, ¿y si va a más en vez de a menos?

En ello estoy cuando suena mi móvil, sé que es él y al ver su nombre reflejado en pantalla todas mis dudas se disipan.

—Hola moreno.

—Hola morena —contesta con voz dulce—. ¿Ya estás casa? —pregunto.

—Sí hemos llegado hace nada, y me he tirado en el sofá.

—¿Te recojo y nos vamos a comer? —pregunta.

—Mejor después de comer, Celia va preparar algo y quiero darme una ducha — respondo mientras ya escucho a Celia trastear en la cocina.

—Vale pues invítame a comer.

—Ja ja anda que no tienes tu cara ni nada —añado riendo.

—Venga morena... —suplica con voz zalamera— estoy loco por verte.

Estoy tentada a decirle que no pero las ganas de verle vencen a la razón, así que, finalmente accedo y le digo que sí.

—Vale te mando la ubicación por *WhatsApp*.

—Perfecto nos vemos en un rato.

Me levanto y voy a la cocina para decirle a Celia que seremos tres para comer.

—Se te va la cabeza Carmela —expresa molesta— ¡cómo se te ocurre! Al final esto te explotará en la cara y se liará parda...

—Que no... me ha dicho que tenía ganas de verme y no he podido negarme, tranquila que yo controlo... ¿ha sonado el telefonillo?

—Creo que sí —responde— ¿será él?

—No creo, es imposible, a no ser que haya venido volando vamos, si acabo de hablar con él hace dos minutos.

Voy hacia el telefonillo para ver quién es...

—Sí, te abro... —le digo con el aparato en la oreja.

—Es él —digo dirigiéndome a Celia.

—Coño pues sí que tiene ganas de verte...

—Pero si acabo de hablar con él tía —me extraño.

—A ver si va a ser un psicópata... —comenta cachondeándose de mí.

—Anda que tú también... deja de ver pelis de asesinos en serie porque te estoy viendo detrás de las puertas con el cuchillo jamonero y coleccionando gatos —añado riendo.

Salgo a la escalera para esperar que suba. Estoy deseando verlo aparecer, vivimos en un segundo pero estos bloques antiguos no tienen ascensor, así que, lo espero a los pies de la misma.

Cuando lo veo subiendo el último tramo de escaleras un nudo me sube hasta la boca del estómago y me lanzo a sus brazos como si fuera mi única balsa de salvación, él responde a mi abrazo y me besa con toda la desesperación y deseo que ha acumulado durante estos días que llevamos sin vernos.

—Estaba deseando verte mi niña —musita con sus labios pegados a los míos.

—Y yo también —susurro y vuelvo a besarle de nuevo.

Como viene siendo costumbre vuelve a coger mis piernas y las enrosca en sus caderas para subir los escalones que quedan conmigo en brazos.

—¿Cómo has llegado tan pronto? ¿Estabas esperando en la puerta? —pregunto sonriendo.

—Casi... tenía cita con el médico en San Rafael y cuando me has mandado la ubicación he visto que vivíais al lado.

—¿Qué te ha dicho el médico? —pregunto interesándome por él.

—Que estoy hecho un toro y que practique mucho sexo que es bueno para la salud.

—Ja ja vaya con tu médico, bueno pues habrá que hacer caso al doctor, todo sea por la ciencia y por tu salud —comento riendo.

Entra en la casa conmigo en brazos y pasa de largo la cocina bajo la incrédula mirada de Celia.

—Cristian te has pasado la cocina, está al lado de la entrada.

—Ya lo sé.

—Pero Celia nos espera en la cocina —le digo sonriendo.

—Tranquila nena no creo que aguante mucho —confiesa pasando su lengua por mi oreja—. ¿Dónde está tu habitación?

Nuestro salón tiene tres puerta, primero el cuarto de baño, luego el cuarto de Celia y por último mi habitación.

—Ahí —señalo con el dedo.

Con paso decidido va hacia mi cuarto y con la ayuda del pie cierra la puerta tras nosotros.

—Estás...

Hay se acaban las palabras, empieza a besarme de nuevo con tanta pasión que noto como su barba araña mi cara, es tanta el hambre que tenemos el uno del otro que a los pocos segundos ya lo tengo moviéndose dentro de mí. Cuando llego al orgasmo él se deja llevar y descarga su simiente en mí interior.

Descarga el peso de su cuerpo sobre mí extasiado por el placer, ni siquiera se ha desnudado y noto como las gotas de su sudor se deslizan por mi cuello.

—Esto sí que es una agradable bienvenida —confieso besando su cuello.

—Bueno ha sido bastante breve para mi gusto, demasiados días acumulando nena y ya no tengo veinte años —susurra sonriendo.

—Uy si por dios pobre anciano —suspiro riéndome de él.

—Nena tú aún eres una niña, pero yo ya soy más mayor y eso se nota.

—Anda anda —digo empujándolo para que se levante— vamos a ver si Celia necesita ayuda abuelo.

Vuelve a empujarme sobre el colchón, y pone mis brazos sobre mi cabeza mientras me sujeta las muñecas.

—Dame una hora y verás lo que te hace este abuelo, lista.

—Te tomo la palabra.

Cuando entramos en la cocina, Celia está de espaldas haciendo algo en el fuego.

—Hola Celia —la saluda Cristian.

Ella se vuelve y le dedica una pícara sonrisa.

—Hola Cristian, sí que eres rápido sí —se cachondea ella.

—Oye que llevo cuatro días a dos velas eh —se justifica tratando de parecer molesto.

—Si ya... anda ir poniendo la mesa que esto está casi listo.

Voy al salón con Cristian detrás de mí para ayudarme, mientras yo saco el mantel el aparta el florero y va a la cocina para empezar a traer los platos, lo cubiertos y la ensalada que hemos comprado en la tienda de abajo justo antes de subir.

Comemos charlando animadamente de cómo lo hemos pasado estos días y

contándole que mi madre está mucho mejor de salud, después de comer, él se ofrece a fregar los platos mientras Cel y yo recogemos y lo llevamos todo a la pila.

—¡Carmen está sonando tu móvil! —Grita Cristian desde la cocina.

—¿Quién es? —Le pregunto desde el salón.

—¡Pone Olga! —Responde volviendo a gritar.

Corro tanto a la cocina que casi me rompo un dedo con la puerta, entro y cojo el móvil para salir pitando y encerrarme en mi cuarto.

—Dime Olga —respondo casi ahogada.

—Hola Carmen, ¿qué tal? ¿Cuándo volvéis? —pregunta.

—Mañana por la tarde —respondo casi susurrando.

—¿Cómo? Habla más alto que no te oigo —grita molesta.

—Es que está mi madre dormida y no quiero despertarla.

—Bueno da igual, mañana tienes un servicio por la noche en el parador, ¿puedes ir? —pregunta.

—Claro, ¿cuánto tiempo?

Ella se queda callada unos segundos mientras escucho como pasa las páginas de su agenda donde suele apuntar todas las citas y datos de los clientes.

—De diez a una, este es de los rapiditos.

—Ok, allí estaré.

—Muy bien, llamaré a José para que te recoja a las diez menos cuarto.

Bueno a ver cómo me lo monto ahora... bravo Carmen... vaya movidas en las que te metes reina.

—¿Carmen que quería Olga? —pregunta Celia entrando al cuarto y encajando la puerta.

—Nada, que mañana tengo un servicio en el parador al aquí al lado.

Ella se sienta a mi lado y me mira sabiendo lo que ronda mi cabeza.

—Bueno ya veremos qué nos inventamos cuando llegue mañana.

En ese momento entra Cristian al cuarto y nos mira a ambas como si esperase algo.

—¿Pasa algo chicas? —pregunta acercándose.

—No nada, cosas de trabajo —respondo.

Parece no haberse quedado muy conforme, pero aun así, no dice nada y cambia de tema preguntándonos si vemos alguna película.

Celia se disculpa diciendo que le apetece echarse una siesta y sale del cuarto dejándonos a los dos solos, en los labios de Cristian se dibuja una pícaro sonrisa que descifro al instante, así que, hacemos lo que mejor se nos da.

Después de compartir unos momentos llenos de pasión y lujuria infinita Cristian se queda dormido abrazado a mí.

Mientras él disfruta en los brazos de Morfeo de un sueño reparador, me dedico a observar su rostro, la barba le ha crecido y en ella se adivinan algunas canas que le dan un atractivo mayor.

Por sus labios se escapan en algunos momentos pequeños suspiros para luego quedarse en calma y volver a una respiración lenta y pausada.

¿Qué voy a hacer? No quiero dejar de verlo, lo que siento por él es más fuerte que mi razón, pero por otra parte no deseo renunciar a mi vida tal y cómo la conozco.

¿Y si me estoy enamorando de él? Y si lo que es aún peor... y ¿si ya lo estoy? No sé cómo afrontar todo esto sin que ninguno de los dos salga herido si mi mentira algún día sale a la luz.

Con estos pensamientos el sueño me vence y me dejo arrastrar por él, esperando que al despertarme la solución a mi problema me sobrevenga como caída del cielo.

Capítulo 19

Cristian

Un espantoso alarido me despierta de mi sueño...

—¡NO! —Escucho fuera del cuarto.

El chillido también despierta a Carmen que se levanta de la cama corriendo como un resorte y sale del cuarto.

La sigo preocupado por lo que podría haber ocurrido y lo que veo me deja totalmente fuera de juego, Celia está en su cuarto arrancando las sábanas y gritando como una loca mientras Carmen trata de sujetarla para que se calme.

—¡No puedo, la odio! ¡¿Por qué?! ¿Por qué me destrozaste la vida? —Grita llorando desconsolada.

—¡Celia por favor cálmate! —Suplica Carmen.

Sigue gritando fuera de sí y comienza a dar golpes en la pared con los puños, Carmen corre hacia ella para evitar que se haga daño.

—¡Celia por dios para! —Le grita— mírame Celia, estoy aquí —suplica tratando de detenerla.

Celia sigue histérica, tiene los nudillos morados de golpear la pared y la cara desencajada por el miedo.

Me quedo congelado ante la imagen que tengo ante mí, había visto crisis nerviosas con anterioridad en algún compañero y sabía que había que tratarlos con mucho tacto.

Me acerco a ella y la sujeto con fuerza desde atrás mientras Carmen con lágrimas en los ojos le ruega que se calme, pero Celia no la escucha y lucha contra mi agarre como si le quemara.

—Abrázala morena, eso la calmará —le aconsejo.

Carmen se abraza a su amiga que llora angustiada repitiendo una y otra vez que ella está ahí, poco a poco Celia se va relajando hasta que por fin deja de luchar y apoya la cabeza sobre el hombro de su amiga donde a los poco minutos se queda dormida.

—Se ha dormido —me informa muy bajito.

—Vale apártate vamos a meterla en la cama —susurro apenas con un hilo de voz.

Cuando la meto en la cama veo que Carmen ya ha salido del cuarto, tapo a Celia con cuidado, salgo detrás de mi morena y la encuentro en la cocina fumándose un cigarro.

—Hacía mucho que no le pasaba... —dice hablando con ella misma— el reencontrar a su abuela y revivir todo aquello no ha sido bueno para ella...

—¿Qué ha pasado hay dentro morena? —pregunto acercándome a ella.

—Gracias Cristian... no tenías por qué meterte y me has ayudado a calmarla —me agradece mientras fuma aún más nerviosa.

—¿Qué le pasa? —Insisto.

—Cristian, Celia tiene un dolor muy grande, lleva años yendo a terapia para superar cosas de su pasado, hacía mucho que no tenía una crisis tan fuerte, suele tener pesadillas a menudo pero no así...

Sé que las personas que han sufrido algún tipo de trauma cargan con él de por vida, pero si ella había aprendido a vivir con ello y estas crisis han vuelto tiene que existir un detonante.

—¿Qué ha pasado en Fuengirola? —pregunto interesado por llegar a la raíz del asunto.

Ella me mira uno segundos en silencio y después de sopesar si contármelo o no me relata lo que ha pasado en esta última semana.

—¿Y ella quiere ir a ver a su madre? —pregunto.

—No lo sé... el domingo cuando te fuiste pasé la tarde con ella y estuvimos hablando, me dijo que estaba en el Puerto y que ella necesitaba respuestas, le dije que no se le había perdido nada allí y que me prometiera que no iría a verla.

—¿Y por qué no dejas que lo haga? —Indago de nuevo.

—Porque esa mujer es mala Cristian, y verla solo le haría más daño —expresa visiblemente molesta.

—No estoy de acuerdo morena, ella lo necesita, puede que tú no lo entiendas pero Celia necesita cerrar definitivamente esa parte de su vida, y si para eso tiene que ponerse ante ella, tú no deberías prohibírselo.

—No lo entiendes Cristian, tú no tienes ni idea de las cosas horribles que le hizo, la encerraba durante horas en un baúl de madera que llamaba el cuarto de pensar, la obligaba a bañarse con hielo o a dormir en el jardín y créeme eso fueron caricias comparado con otras muchas cosas.

Está claro que Celia tiene un problema y grave, también está claro que Carmen es la única en la que se apoya y que Carmen por su parte ha llegado a unos niveles de sobreprotección con su amiga que dependiendo de la situación pueden perjudicarla más que beneficiarla.

Se ve que Celia es una chica dulce y buena, me duele pensar que pudieran haberle hecho tanto daño y más siendo una niña inocente, pero si realmente quiere superar todo aquello no le queda otra opción que enfrentarlo.

—Eso es terrible morena, pero si quiere seguir con su vida no tiene más remedio que asimilarlo y aceptarlo, sé que es tu amiga y la quieres más que a nada, pero créeme que enfrentarse a su madre como mujer adulta será lo mejor para ella.

Sé que Carmen no lo ve al igual que yo, para ella que Celia vea a su madre es lo

peor que puede pasarle ahora.

—¡Que no Cristian, no es lo mejor para ella! Yo sé lo que necesita y no es a esa mujer —exclama molesta.

—¿Morena alguna vez te he hablado de mis padres? —pregunto mientras le doy fuego para encenderse otro pitillo.

—No —responde ya más calmada— una vez me dijiste que no tenías familia y pensé que eras huérfano, como no te vi muy cómodo hablando del tema preferí dejarlo pasar.

—Bueno pues no lo soy, tuve un padre y una madre, apenas me acuerdo de cómo eran porque tenía cinco años cuando el estado cogió mi custodia, pero sí tengo recuerdos difusos de mi convivencia con ellos y no fue buena, hace no mucho alguien me preguntó por qué no los había buscado para tener respuestas de que pasó cuando era niño o para saber qué había sido de ellos, ¿sabes por qué no lo hago? —Le pregunto bajo la atónita mirada de ella— pues porque no lo necesito nena, si tuviera la necesidad de saber por qué lo habría hecho, los buscaría, pero soy muy feliz sin ellos y mi vida no mejoraría porque los encontrará, pero Celia lo necesita, ella sigue anclada en su pasado y quizás el sacarse esa espina del alma le devuelva la paz.

—Siento mucho lo de tus padres —dice con la mirada triste.

—No pasa nada, ya te digo, está superado desde hace mucho.

Ella se queda unos segundos en silencio mirando el techo de la cocina, mientras expulsa el humo de su cuerpo como si eso le diera la respuesta o simplemente le ayudase a redirigir sus pensamientos.

—Puede que tengas razón... cuando se calme hablaré con ella y si quiere ir a verla, iremos.

Estamos sentados en el sofá viendo la tele cuando Celia sale del cuarto cabizbaja y se mete en el cuarto de baño, Carmen hace el ademán de levantarse para ir detrás pero la sujeto para que no lo haga, su amiga necesita estar sola y debe darle privacidad, en las ocasiones anteriores siempre han estado las dos solas, pero hoy, una persona extraña he presenciado lo sucedido y debe sentirse violenta.

Minutos más tarde sale del aseo y se sienta en el sofá junto a Carmen que toma sus manos entre las suyas a modo de consuelo, aún tiene los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto y los nudillos algo morados e inflamados.

—Siento mucho lo que pasado chicos y sobre todo por ti Cristian, has venido a pasar el día con Carmen y has terminado presenciando todo un espectáculo.

Me levanto del sofá y me acerco a ella poniéndome de cuclillas frente a ella.

—No te preocupes Celia, además ha sido más entretenido que ver una peli y encima en directo —comenta con toda la intención de arrancarle una sonrisa.

—Que malo eres Cristian —añade Carmen dándome un pequeño manotazo en el hombro.

—Muy malo pero tú te has reído, ¿a qué si? —Agrego dirigiéndome a Celia.

Ella se limita a asentir aún sonriendo.

—Celia si de verdad es lo que quieres... nos informaremos de qué tenemos que hacer para que puedas ir a visitar a tu madre.

Ella la mira con los ojos como platos y luego posa su mirada en mí, le sonrío tratando de sacarla de su desconcierto y haciéndole ver que ya conozco la historia.

Carmen le explica que hemos estado hablando mientras ella dormía y yo le había hecho ver que quizás ver a esa mujer no era tan mala idea si eso es lo que ella quería.

Nos pegamos un buen rato navegando por internet buscando información de cómo se puede pedir cita para visitar a una reclusa del Puerto III, al final encontramos un número de teléfono y solo se puede llamar para pedir cita de lunes a miércoles las veinticuatro horas al día.

—Bueno Celia aquí tienes el número, llama y pregunta qué tienes que hacer —le digo señalando la pantalla donde aparece el teléfono.

—Creo que lo dejaré para el lunes... ¡tengo hambre! —comenta cambiando de tema.

Es más que evidente que prefiere pensárselo un poco o prepararse mentalmente para el encuentro con su progenitora, de igual forma, ni Carmen ni yo hacemos comentarios al respecto.

—La verdad es que yo también tengo un poco de hambre —suelta Carmen levantándose del sofá—. ¿Qué os parece si voy al Telepizza de la plaza San Antonio y traigo la cena?

—Déjalo morena voy yo... —Me ofrezco levantándome del sofá—, tu date una ducha que yo vengo en un rato.

—Yo quiero una barbacoa —grita Celia levantado la mano.

—Yo una cuatro quesos con masa fina —agrega mi morena imitando a su amiga.

No me apetece nada salir a la calle ahora mismo, pero las amigas necesitan un poco de intimidad y a Celia le vendrá bien quedarse a solas con su amiga.

—Oye ya que os he hecho de caballero andante y encima que voy a traer la cena a las señoritas me podríais invitar a quedarme a dormir... —añado a ver si cuela...

Las dos empiezan a reírse de buena gana, mi morena viene hacia mí y posa sus brazos en mi cuello.

—Claro que sí mi valiente caballero —comenta besándome en la nariz— pero trae la cena cariño.

¿Cariño? ¿Me ha llamado cariño? Nunca antes me ha llamado así y aunque es una simple palabra es lo mejor que he escucho en mucho tiempo.

—Lámame así más a menudo y te traeré todo lo que me pidas —le digo mirándola a los ojos.

Imito su gesto y después de besarle la nariz cojo mi chaqueta y me voy por la cena.

Capítulo 20

Carmen

Me despierto notando un peso sobre mí, no estoy acostumbrada a dormir con nadie y me resulta extraño tener que compartir mi cama, noto el calor que desprende su cuerpo desnudo pegado a mí y su aliento caliente estrellándose contra mi nuca.

Nos hemos acostado bastante tarde viendo películas y cuando Cristian y yo nos metimos en la cama lo que menos ganas teníamos era de dormir, casi despuntaba el día cuando caímos rendidos por nuestra sesión de sexo salvaje.

Escucho a Celia meterse en la ducha desde la cama y con cuidado de no despertar a Cristian salgo del cuarto directa al baño.

—Cel —la llamo cerrando la puerta tras de mí.

—Buenos días, aunque ya podría decirse buenas tardes porque son casi las dos — me informa desde dentro de la ducha— por cierto recuérdame que compre tapones porque menuda banda sonora que me disteis anoche chocho —comenta sacando la cabeza de la ducha.

—Calla coño y escúchame —le ordeno acercándome a ella— anoche me dijo Cristian que si se podía a quedar hoy también a dormir...

—¿Y? —pregunta— a mí no me importa... —añade como si nada— ¡coño! — exclama de golpe— hoy tienes un servicio...

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

Le explico lo que se me ha ocurrido mientras termina de ducharse y aunque ella tiene sus dudas de que salga bien acepta ayudarme.

Estamos en la cocina preparando algo de almorzar cuando Cristian entra con los ojos soñolientos y una preciosa sonrisa.

—Buenos días chicas, creo que se me han pegado las sábanas.

—¿Crees? —comenta Celia— raro es que no las traigas pegadas al culo —añade riendo.

—¿Qué hacéis? —pregunta mientras rebusca en la nevera algo de beber.

—Pues estoy tratando de convencer a la penca esta de que vayamos esta noche al cine, pero la señora se niega porque no le gustan las pelis de ciencia ficción —agrega como si nada— hoy se estrena una que quiero ver y paso de ir sola.

—Que no me gustan esas pelis, me resultan muy aburridas.

—Pues a mí me molan —comenta Cristian, sin imaginarse que será él quién la va a acompañar.

—¿Oye y por qué no vais los dos? —añado inocentemente.

Cristian posa sus ojos con cierto desconcierto sobre mí extrañado por mi propuesta.

—Carmen hija está aquí para estar contigo, no lo pongas en un compromiso —responde Celia haciéndose la inocente.

Por lo poco que he podido ver de él sé de sobra que no permitirá que vaya sola aunque yo me quede en casa.

—Bueno si a ti no te importa... —dice mirándome a mí.

—¡Para nada! —añado ingenua— me harías un gran favor, odio ver esas pelis y me las tengo que tragar todas por su culpa.

—Bueno pues no se hable más... ¿A qué hora es? —pregunta sin imaginarse que ha sido víctima de un plan más que estudiado.

Pobre Celia, con lo que odia las películas de ciencia ficción... mira que yo las aborrezco porque es verdad que me aburren a más no poder, pero ella... que mala persona soy... mala... mala... y mil veces mala.

—Empieza a las diez, con que nos vayamos sobre las nueve y cuarto para tener tiempo de comprar las entradas y las palomitas está bien —le informa Celia mientras me lanza mirada de, me debes una, y muy gorda.

Por un momento pienso en decir que se lleven mi coche que está en el *parking* privado pero por suerte mantengo la boca cerrada, aparcar en Cádiz es jodido y así me dará más tiempo a mí para terminar el servicio, llegar a casa y darme una ducha.

—¿Seguro que no te importa nena? —Me pregunta Cristian abrazándome por detrás.

—No cariño —le respondo premeditadamente— me alegra que Celia y tú os llevéis bien.

El plan ha salido a las mil maravillas, si se van a las nueve menos cuarto, tengo tiempo de sobra para arreglarme y llegar a mi cita puntual, antes de levantarse Cristian hemos visto que la película termina sobre las doce, Celia va a decirle que si se toman una cerveza antes de venir para casa y con tal de no hacerle el feo y más sabiendo lo mal que lo estaba pasando, él aceptará sí o sí.

Justo después de comer Cristian y yo vamos a su casa para poder darse una ducha y cambiarse.

Mientras él se ducha aprovecho, y con su permiso me doy una vuelta por la casa, contiguo a su dormitorio Cristian ha montado un estudio donde tres de las cuatro paredes están revestidas de estantería de madera.

Se nota que es un lector en potencia, Mi visión del mundo de Albert Einstein, La divina comedia de Dante, toda la colección del Señor de los anillos y una amplia colección de sobre Historia de la infantería de marina, la primera y segunda guerra mundial son parte de su amplia biblioteca.

La decoración es escasa, un escritorio de madera oscura con un ordenador, varios papeles apilados de forma ordenada y poco más, pero lo que llama mi atención son varios cuadros pequeños que hay colgados en la pared con banderas que no conozco y varias medallas.

Me acerco a ellos para observarlos más detenidamente.

—Esa es la bandera de Líbano —oigo su voz a mi espalda mientras yo las miro con gesto confuso.

Es roja con una franja blanca en el centro y dentro de esta tiene un árbol verde.

—¿Y esta? —pregunto señalando a una amarilla con la silueta de un brazo sujetando lo que parece un fusil y con dos frases en árabe por encima y por debajo del logotipo.

Él se acerca a mí y envuelve mi cintura con sus brazos para pegarme a él.

—Esa es de Hezbolá —responde.

—¿Sabes qué significan las frases? —pregunto de nuevo.

—Sí, la de arriba significa: *Pues, sin duda, los del partido de Dios son los que triunfan*, y la de abajo: *La Resistencia Islámica en el Líbano*.

—¿Y aquella? —Curioseo de nuevo señalando a otra que está un poco más lejos que es mitad azul y mitad roja, con lo que parecen dos cañones y varias banderas azules con una palmera en el centro.

—Esa es la de Haití.

—Has estado en muchos sitios, tiene que ser apasionante hacer lo que haces y ver las cosas que has visto.

—Bueno como todo, tiene su parte buena y su parte no tan buena... —Reconoce repartiéndome pequeños besos por mi cuello.

—Me gustaría verte de uniforme —susurro con voz insinuante.

—Ja ja, ¿no me digas que eres de la que te ponen los uniformes? —pregunta riendo a mi espalda.

—Pues no lo sé, pero si lo llevas tu seguro que sí —respondo restregando mi cuerpo contra él.

Me libera de su agarre y va hacia el armario empotrado que hay junto a la puerta, al abrirlo veo varios uniformes de camuflaje marrón y algunas fundas oscuras de ropa, justo debajo hay varios pares de botas tanto negras como marrones y unos zapatos de vestir.

—Este es el traje mimetizado árido que se usa a diario —explica sacando el marrón muy parecido a los uniformes de las películas.

—Pues no me importaría verte con el puesto —sonríe acercándose a él.

Cristian comienza a reírse mientras saca una de las fundas.

—Un día de estos me lo pondré para ti —promete abriendo la cremallera—. Este es el de franja de invierno.

El traje es de color azul marino con un pantalón del mismo tono con dos franjas rojas en cada pierna.

—¿Qué son esos tres picos dorados de los puños de la chaqueta?

—Eso se llama sardinetas —me explica levantando la manga de la chaqueta.

Solo pensar en verlo vestido de uniforme y me pone como una moto, aunque este hombre me pondría incluso vestido de gitana.

—Está decidido... tengo que verte de uniforme.

Cristian vuelve a reírse mientras guarda de nuevo el uniforme en el armario y se acerca a mí de manera insinuante.

—Vale, otro día nos montamos una de oficial y caballeros —promete riendo.

—Ja ja me encanta esa idea... —comento melosamente abrazándome a él—. Vas a pensar que soy una pesada pero ¿qué significan las medallas? —Vuelvo a preguntar mientras pasa su lengua por mi cuello.

Aleja su boca de mi piel y levanta la vista para mirar hacia la pared.

—Sí que eres pesada, sí, a ver esa con la banda azul con dos líneas blancas y la medalla redonda con la estrella en el centro es de Bosnia. Aquel huevo dorado y blanco que pone Paz es un distintivo de misiones que se le van añadiendo barras con los nombres de estas. La que tiene la franja rosa y dorada con la cruz colgando es la de la constancia que me dieron por los quince años de servicio. La de las dos franjas azules con las líneas verdes y blancas es la de la misión en Haití. La cruz de la bandera española es una medalla al mérito naval, y la otra celeste con la raya verde y las rayitas blancas y rojas es del Líbano.

—¿Por qué ese cuadro está vacío? —digo señalando al único que no tiene nada en su interior.

—Hay pondré mi distintivo de excombatiente, por lo que me pasó en Afganistán.

Durante unos segundos ambos nos quedamos en silencio vagando por nuestros propios pensamientos, mientras admiramos su pared donde queda constancia de una vida dedicada al ejército.

—No hablas mucho del atentando.

—No hay mucho que contar nena, son cosas que pasan, anda vámonos son casi las siete y aún tengo que echarte un buen polvo antes de mi cita —comenta cambiando del tema y haciéndome reír.

Llegamos a casa cerca de las ocho y media pasadas y Celia ya está lista esperando con cara de mosqueo.

—A buenas horas, a este paso no me va a dar tiempo a comprar las palomitas.

—Tranquila que sí llegamos, he dejado el coche abajo en la zona de taxis, así que, date prisa que no quiero que me multen —añade Cristian sonriendo.

—Y ahora me metes prisa, esto es increíble —reniega Celia poniéndose el abrigo.

Mientras Cristian se ríe de ella y le mete prisa, yo observo la escena aguantando la risa.

—Vamos mujer que no llegamos... —dice provocándola.

—¡Que si coño, que ya estoy! Que sepas que tu novio es un capullo —agrega señalándome con el dedo.

A ambos ese calificativo nos deja un poco descolocados y yo por lo menos opto por no hacer ningún comentario al igual que él tampoco.

Cuando por fin los veo salir por la puerta corro hacia la ducha y a prepararme la ropa que voy a ponerme.

Cristian

Al final llegamos al cine con tiempo de sobra y después de comprar las palomitas y las bebidas salimos fuera a esperar que termine la sesión anterior y nos dejen entrar en la sala.

—Me dijo Carmen que hace varios años que vivís aquí —pregunto tratando de hablar de algo.

—Sí, nos venimos con dieciocho años cuando empezamos la carrera —responde mientras bebe de su coca cola.

—¿Y por qué tan lejos? ¿No había cerca de Málaga dónde estudiar esa carrera?

—Sí que había, pero habíamos venido a Cádiz alguna vez en verano y en carnavales y nos gustó tanto que decidimos cambiar de aires y venirnos, aunque fue más por mí que por ella, necesitaba alejarme de mi madre...

—Tuvo que ser complicado trabajar y estudiar al mismo tiempo, ¿no? —pregunto sabiendo que según me había dicho Carmen se habían mantenido gracias a la herencia de Celia.

—Si bastante, pero el sacrificio valió la pena, luego con la ayuda del padre de Carmen pudimos abrir la tienda de ropa y algún tiempo después la cafetería.

Esto sí que es raro, suelo tener buena memoria y creo recordar que Carmen me dijo en una ocasión que habían abierto la cafetería con la herencia del abuelo de Celia y esta decía que había sido con la ayuda del padre de Carmen, aquí había algo que no cuadraba, lo que está claro es que una de las dos miente ¿pero por qué?

—Bueno pero ahora os va bien ¿no?

—Si claro, la cafetería va bastante bien y la *Boutique* aún mejor —comenta ella.

Vaya otra mentira, según me dijo Sara un día que no pensaba que sacaran muchos beneficios de la cafetería, no lo dijo exactamente con esas palabras, pero lo insinuó.

Se nota que está empezando a sentirse un poco incómoda, y esquiva mi mirada.

—¿Hace mucho que Carmen no sale con alguien? —pregunto dejando el tema de los negocios a un lado.

—Uff... quién se acuerda...

—Es difícil de creer viéndola.

—Bueno ha tenido algún amigo, pero quedaron como rollos pasajeros, creo que

deberíamos ir entrando —dice de nuevo cambiando de tema.

—Si ya casi es la hora.

Dejo aparcado el tema por el momento, creo que es mejor no presionarla ni que sienta que la estoy interrogando, cuando salgamos del cine ya tendré oportunidad de volver a retomar la conversación o al menos buscar la forma de hacerlo.

Entramos en el cine y nos dirigimos a la sala mientras yo sigo dándole vueltas a nuestra conversación, ya lo tengo claro, hay algo que me están ocultando.

Capítulo 21

Carmen

—Buenas noches José —saludo cerrando la puerta del coche.

—¿Qué tal? —pregunta escuetamente, José siempre tan hablador...

—Bien.

—Me alegro —añade mientras arranca para irnos—. ¿Qué tal Celia? —pregunta de nuevo.

—Bien, ahora mismo tiene que estar en el cine con un amigo —respondo con toda la intención de picarlo un poco.

Dónde las dan las toman chato, tú jodes a mi amiga pues yo te jodo a ti.

—No sabía que también ir al cine entraba dentro de vuestros... servicios —agrega molesto.

—Y no lo es... hoy no trabaja, ha ido con un amigo muy especial —comento intentando molestarlo un poco más.

—Ya... qué bien... —dice apretando el volante con tanta fuerza que sus nudillos se ponen blancos, y yo me descojono interiormente sabiendo que los celos se lo comen.

—Pues sí la verdad, mi Celia se merece lo mejor y este chico parece que lo es, quién sabe... —agrego mirando por la ventana con tono indiferente como si no fuera consciente su desagrado.

—Me importa una mierda lo que haga tu amiga, he preguntado por educación.

—Bueno... vale... tampoco es para ponerse así...

Muérete de celos, eso te pasa por estúpido, y aunque me encanta sacarlo de sus casillas creo que si sigo es capaz de tirarme del coche en marcha.

Hacemos el resto del camino en silencio, está claro que he logrado cabrearlo y prefiero no apretarlo más, por suerte el parador está bastante cerca de mi casa y no tardamos mucho en llegar.

Quince minutos más tarde justo a las diez menos cinco entro por la puerta del parador directa a mi cita.

—¿Melania? —pregunta el joven que me abre la puerta del cuarto.

No debe tener más de treinta y cinco años, es bastante atractivo, aunque no tanto como Cristian, Carmen deja de pensar en él, ahora estás en el trabajo, es más o menos tan alto como Cristian aunque este parece algo más corpulento, Carmen ¡YA!

—Sí, usted debe ser Arturo, ¿no?

—Sí, pasa —me invita abriendo la puerta para dejarme pasar.

Como siempre me disculpo y entro al baño a avisar a José y veo que tengo un *WhatsApp* de Cristian.

—*Morena entramos ya, pongo el móvil en silencio nos vemos en un rato, me da pena haberte dejado sola en casa, después te doy mimos para consolarte, afritos.*

En ese instante me dan ganas de llorar pero me controlo, este no es el momento ni el lugar, me siento la mujer más hija de puta del planeta, él sintiéndose mal por dejarme sola y yo aquí dispuesta a acostarme con otro, arderé en el infierno por esto y me lo habré ganado a pulso, hay muchas personas malas en el mundo que merecen cosas malas, pero él no es una de ellas.

Hago las tres horas siguientes lo mejor que puedo, hago todo lo que el cliente me pide y satisfago todas sus necesidades cada vez que me pide algo pero aun así por primera vez en seis años, una parte de mí está muy lejos.

En más de una ocasión me sorprendo a mí misma cerrando los ojos e imagino que es el cuerpo de Cristian el que toco, que es su torso por dónde paso mi lengua y adsorbo toda su esencia y que es él cuándo lo tengo encima penetrándome una y otra vez.

Sin duda ha sido el peor servicio de mi vida, ni siquiera el primero fue traumático, la verdad es que siempre he tenido muy claro lo que quiero, hasta hoy...

Cristian

Cuando salimos del cine ya son las doce de la noche pasadas y lo primero que hago es mandar un *WhatsApp* a Carmen para decirle que ya hemos salido y que vamos para casa, pero veo que hace un par de horas que no se conecta, así que, seguro que se habrá dormido viendo alguna peli.

—¿Oye Cristian, nos tomamos una cerveza antes de ir a casa?

La verdad es que me apetece más volver y estar con Carmen que tomarme una cerveza con Celia, aun así acepto y aprovecho para hablar con ella.

Vamos a un bar que hay no muy lejos del cine y donde por suerte encontramos un buen aparcamiento, cuando ambos estamos sentados y servidos comentamos un poco la película mientras yo planeo mentalmente cómo entrarle con el tema que realmente me interesa.

—¿Oye Celia al final qué vas a hacer con el tema de tu madre?

—Pues llamé el miércoles por la noche y me dijeron que para poder ir a visitarla ella tenía que echar ella una instancia desde dentro, así que, pedí los datos del módulo donde está y le he escrito pidiéndole que arregle los papeles para que pueda ir a visitarla, volveré a llamar el miércoles que viene por si lo ha arreglado ya y con suerte podré ir el domingo por la tarde.

—¿Estás segura que esto es lo que quieres? Bueno Carmen me dijo que había sido bastante...

—Hija de puta —añade ella terminado mi frase— sí, lo tengo claro.

—Carmen me comentó que quería acompañarte...

—Ya... me lo dijo, pero le he dicho que prefiero ir sola.

Entiendo su postura, hay demonios que uno tiene que enfrentar solo, Carmen quiere protegerla y le está costando entender que Celia necesita hacer esto sola.

—Bueno se nota que te quiere mucho —le digo refiriéndome a su fiel amiga.

—Y yo a ella, siempre fue mi única amiga ¿sabes? Cuando íbamos al cole los demás niños se metían conmigo por mis ropas viejas y sucias y ella siempre me defendía, fue mi mayor apoyo en mis peores momentos, así que, no hay nada que no haría por ella...

—Tenéis suerte de teneros la una a la otra... a ver cómo lo hacéis el día que una de las dos quiera formar una familia —agrego desviando el tema hacia donde yo quiero— os veo a una de las dos casada y con hijos y aun compartiendo piso... —agrego riendo.

—Ja ja ¿te imaginas? —dice ella riendo— que va... eso no pasará...

—¿El qué no pasará, lo de que alguna se case o lo de que sigáis viviendo juntas?

—¡Lo de casarnos! ¡Por dios tenemos veinte y pocos años! Y la verdad es que no nos imagino a ninguna de las dos con marido e hijos.

—¿Por qué? —pregunto forzando una sonrisa que no siento.

—Pues mira —comenta acercándose a mí— yo nunca he tenido novio y ni falta que me hace, Carmen tuvo un novio cuando éramos adolescentes y luego tuvo algo el primer año de universidad con un compañero pero quedó en nada.

—Pero de eso hace varios años... ¿no ha tenido pareja desde el primer año de universidad? —pregunto atónito.

Ella guarda silencio unos segundos como si estuviera buscando una respuesta.

—Bueno no es tan extraño, somos dos jóvenes empresarias y nos volcamos tanto en nuestro futuro laboral que el sentimental pasó a un segundo plano, ¡uy que tarde! ¿Nos vamos? —pregunta mirando su reloj.

Desde luego es la trola más grande que me han metido en mi vida... y eso que ya me la han intentado colar y muy gordas, creo que esta gana por goleada, tengo tan claro como que mañana nace un nuevo día que estoy enamorado de Carmen pero no puedo dejar de reconocer que Celia está muy buena.

Tiene una preciosa melena rizada rubia y unos bonitos ojos azules, cuenta con unas facciones dulces y delicadas, encima cuenta con unas buenas tetas y un cuerpo de infarto, vamos, la mujer perfecta. Mi Carmen, por su parte es una morenaza de pelo negro y rasgos exóticos y un cuerpo aún más bonito que el de Celia aunque con menos pecho... Y eso sin contar, que ambas son graciosas, simpáticas, y por lo menos Carmen, una leona en la cama, ¿y qué dos pivones así no hayan tenido novios? JA eso no se lo cree ni ella.

Carmen

Cuando salgo por la puerta del hotel ya son la una de mañana, si no me doy prisa Cristian y Celia llegarán antes que yo, a paso apresurado me meto en el coche de José para que me deje en casa mientras rezo mentalmente para que no hayan llegado ya.

Cuando por fin llego veo que he tenido suerte, y corriendo me quito la ropa, la meto dentro de una bolsa de plástico y la escondo detrás de la lavadora.

Veo que Celia me ha mandado un *WhatsApp* que ya vienen de camino, me apresuro a meterme en la ducha para quitarme el olor a sexo de encima, me coloco el pijama a toda velocidad, y me pongo una película por la mitad mientras me tumbo en el sofá con una manta.

Vamos andando para casa

Ok, Cel.

A los pocos minutos la puerta se abre dando paso a los dos cinéfilos que vienen hablando de la película que han visto.

—Hola chicos —saludo con voz soñolienta—. ¿Qué tal la peli?

—Bien nena —cuenta Cristian sentándose a mi lado—. ¿Y tú, te has aburrido mucho? —pregunta acariciándome la cara.

Hija de puta, mentirosa, falsa, es lo único que repite en mi cabeza una y otra vez.

—No para nada, he visto una peli y ahora estaba viendo esta —¡mentirosa!

—Bueno chicos me voy a la cama, ¡hasta mañana! —Se despide Celia mientras me lanza una mirada desaprobatoria.

—¡Hasta mañana! —Nos despedimos los dos a la vez.

—¿Nos vamos a la cama nena? —pregunta mi moreno besándome la nariz.

—Sí, que estoy que me caigo.

Cuando nos metemos en la cama, por suerte Cristian está tan cansado como yo y se queda dormido a los pocos minutos abrazado a mí, yo en cambio me quedo observando las cortinas de mi cuarto, no se merece esto... como puedo ser tan mentirosa... nunca he creído en Dios ni en nada que se parezca aunque esta noche pido a esa fuerza todopoderosa y omnipotente que me perdone y me ilumine ayudándome a encontrar la mejor solución para el lío en el que me he metido.

Cuando me despierto Cristian aún duerme, me levanto de la cama con cuidado de no despertarlo y voy directa al cuarto de Celia.

Cuando entro la habitación está totalmente a oscuras, entro con cuidado de no romperme un dedo con algún mueble y me meto en la cama con ella.

—Cel... —susurro— Ceeeel.

—¡Qué! —Se queja ella aun dormida.

—Despierta... —Le pido con voz cantarina.

—Joder Carmen, ¿qué hora es?

—¡Yo que sé! Aquí no se ve un carajo, parece que estamos dentro de una cueva.

Ella extiende el brazo a la mesita y comprueba en su móvil que son casi las diez de la mañana.

—Déjame dormir que es temprano... —Se queja tapándose la cabeza con la almohada.

—Cel, me he enamorado de Cristian.

—¿Perdona?! —Grita mientras se levanta de la cama como un resorte.

—Shhh, que lo vas a despertar.

—¿Me hablas en serio? —pregunta acercándose a mí.

—Sí...

—Uff... pues estás jodida nena.

—Hombre gracias por los ánimos... —comento irónica.

—¿Qué quieres te diga? Ya sabía que esto pasaría...

—¿Qué hago?

—No se tía... ¿Se lo has dicho a él? —pregunta de nuevo.

—¿Tú eres tonta?

—Pues solo tienes dos opciones... o sigues a delante a ver dónde te lleva, o lo cortas ya... —me dice muy seria.

—No quiero cortarlo —balbuceo turbada.

—Pues lo dicho... estás jodida.

Y tiene razón, de ninguna de las maneras el dejarlo es una opción y la idea de abandonar mi trabajo tampoco me atrae en exceso. Celia no se equivoca al decirme que estoy jodida, y mi mayor miedo es que esto tarde o temprano me explotará en la cara.

Aunque ahora tengo otro problema a corto plazo, hoy viernes tengo servicio y mañana probablemente también y estos me tomarán toda la noche.

—Ahora el problema más urgente es qué hago hoy y mañana para poder trabajar.

Ella se queda en silencio mientras mira el techo del cuarto, aunque apenas puedo ver su expresión sé que su cabeza está cavilando y buscando una solución.

—Bueno tranquila, dile que estoy de bajón... no voy a salir de aquí en todo el día y así verá que es cierto, a ver si viendo mi estado decide irse y dejarnos solas.

—¿Y si no funciona? —pregunto miedosa.

—Pues tendrás un problema... —responde sarcásticamente.

Cristian

Me despierta el sonido de mi móvil retumbando en mis oídos, como puedo alargo el brazo a la mesita y lo descuelgo.

—Sí... —respondo con voz pastosa y soñolienta.

—¿Cristian Borrell Martínez? —pregunta una voz femenina muy seca.

—Sí, soy yo...

—Le llamo de la consulta del doctor Fuentes, tiene cita para la revisión el próximo lunes a las dieciocho treinta horas, pero el doctor tiene cirugía, por lo que la pasamos al martes a las diez de la mañana. ¿Le parece bien?

—Sí claro.

—Apunte que le repito su cita —me invita la enfermera.

—Espere —le pido mientras busco algún sitio dónde anotar.

Abro la mesita y dentro de ese desorden encuentro una agenda en el fondo del cajón con un boli, la abro y apunto en la primera página que veo.

Cuando cuelgo me pongo a copiar la cita en la agenda de mi móvil cuando mi vista vuela a la página anterior.

Lo que llama mi atención es que hay muchos nombres escritos y todos de hombres, están puestos en orden alfabético con profesión y número de teléfono, era raro, en el primer momento pienso en preguntarle a Carmen que es esto, pero recapacito y arranco con cuidado la página donde yo he escrito mi cita y hago una foto a la lista para luego volver a colocar la agenda en su sitio.

Salgo del dormitorio y me paro en la puerta del cuarto de Celia al escuchar la voz de Carmen dentro.

—Venga Celia levántate anda... —suplica con voz cansada.

—No quiero Carmen, déjame por favor, quiero estar sola... —ruega su amiga.

—Vale te preparo algo para desayunar y te lo traigo.

—¡Que no quiero! ¡Déjame! —exclama cabreada.

Escucho como Carmen se levanta de la cama y como sus pasos vienen hacia la puerta, me aparto y me espero apoyado en la pared.

—¿Qué pasa? —pregunto preocupado una vez cierra la puerta tras ella.

—No lo sé... dice que no quiere levantarse... voy a prepararle algo.

Pero no sirve de nada, Carmen se pega el día llevándole comida y Celia rechazándola, se niega a moverse de la cama y eso tiene a Carmen más nerviosa por momentos.

Ya a última hora de la tarde vuelve a entrar al cuarto y están hablando un rato hasta que Carmen vuelve a salir aún más cabreada.

—Está imposible —grita irritada.

—Carmen, he pensado que esta noche me iré a casa a dormir, quizás si os quedáis solas esté más receptiva y debería ir a hacer algo que hace varios días que no aparezco por allí, ¿te parece bien?

—Sí, creo que será lo mejor, ¿nos vemos mañana? —pregunta abrazándose a mí.

—Vale mañana nos vemos preciosa —me despido besando sus labios.

Un rato después ya estoy en casa sentado frente a mi ordenador, tengo los nombres de todos los tíos de la agenda de Carmen y los números, ahora solo queda saber quiénes son.

Capítulo 22

Celia

—De verdad que no entiendo por qué no quieres que te acompañe —vuelve a insistir Carmen.

—Porque no... —Le repito por millonésima— anda vete y vuelve dentro de un par de horas —le pido aun sabiendo que no se iría hasta que yo no salga.

—Paso, me quedo aquí esperándote, llamaré a Cristian y hablaré un rato con él, que creo que está un poco rayado porque no voy a su casa los fines de semana y él que tampoco pueda quedarse en casa... y encima llevo dos semanas que estoy teniendo hasta dos servicios entre semana con los dichosos congresos... y para colmo la posibilidad de que haya leído la agenda...

—¿Pero estás segura? —Sé lo desordenada que es Carmen la mayoría de las veces.

—Que si joder ya te lo dije, le faltaba una página y no estaba como yo la dejo... creo que sospecha algo...

—¿Y qué esperabas? No puedes seguir manteniendo esto mucho más tiempo.

—Que sí Celia que ya lo sé... —Repite como siempre.

—No Carmen, no lo sabes... esto te va a explotar en la cara y los dos sufriréis... si estás enamorada de él, sé sincera y cuéntaselo...

—Celia ya te he dicho tres mil millones de veces que no voy a decírselo —grita molesta.

—¡Pues déjalo coño! —Bramo exasperada, el chico no se merece toda esto y ella es tan egoísta que no lo ve.

—No voy a dejarlo y punto, venga vete ya que es casi la hora.

—Vale —digo cabreada— hasta luego —me despido saliendo del coche dando un portazo.

Estoy muy nerviosa... volver a ver a mi madre después de tantos años me asusta un poco, nunca he estado en una cárcel y la verdad es que da mal rollo.

Entro por la puerta principal y encuentro una gran sala con un mostrador a la derecha con varios funcionarios y policías y justo delante mía una gruesa puerta de cristal con un arco detector por dónde una vez empezamos a entrar todos tendremos que pasar.

Me apoyo en una fría pared a esperar a que nos vayan llamando para entrar.

Vaya movida la de Carmen, pienso para mí misma tratando de desviar mis

pensamientos por lo que me viene encima.

No sé cómo acabará, se nota que Cristian se ha enamorado de ella y que es recíproco, pero Carmen va acumulando mentiras una tras otra, por ahora las excusas están colando pero... ¿cuántas tiene que contarle hasta que se dé cuenta de que hay algo raro?

El fin de semanas pasado coló que yo estaba de bajón, y este bueno como venía a visitar a mi madre... pues le soltó la trola de que quería estar conmigo pero esto no puede seguir así, al final el chico me va a coger hasta manía, hemos hablado el tema en varias ocasiones y en todas ha dejado claro al igual que hace unos momentos que dejarlo no es una opción, y a pesar de intentar todas esas veces que vea que no puede mantener esta situación mucho más tiempo ella sigue en sus trece.

Ni se lo cuenta, ni lo deja, ni deja el trabajo, no quiero ser pájaro del mal agüero pero esto va a acabar muy mal.

En esas estoy cuando la gente se va acercando a la puerta de entrada al pasillo principal para comenzar la visita.

Después de entregar el DNI y pasar por el detector nos pasan a la sala siguiente, una vez estamos dentro cierran la puerta y abren la siguiente, y así sucesivamente hasta pasar un total de tres salas, finalmente salimos al amplio patio y nos dirigimos a una puerta que está a la derecha de uno de los jardines y entramos dentro.

Me encuentro con una gran sala con muchas cabinas individuales revestidas todas ellas de cristales, la gente va entrando en la sala ordenadamente mientras buscan habitáculo por habitáculo a sus familiares, doblo la esquina para mirar en el otro lado y de lejos la veo...

Cuando llego a su puerta me quedo observándola hasta que levanta la vista y clava su mirada en mí, los años no le han hecho justicia, la brillante melena que tuviera antaño ahora es una maraña de pelos descuidados y canosos, aquellas facciones bellas y delicadas han sido remplazadas por arrugas y pronunciadas ojeras, hasta su cuerpo ha cambiado.

Una vez entro me siento frente a ella y con la mirada busco el teléfono típico que salen en las pelis hasta que escuche un click y puedo escucharla.

—No podía creer que fueras tú cuando recibí tu carta —dice despectivamente— veo que te ha ido bien, solo hay que verte.

—Sí, no me ha ido mal...

—Ya podrías haber venido antes, ¿no? Llevo aquí más de cinco años.

—No lo sabía me enteré hace un par de semanas... pensé que estarías muerta.

—Pues ya ves que no —comenta sarcásticamente—. Ya veo lo que te has preocupado por mí, después de todo lo que hice por ti...

—¿PERDONA? ¿Qué coño has hecho tú por mí, madre? Además de joderme la vida —ladro indignada.

—Eres quién eres gracias a mí pequeña zorra, yo te creé...

—¡Esto es el colmo! —exclamo fuera de mis casilla— no tengo nada que

agradecerte ¡NADA!

—Aquí tenemos un economato y necesito cosas —me suelta con toda la desfachatez del mundo.

—¿Me estás pidiendo dinero?! —pregunto, esto es increíble, la desfachatez de esta mujer no tiene límites.

—Me lo debes —responde tranquilamente.

—¡NO TE DEBO UNA MIERDA!

—Escúchame bien, te alimenté y te vestí durante años y eso fue gratis.

—Escúchame tú a mí, te pagué con creces la mierda que me diste y tú —digo mientras la señalo con el dedo— lo sabes bien, así que, no me jodas.

Sigue siendo la misma de siempre, por un momento guardé la esperanza que quizás el no saber de mí, el estar aquí encerrada la habrían cambiado pero he sido una idiota, la mujer que tengo frente a mí carece alma.

—¿Entonces para qué cojones has venido?

Aunque en principio el venir a verla había sido con la intención de tener respuestas, de por qué me hizo todo lo que me hizo, decido que visto lo visto no tiene razón de ser.

—Vengo a avisarte, no sé el tiempo que te queda aquí ni me importa, pero cuando salgas no quiero que te acerques a nuestra antigua casa, ¿me oyes? La abuela vive allí y al igual que yo no desea volver a verte.

—¡Vaya aún vive la vieja!

—¡No hables así de ella! —Le ordeno enfrentándola.

—¿Y si no lo hago? —responde con gesto soberbio.

—Todo lo que me hiciste... aquellas cosas que me obligaste a hacer siendo niña ya han prescrito, ¿pero sabes lo que no prescribe nunca madre? —Me acerco tanto que casi pego mi cara a cristal— el homicidio.

En ese momento todo color abandona su cara y solo la furia que escupen sus ojos me dicen que sabe de lo que hablo.

—No sé de lo que hablas —indica recuperando la compostura.

—Sí lo sabes... así que, ya sabes, no me jodas y yo no te joderé o te juro que removeré el mismísimo infierno para que pases tu vida encerrada en una jaula.

Con las mismas me levanto y voy directa a la puerta para irme, aunque aún no ha concluido el horario de visitas no deseo seguir viéndole la cara.

Cuando por fin consigo salir de la cárcel casi una hora más tarde, me encuentro a Carmen esperándome en la puerta mientras se fuma un pitillo.

En ese instante no puedo ni hablar, así que, me lanzo a sus brazos buscando el cariño que necesito, son tantas las emociones en este momento... rabia... dolor... tristeza... impotencia... Que lo único que puedo hacer es llorar.

Casi sin ser consiente de los movimientos de mi cuerpo, Carmen, me lleva hasta el coche mientras trata de consolarme.

Salimos de aquel horrible lugar al que me prometo que jamás volveré, a partir de

este momento me he quedado huérfana.

Cuando llegamos a casa, vemos a Cristian esperando en el portal con gesto preocupado, al vernos se acerca a nosotras y dando un beso a Carmen en los labios para después volverse hacia mí y pasar su brazo por mi hombro.

—¿Cómo estás? —me pregunta inquieto.

—No ha hablado desde que ha salido —responde Carmen preocupada.

—Bueno ahora tiene que digerir todo esto... ahora nos tomamos una cerveza, ¿vale Celia? —me pregunta.

Me limito a asentir y a seguir andando directa a casa.

Cuando entramos Carmen va a la cocina mientras Cristian me lleva hasta el sofá y se sienta a mi lado mirándome con expresión preocupada, a los pocos minutos Carmen se sienta a mi lado poniendo una cerveza en mi mano.

—No tienes que hablar si no quieres Cel —comenta Carmen acariciándome el pelo.

—Ha sido horrible... —susurro.

Relato con lujo de detalles toda la conversación mantenida con mi madre omitiendo el detalle del homicidio pues eso no lo sabe nadie, ni siquiera Carmen.

—Hija de puta —suelta Carmen cuando finalizo mi relato— que le den Cel, no se merece tenerte en su vida, no se merece nada.

—Celia, Carmen tiene razón, querías verla y lo has hecho, llegados a este punto ya solo te queda olvidar y seguir con tu vida. Ya sabías qué tipo de persona era y aun así te has puesto frente a ella.

—Lo sé... —confieso mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas— pero duele...

—Claro que duele Celia —confirma Cristian— pero dejará de hacerlo, créeme, tardarás un tiempo en sanar pero lo harás, y además tienes a Carmen y a mí para ayudarte.

Ahora me siento aun peor si cabe, ya no solo por mí sino también por él, es un tío increíble, no tiene por qué estar aquí pero está, no puedo seguir formando parte de este engaño, aunque esto suponga una pelea con Carmen, no volveré a mentir por ella.

Capítulo 23

Cristian

Pasamos la tarde del domingo tranquilos en casa de Carmen, no quiere dejar sola a Celia y a mí no me importa no salir mientras esté con ella, además quiero buscar la oportunidad de poder volver a mirar la agenda de Carmen.

He comprobado en internet todos los nombres y aparte de como ya sabía, todos son tíos, también he descubierto que son médicos o arquitectos o empresarios y algún político.

—Voy a bajar por tabaco, ¿vale? —Me informa Carmen poniéndose las bragas y buscando su ropa para vestirse.

—Vale pues yo te espero aquí... —respondo acostando en la cama.

Cuando sale del cuarto espero a escuchar la puerta de la calle para buscar en la mesita, pero no está... busco entre los papeles, miro en la otra mesita, en la cómoda... nada... está claro que lo ha cambiado de sitio... ¿Pero por qué?

Cuando oigo la puerta de la calle tengo que dejar mi búsqueda y a los pocos segundos Carmen entra en el cuarto.

—Hola nena.

—Hola nene —saluda sentándose en la cama para quitarse los zapatos—. ¿Celia sigue dormida?

—Sí, no la he escuchado levantarse.

—Debería despertarla si no esta noche no podrá dormir...

—Déjala, necesita descansar.

Ella empieza a desnudarse para meterse en la cama conmigo, mientras yo la miro con deseo.

—Ven faraona —la invito extendiendo mi brazo e invitándola a que coja mi mano.

Ella me sonrío de esa manera tan especial que me hace sentir como si fuera su persona preferida en todo el mundo.

—He pensado que podríamos irnos este fin de semana a algún sitio los dos solos —le digo mientras la abrazo.

Ella se revuelve un poco bajo mi abrazo, y acariciando mi espalda desnuda comienza a besarme.

—Ya veremos —musita lamiendo mi cuello— no es el momento...

Me aparto de ella como un resorte para mirarla directamente a la cara.

—¿Por qué no es el momento? —pregunto molesto.

—Cristian cariño, Celia no está para quedarse sola ahora...

—Carmen lo entiendo, pero entiéndeme tú a mí, ¡quiero estar contigo!

Ella se acerca a mí y coge mi cara entre sus manos.

—Solo aguanta un poco más cariño, solo un poco... —suplica...

No puedo negarle nada, es mirarla y mi mundo se detiene... me incorporo en la cama y tirando de ella la siento sobre mí con las piernas enroscadas en mi cintura, le quito el sujetador y deslizo mis manos por su espalda desnuda solo bañada por su hermosa melena negra.

Con movimientos rápidos arranco la cinta derecha del tanga para luego hacer lo mismo con la izquierda y finalmente con la ayuda de ella se lo quito.

Ella se levanta un poco para ayudarme a meterme en su interior, nuestros gemidos inundan la habitación mientras mi morena danza sobre mí.

Siento su cálida lengua deslizándose por mi mandíbula y como va dándome pequeños mordisco.

—Te quiero morena —confieso en su oído.

Ella deja de moverse y me mira en silencio con un halo de duda en la mirada como si no estuviera muy segura de lo que acaba de oír.

—Si nena —repito mirándola a los ojos—. Te quiero.

Entonces tiene la reacción que menos espero, sus ojos comienzan a bañarse de lágrimas que van descendiendo poco a poco por sus mejillas.

Saco mi lengua y me bebo cada una de ellas, en ese momento ambos hemos olvidado que estábamos en mitad de un polvo y nos miramos en silencio si ni siquiera respirar.

—Nena que no te he dicho que te tenga manía —comento tratando de hacerla reír. Y surte efecto porque empieza a reírse...

—Eres un payaso... —me dice aún con lágrimas en los ojos.

—Sí, pero me quieres, ¡reconócelo!

—Estás flipando... —añade sonriendo.

Cojo de nuevo su cara entre mis manos.

—Reconócelo... —ruego.

Ella se acerca a mí hasta que pega su nariz a la mía y noto su aliento caliente entrando en mi boca.

—Reconócelo —suplico.

—Yo también te quiero —confiesa besando mi nariz— cuando nos conocimos me dijiste que cuando te recuperaras del todo volverías a irte —comenta nerviosa— mañana te dan de alta y vuelves al trabajo...

—No voy a irme a ningún sitio —aseguro interrumpiéndola— Carmen soy militar las veinticuatro horas al día trescientos sesenta y cinco días al año, y si me mandan a algún sitio tengo que ir, pero no voy a ofrecermelo voluntario para irme. Cuando te dije aquello no tenía nada que me atara aquí, ahora sí...

Trato de tranquilizarla y despejar sus dudas lo mejor que puedo, está claro que para ella es importante si yo veo esto como algo a largo plazo, lo cual me resulta ilógico viendo el nivel de compromiso que he adquirido ya no solo con ella sino también con Celia.

Cuando por fin parece que se ha conformado con mis explicaciones puedo terminar lo que he empezado rato antes, con la diferencia de que ahora ella sabe que la quiero y yo tengo claro que ella siente lo mismo.

Carmen

—¿Se ha ido Cristian? —pregunta Celia sentándose a mi lado en el sofá.

—Sí, mañana va al cuartel para pedir el alta y tiene que preparar la ropa —le digo sin mirarla.

—¿Carmen qué te pasa? —pregunta preocupada.

—Me ha dicho que me quiere... —respondo mirándola.

En ese momento Celia abre tanto los ojos que pienso que se le enredarán las cejas con el flequillo.

—Y tú le quieres —confirma.

—Sí...

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta—. Yo he estado pensado Carmen... —dice con tono inseguro—. No voy a seguir con esto, lo siento tía pero no puedo seguir mintiendo por ti, no quiero que te enfades conmigo porque sabes que yo siempre estaré de tu lado, pero Cristian es un tío de puta madre y no se merece todo esto, tienes que tomar una decisión ya... —suelta atropelladamente diciendo todo lo que piensa.

—No hará falta que vuelvas a hacerlo Cel —confirmando mirándola con dulzura.

Ella me mira extrañada, supongo que esperaba otra reacción por mi parte.

—¿A qué te refieres?

—He llamado a Olga... —contesto con voz nerviosa.

—¿Y?

Me giro hacia ella y la miro a la cara, no sé cómo se tomará mi decisión pero ya no hay retorno, ella siempre ha estado a mi lado y aunque sé que esto supondrá un cambio no solo en mi vida si no también en la suya, es la mejor decisión que puedo haber tomado llegada a este punto.

—Le he dicho que lo dejo —Celia me mira sin inmutarse— no sé si es un error, si quizás esto no tenga futuro aunque él está seguro de que sí... pero le quiero y deseo estar con él sin mentiras como tú bien has dicho.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer Carmela —sonríe— yo creo que os irá bien... soy muy feliz por ti —suspira abrazándome.

—Solo hay una cosilla Cel... necesito pedirte que mientas por mí una última vez.

—De acuerdo ¿cuándo? —Comenta con mala cara.

Le explico que cuando he hablado con Olga ella no me ha puesto impedimento ninguno en dejarlo solo me había pedido un último favor, este viernes ya tengo cerrada mi cita con uno de mis habituales clientes y no quiere tener que anularla cuando ya está pagada, así que, por los años que hace que la conozco y lo bien que me ha tratado siempre accedo a hacerle este último servicio.

—Está bien cuenta conmigo pero será la última, que por cierto yo no iré este viernes, tengo un servicio fuera y José me recogerá aquí sobre las once.

—Lo juro —aseguro mientras pongo las manos como si fuera a rezar—. ¿José? ¿Perdona?

—Sí hija Olga me llamó hace un rato y me dijo que vendría él, el del viernes es un nuevo cliente y José da más cague que Javi.

—Bueno en eso no le falta razón...

—Oye Carmen, ¿se lo piensas contar? —pregunta cambiando de tema.

—Le he dado muchas vueltas y creo que voy a callarme Cel, el saber todo esto solo le hará daño y seamos realistas, puedo perderle...

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Bueno sabes que tengo dinero ahorrado, así que, seguiremos el plan y este verano abriremos la nueva tienda en Marbella y me encargaré de gestionarla y he pensado abrir algo aquí en Cádiz, aún no sé qué pero le estoy dando vueltas.

—Me parece una idea estupenda tía, ya sabes que somos socias en todo, así que, míralo si quieres y lo hacemos.

Sabía que Celia no iba a fallarme aunque yo deje la prostitución tengo dinero ahorrado más que de sobra, sí que es cierto que la cafetería era algo que tenemos por tener, pero la *boutique* va viento en popa gracias al buen ojo de Annette y las ventas son cada día mejores.

Si finalmente para verano montamos la otra y otro negocio en Cádiz puedo seguir manteniendo la vida que he llevado hasta ahora con la salvedad que podré dormir todos los fines de semana con Cristian a mi lado.

—No te imaginas lo que me alegro —confiesa llorando.

—¡Ay que tontita es mi niña! —digo riendo— pareces una magdalena cuando no es por una cosa es por otra pero nos pegamos el día llorando —mientras yo ya tengo la lagrimilla aflorando.

—¡Idiota! —Me insulta dándome una colleja— pero estas son lágrimas de alegría.

—Ya lo sé capulla —comento mientras la abrazo.

Capítulo 24

Cristian

Cuando llego al cuartel voy directo a ver al médico para entregarle el parte de alta, aunque mi doctor cree que estoy mucho mejor opina que aún puedo estar más tiempo de baja hasta recuperarme del todo, de todas maneras me había mandado rehabilitación para la espalda y por suerte ha accedido a darme el alta cuando le he asegurado que podía volver al trabajo con limitaciones.

Ya con el informe de enfermería me dirijo a la oficina de la compañía.

—Subteniente —saludo a mi superior.

—Buenos días Borrell —imita mi gesto saludándome— veo que ya has vuelto, aunque con limitaciones —comenta mientras revisa mi informe.

—Sí señor —contesto.

—Bueno si cualquier día te encuentras mal o necesitas salir antes no hay problema —conozco al subteniente desde hace varios años y nos une una estrecha amistad, es un hombre recto y disciplinado pero eso no quita que hayamos compartido más de una cerveza fuera de los muros del cuartel.

—Muchas gracias, espero que no sea necesario.

Paso el resto de la mañana tratando de ponerme al día y saludando a compañeros que hace demasiado tiempo que no veo.

A finalizar el horario de actividades decido pasarme por la sala y tomarme una cerveza antes de irme para casa.

—¡Cristian tío! —Grita Javi acercándose a mi mesa.

—¡Qué pasa Javi! ¿Y José? —pregunto mientras se sienta a mi lado con su cerveza.

—Fuera al teléfono... ¡ahí viene!

Vemos a José entrar en la sala con cara de tener ganas de estrangular a alguien y se va directo a la barra.

—¿Es cosa mía o tu hermano trae la cara de un carajo? —pregunto riendo.

—Que va macho mi hermano siempre tiene esa cara —dice riendo— es su estado natural.

—Ya joder pero hoy la tiene todavía más —continuo riendo.

Lo vemos coger su cerveza y venir caminando directo a la mesa con paso decidido.

—Buenas —saluda mientras se sienta.

Javi me mira a mí de reojo y luego mira a su hermano.

—¿Cabeza porque traes esa cara? —pregunta mientras su hermano bebe de su tubo.

—Porque estoy hasta los cojones canijo —exclama malhumorado.

—¿Pero qué pasa? —pregunta curioso.

José acerca la silla a la mesa e invitándonos a acercarnos como si no quisiera que nadie más oyera lo que tiene que decirnos.

—Me ha llamado Olga...

—¿Quién es Olga? —pregunto interrumpiéndolo.

—Es la señora que lleva a las chicas del chalet —añade Javi.

—¿Qué quería? —pregunta.

—Este sábado Lola tiene un servicio en un hotel de aquí y quiere que la lleve yo —dice golpeando la mesa con el puño.

—Si me dijo que la recogiera en su casa... —continúa Javi.

—Pues ahora dice que no, que es un nuevo cliente y que tengo que ir yo sí o sí.

—¿Bueno y qué problema hay? —pregunto sin entender nada—. ¿No me dijiste que eso era lo que hacíais?

—El cabeza nunca ha llevado a Lola a ningún servicio... —me informa Javi levantando una ceja.

—Ah ya veo... —añado—. ¿Y qué vas a hacer?

—Pues llevarla y a tomar por culo —manifiesta visiblemente molesto.

—¿Y si te niegas? —Inquiero.

—Siempre me he librado pero esta me la voy a tener que comer por huevos.

Después de tomarnos un par de cervezas y tomar alguna tapa José ya está visiblemente más relajado, se ha resignado a tener que estar al otro lado de la puerta mientras un desconocido se folla a la tía que le gusta.

Lo mire por donde lo mire es una faena de dos pares de cojones, yo por mi parte tengo claro lo que pienso hacer el viernes por la noche...

Carmen

—Si nene está mucho más tranquila —respondo al otro lado del teléfono.

—¿Qué vais a hacer?

—Pues nos quedaremos en casa, ¿quedamos mañana para comer? —pregunto.

—Claro nena, bueno voy a ducharme que me voy a casa de un compañero a jugar una timba de cartas.

—Vale, hasta mañana, te quiero.

—Te quiero.

Salgo del cuarto con una extraña sensación de desasosiego, cada momento tengo

más claro que he tomado la mejor decisión. Me encuentro a Celia sirviéndose su copa de vino y mientras pone sobre el sofá la ropa que va a ponerse.

—¿Ya está? —pregunta acercándose a mí.

Asiento con expresión de tristeza.

—Después de esta noche esto se acabará Carmela —me consuela abrazándome.

—Lo sé...

—¡Tú última noche tía! ¡Brindemos por tu nueva vida! —Grita eufórica dando saltos hacia la mesa donde tiene las copas ya servidas.

—¡Por el fin de una era! —Levanto mi copa.

—Y por el comienzo de otra —dice Celia imitando mi gesto.

Cuando nos venimos a dar cuenta ya es casi la hora de arreglarnos, José pasará a recoger a Celia a las once y yo me tengo que ir sobre esa hora para llegar con tiempo al chalet y poder despedirme de las chicas y de Javi.

Cristian

Lo tengo claro, ya estoy harto de excusas... entiendo que quiera estar con su amiga después de lo mal que se había quedado cuando habló con su madre, pero que TODOS los fines de semana tenga que quedarse con ella...

Cuando no es una la que se encuentra mal es la otra, cuando no quedan para pasar la tarde con una amiga, es que Celia estaba de bajón... ¿Me ha visto cara de gilipollas? Hoy me enteraré de la verdad, amo a Carmen por encima de todo y no deseo otra cosa que estar con ella, pero esto no puede seguir así, me ha prometido que las cosas pronto cambiarán, que solo necesita tiempo... ¿Pero tiempo para qué?

Así que, aquí estoy, sentado en un taxi en la puerta de su casa y estaré el tiempo que haga falta hasta obtener la verdad.

Rezo para que no verla salir del portal y que todas las películas que me he montado no sean más paranoias mías.

Por favor morena no salgas —suplico mentalmente— *no salgas nena...*

Hasta que la puerta del portal se abre... y el mundo cae a mis pies...

Ambas salen del portal sonriendo ajenas a que yo estoy a pocos metros de ellas, un coche para justo en frente de su puerta y después de despedirse con un beso, Celia se monta en él.

Ella comienza a andar calle abajo sola y mirando su móvil.

—Siga a esa mujer —ordeno al taxista.

—¿Está hablando en serio? —pregunta desconcertado el hombre.

—¿Tengo cara de chiste? —Pegunto mordaz—. ¡Que la siga coño! —Grito tirando dos billetes de cincuenta en el asiento del copiloto.

Vamos detrás de ella hasta que la veo entrar en el *parking* donde tiene su coche, y

a los pocos minutos sale en su Smart.

La seguimos hasta que sale de Cádiz y emprende camino a Chiclana.

—¿Dónde coño va? —Pienso.

Se mete por un desvío hasta que gira hacia un carril de tierra que está más bien escondido.

—Apague las luces —le ordeno al taxista viendo la poca iluminación del camino — y aminore.

Ella va reduciendo hasta que se para frente a una casa y saca el brazo para pasar una llave por un sensor que hay en el muro, entonces la puerta se abre y vuelve a cerrarse tras ella.

—Pare aquí —ordenó a unos metros de la puerta.

Carmen

Después de dejar el coche en mi hueco habitual, camino hacia la puerta principal donde ya está Javi y Samuel que sustituye a José cuando no está.

—¡Hola chicos! —saludo con la mano.

—Hola Mel —contesta Samuel.

—¿Ha llegado Olga? —pregunto dirigiéndome a ambos.

—No que va —contesta Javi mirando su reloj— aún es temprano.

—Ahora vengo, voy al aseo —se disculpa Samu entrando en la casa.

—Llegas temprano Mel —dice Javi dándome fuego.

—Quería despedirme... —Le digo sonriendo.

Me mira extrañado sin tener ni idea de lo que hablo.

—¿Cómo despedirte? —pregunta estupefacto.

—Hoy es mi último servicio Javi, lo dejo...

—¡No jodas! ¿Y eso? —pregunta flipado.

—El amor... —musito con voz cantarina.

—Ja ja ¡no me digas! ¿Y quién es el afortunado, uno de los clientes?

—¡No! Ni de coña, es un tío increíble y bueno él no sabe nada de esto... bueno... le quiero Javi y si tengo que renunciar a esto por no perderle... pues a la mierda.

Él me sonrío y se acerca a mí estrechándome en brazos.

—Me alegro mucho Carmen, de verdad, espero que seas muy muy feliz —susurra dulcemente en mi oído.

—Si yo también lo espero —respondo besándole la mejilla.

Un rato antes no muy lejos de allí...

Celia

—Buenas noches —saludo a José sentándome en el asiento del copiloto.

—Buenas noches —responde José sin tan siquiera mirarme.

Esto sí que es incómodo, para que luego digan que los hombres son simples... por los cojones... porque desde luego con este se ha roto el molde.

Lo miro de reojo y no puedo evitar dejar escapar una sonrisa cuando veo sus facciones contraídas como si estuviera molesto.

—Pues se ha quedado buena noche... —Divago rompiendo el hielo y mirando el cielo.

—Pues vale... —comenta cortante.

—¿Puedo poner la radio? —pregunto mientras alargo la mano para encender el aparato.

—No —contesta sin mirarme.

Está claro que mantener una conversación con este hombre es imposible, así que, mejor dejo de intentarlo.

Hacemos el trayecto al hotel en silencio, de vez en cuando noto como me mira e incluso puedo llegar a jurar que en un par de ocasiones está a punto de decirme algo, pero si es así, no lo hace.

Varios minutos después llegamos al hotel y sin ni siquiera despedirme me bajo del coche y voy directa a la entrada principal.

Llego a la habitación que Olga me ha dicho a la hora acordada, y después de tocar tímidamente, espero a que me abran.

Cuando mi cliente me abre un escalofrío me recorre entera, es un hombre grande y corpulento, tiene una cuidada barba cuadrada y el pelo largo recogido con una gomilla.

—Lola, supongo —indica con una voz que me pone los pelos de la nuca de punta.

—Sí...

—Pasa.

Entro en la habitación con la sensación de que debería huir lo más lejos posible, pero dejando a un lado mis inquietudes sin fundamento entro en el cuarto, está muy poco iluminado y hay ropa tirada por el suelo y sobre los muebles, está claro que no es muy ordenado.

—¿El aseo? —pregunto mientras me alejo unos pasos de él.

Señala con el dedo una puerta que hay junto a lo que parece un armario y con paso firme y mostrando una seguridad que no siento, voy hacia allí.

José, ya estoy en la habitación

Escribiendo...

Vale

José...

Escribiendo...

Q

—¿Dónde estás? —Le pregunto nerviosa...

En la habitación contigua... ¿pq?

José este tío me da muy mal rollo...

Estoy aquí al lado, ¿vale? Cualquier cosa grita e iré

Salgo del baño más tranquila sabiendo que tengo a José al otro lado de la pared y armándome de coraje empiezo a hacer mi trabajo.

Capítulo 25

Cristian

Llevo media hora dudando entre bajar o irme y aun no lo he decidido, tengo que saber la verdad, pero ¿y si no puedo soportarla? ¿Y si está con otro? Miles de posibilidades se agolpan en mi cabeza a cual más descabellada. ¿Qué hago?

—Oiga ¿vamos a estar aquí toda la noche?

—Cállese y espere aquí.

Me bajo del coche y voy directo a la verja, cuando llamo espero a ver si tengo suerte y alguien me abre, interiormente ruego que sea la casa de una amiga, o una conocida.

Lo que jamás habría esperado es quién está al otro lado.

—¿Javi? —pregunto confundido.

—¿Cristian? —Me imita extrañado de verme aquí—. ¿Qué haces aquí tío?

Hay lo veo claro, un remolino de recuerdos me vienen a mi cabeza, el otro trabajo de Javi... Carmen... los fines de semana ocupada... la agenda con esos hombres...

Javi se da cuenta de mi turbación y se acerca a mí con gesto intranquilo.

—Cristian...

—Dime que este no ese chalet Javi —suplico.

Él no sale de su asombro y es normal, yo no pinto nada aquí y él lo sabe, ahora mismo no soy capaz ni de pensar, esto tiene que ser una broma... no puede ser... Carmen...

Como puedo consigo salir del *shock* en el que estoy.

—Mi novia esta hay dentro... —confieso balbuceando.

—¿De qué hablas tío? —pregunta aún más confuso—. ¿Qué novia?

—Carmen, ¡MI NOVIA ESTÁ HAY DENTRO! —Vocifero cada vez más cabreado.

—Cristian vamos fuera tío... venga...

Mientras él trata de sacarme fuera una rabia incontrolable se adueña de mí.

—¡¡¡CARMEN!!! —Rujo como si la garganta se me fuera a salir por la boca.

—Cristian tío cálmate —suplica mientras trata de sacarme a la fuerza.

Como puedo me deshago de su agarre y corro directo a la casa, si hay gente o no, ni siquiera me doy cuenta, subo las escaleras que veo justo en frente de la entrada principal mientras grito su nombre.

Javi corre detrás de mí, veo gente salir de las habitaciones... chicas... hombres...

¿dónde está?

Y entonces la veo... sale de un cuarto y hay mi mundo se derrumba...

—¿Qué pasa aquí? —Oigo la voz de una señora detrás de mí.

—Nada Olga, ya se va —dice Javi mientras me empuja para sacarme de allí.

—Vamos tío, venga vámonos...

Pero yo tengo los pies pegados al suelo... es una prostituta... la mujer que amo, es una puta...

No sé como pero cuando me vengo a dar cuenta ya estoy en la calle con Javi a mi lado, me habla... veo sus labios moverse pero no le oigo... solo oigo un zumbido en mis oídos y el odio corriendo por mis venas.

—¡Cristian! —Grita Carmen detrás de mí— por favor deja que te explique...

Voy hacia ella fuera de mí, nunca golpearía a una mujer, pero en este momento soy capaz de matarla... si no llega a ser por Javi...

—¡¡QUÉ COJONES VAS A EXPLICARME!! —Vocifero fuera de mí.

—Por favor cariño escúchame —implora.

En ese momento la sangre comienza a hervir en mis venas...

—¡NO VUELVAS A LLAMARME ASI! —Bramo lleno de odio.

—Por favor —ruega llorando— escúchame.

—¡Eres una PUTA! —Rujo como un animal herido—. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¡YO TE QUERÍA! —Lamento acercándome a ella—. ¡¿POR QUÉ?! —Le pregunto mientras la zarandeo.

—Por favor te lo suplico, escúchame —me suplica mientras trata de acariciarme la cara.

—¡No vuelvas a tocarme en tu vida! —La amenazo sujetándola por la nuca—. ¿Cuánto te debo? ¡Eh! —Escupo lleno de odio— hemos follado muchas veces... ¿Cuánto cobras por polvo?

La agarro de la muñeca con fuerza y la empujo con tanta fuerza que cae al suelo.

Javi que ha presenciado todo lo ocurrido entre Carmen y yo, se acerca a mí y con gesto tranquilizador me pide por favor que me vaya, vuelvo la vista al suelo y veo como Carmen viene hacia mí hasta que se pone de rodillas frente mí.

—Por favor Cristian, escúchame, te quiero —balbucea con los ojos anegados en lágrimas.

—¿QUÉ ME QUIERES? —Grito fuera de mí— ¡te odio!

Me rompe el alma verla así, tengo que irme de allí ya porque si no esto terminará por destrozarme.

Me agacho y me pongo de cuclillas frente a ella, le cojo la cara entre mis manos y escupo lleno de ira con toda la intención de destrozarla como ella ha hecho conmigo.

—Me das asco Carmen, no quiero volver a verte en mi vida, ¿me oyes? Eres una maldita puta mentirosa y antes de volver a tocarte me cortarías la mano.

—Cristian por favor... —suplica llorando.

Allí la dejo, en el suelo... donde han quedado todas mis ilusiones y sueños... lo

último que veo es a Javi tratando de levantarla del suelo y entonces se pierden en la lejanía.

Momentos antes no muy lejos de allí...

José

Me he acercado hasta la pared que pega a la habitación donde esta Celia varias veces desde que estoy aquí y no consigo oír nada, no puedo soportar imaginar lo que sucede al otro lado de ese muro, por eso siempre me niego y hasta ahora me había apañado para librarme de las salidas que ella hace. Hasta hoy...

Decido que lo mejor es relajarme y pasar el trago lo mejor que pueda, así que, pongo la tele, me cojo una cerveza del minibar y me tumbo en la cama.

—¡¡JOSÉ!! —Grita Celia mi nombre.

Me levanto como alma que lleva el diablo de la cama y voy directo a la puerta que comunica con la habitación de Celia.

Empiezo a aporrearla gritando su nombre.

—¡CÁLLATE PUTA! —Escucho decir la voz del hombre— ¡PLAS!

¡¿Le está pegando?! Me alejo de la puerta y corriendo arremeto contra ella haciendo saltar las bisagras.

Cuando entro la sangre se me congela en las venas, Celia está desnuda encima de la cama con una correa en la boca y atada de pies y manos, mientras ese hijo de puta acerca a su vagina un pequeño roedor.

Me vuelvo loco... todo se vuelve negro y me lanzo sobre él con toda la intención de matarlo, no se decir en qué momento libero a Celia ni como lo hago, solo sé que me duelen los puños... escucho la voz de ella como si estuviera al final de un largo túnel.

Noto la sangre de aquel cabrón salpicándome en la cara, noto como alguien tira del cuello de mi camisa para que pare...

—¡JOSÉ PARA! —Grita su voz que yo oigo cada vez más lejos— mírame José, mírame —ruega cogiendo su cara entre mis manos.

De repente como si algo me golpeara, despierto...

—Celia vete —la insto levantándome de encima de aquel indeseable.

—No voy a dejarte solo —responde entre lágrimas.

—Celia por favor, vete —le suplico cogiendo su cara entre mis manos— yo arreglaré este lío y quedarte solo empeorará las cosas, anda vete —le ordeno mientras la ayudo a ponerse el abrigo.

—José, yo...

A la mierda...

Aún con las manos ensangrentadas por mi sangre y la de ese desgraciado, la beso,

siento su lengua temblorosa bajo mi contacto, me impregno de su sabor hasta hacer lo propio, muerdo su labio inferior mientras la noto temblar bajo mi abrazo.

Me obligo a mí mismo a apartarme de ella, menudo gilipollas soy, solo a mí se me ocurre lanzarme en este momento.

—Vete, por favor... —le suplico con mi frente pegada a la de ella.

Ella solo asiente con tristeza y cabizbaja se encamina hacia la puerta para irse.

Cierro la puerta cuando ella sale al pasillo y espero a que lleguen los de seguridad que seguramente habrán sido alertados por el escándalo, sé que pagaré caro lo que acabo de hacer pero no quiero que esto le salpique a ella y el que la policía descubra cual es el motivo de que yo esté aquí solo me complicará las cosas.

Media hora más tarde ese cabrón sale en una camilla directo al hospital y yo esposado a la comisaria.

Celia

¡Dios mío que he hecho! No debería haberme ido... todo por mi culpa... tengo que volver... tienen que saber que solo quería defenderme...

Cuando salgo a la calle veo como llegan varios coches de policía directos al hotel, no puedo dejarlo solo... yo no soy así... me doy la vuelta para subir cuando suena mi móvil, y aún nerviosa contesto.

—¡¡Celia!! —Me llama Carmen llorando histérica— Cristian... todo... Celia... —Tiene la respiración tan agitada que apenas la entiendo.

—¡Carmen cálmate! ¿Qué pasa? —pregunto preocupada.

—Yo... no puedo... Dios... que he hecho...

De repente escucho como si alguien le quitara el móvil.

—¿Hola? ¡CARMEN! —Aúllo al teléfono.

—Celia... —Me llama una voz de hombre que reconozco al instante.

—Javi, ¿qué pasa? ¿Qué le pasa a Carmen? —Chillo preocupada.

—Joder Celia... Carmen está con un ataque de nervios, Cristian ha aparecido en el chalet hace un rato...

—Dios mío... —exclamo mirando al cielo—. ¿Dónde estáis?

—Vamos en mi coche al hospital, Carmen está muy mal y necesita algo que la calme —responde.

—Ven al hotel donde tengo el servicio, estoy en la calle —le digo acordándome de José— ven rápido Javi ha pasado algo.

—Estamos llegando —y cuelga.

Mientras espero veo como paran dos coches de policía en la puerta y entran en el hotel, a los pocos segundos llega una ambulancia.

Estoy a punto de volver a subir cuando veo llegar el coche de Javi que se para

justo al lado del hotel, corro hacia ellos y voy directa a la puerta de Javi.

—Javi, José está...

—Qué cojones... —exclama Javi mirando hacia la puerta del hotel.

Me vuelvo hacia donde está dirigida su mirada y dejo de respirar, dos parejas de policías sacan a José esposado.

Javi abre la puerta empujándome con ella y corre hacia su hermano.

—¡Esperen! —Grita llamando al policía que lleva a su hermano—. ¿Qué ha pasado?

—Va a prestar declaración... apártese.

—Voy para allá cabeza, no te preocupes todo va a salir bien... —asegura a su hermano.

Mientras Javi intenta hablar con algún policía para que le digan lo que había pasado, yo miro dentro del coche buscando a Carmen.

La encuentro sentada en el asiento del copiloto con las rodillas pegadas al pecho y totalmente ida, doy la vuelta al coche y voy hacia su puerta.

—Carmen... —La llamo mientras cojo su cara para que me mire, tiene los ojos tan hinchados de llorar que casi están cerrados— Carmen... —Comienzo a zarandearla al ver que no reacciona—... ¡CARMEN! Por favor reacciona...

—Lleva así un rato Celia... —explica Javi a mi espalda— os dejaré en el hospital e iré a comisaría con mi hermano.

Bajo a Carmen del coche y la siento en el asiento de atrás para yo poder hablar con Javi sobre lo que había pasado.

—¿Qué ha pasado Celia?

Con todo el temple que puedo reunir le cuento a Javi todo lo que ha pasado con lujo de detalle, desde lo que me ha intentado hacer ese animal hasta que José me dijo que me fuera, él se limita a mirar a la carretera aunque me escucha con atención.

—¿Alguien te vio salir de la habitación? —pregunta una vez acabo mi relato.

—No que yo sepa... ¿Por qué? —Inquiero.

—Mejor así...

—¿Por qué mejor? ¿Le pasará algo? —Solo pensar que le ocurra algo malo por protegerme...

—No —contesta no muy convincente— vaya nohecita...

Vuelvo la cara para mirar a Carmen que sigue en estado catatónico y me preocupa cada vez más.

—No puedo creer que Cristian haya aparecido por el chalet...

—Pues anda que yo...

—¿De qué os conocéis?

—Somos amigos desde hace años Celia, estamos destinados juntos.

Vaya casualidad coño, con los de cientos de militares que debe haber en el cuartel da la casualidad que no solo se conocen, sino que encima son amigos.

—Que pequeño es el mundo... —digo más para mí misma que para él.

—Ya te digo... —Agrega Javi como si también hablara con él mismo.

Poco después llegamos al Hospital Puerta de Mar donde Javi nos deja para irse a ver a su hermano.

Capítulo 26

Carmen

Le he perdido... ¿Cómo he podido ser tan estúpida? El único hombre al que he amado me aborrece y todo es por mi culpa...

—Carmen —me llama Celia con dulzura— vamos anda —dice mientras me baja del coche de Javi.

Lo he perdido... lo he perdido... idiota... gilipollas... puta egoísta... lo he perdido... me odia...

Soy consciente que Celia me empuja para que ande y que mis piernas se mueven por inercia... nos sentamos... echo la cabeza sobre su hombro y cierro los ojos...

¿Qué hago aquí? Pienso mirando la fría habitación de hospital, miro a mi alrededor y veo a Celia hablando con un médico.

Una enfermera se acerca a mí con gesto amable, y con delicadeza me ayuda a acostarme en la camilla y sin previo aviso noto un pequeño pinchazo, entonces todo se vuelve oscuro.

Cristian

¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo he podido estar tan ciego? Soy un puto gilipollas... gilipollas... gilipollas...

Después de destrozar mi salón y media botella de *whisky* lo único que me queda es una borrachera de dos pares de cojones, unos nudillos ensangrentados y un corazón devastado.

Me levanto del suelo como puedo, me agarro al quicio de la puerta para salvaguardar el poco equilibrio que me queda y empiezo a andar por el largo pasillo que va a mi cuarto arrastrando mi cuerpo pegado a la pared.

¿Por qué me has hecho esto nena? Me digo a mi mismo llorando como un bebé... ¿Por qué? Yo te habría hecho tan feliz... sigo andando y como puedo llego hasta mi cama donde caigo a plomo y dejo que el sueño me lleve a cualquier tiempo pasado que fuera mejor que esta realidad.

Carmen

Oigo voces que no conozco... los párpados me pesan como el plomo, ¿dónde estoy? Intento abrir los ojos al distinguir la voz de Celia a mi lado, como puedo los abro por fin y espero unos segundos que mi vista se acostumbre a la claridad.

—Carmen... —Escucho como Celia me llama mientras noto su mano acariciándome el pelo.

—Cel... —La llamo apenas con un hilo de voz— agua —pido.

Ella se levanta y me sirve un vaso de agua para luego acercarme el recipiente a los labios.

—¿Estamos en el hospital? —pregunto volviendo a apoyar mi cabeza en la almohada.

Ella asiente, mientras vuelve a sentarse a mi lado.

—No ha sido un sueño, ¿verdad? Cristian...

—No cielo no lo ha sido...

Miro al techo de la habitación esperando que la solución a todo este sufrimiento me caiga del cielo.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto conteniendo de nuevo las lágrimas.

—Anoche te pusiste muy mal Carmen, estabas ida, no hablabas... no respondías a ningún estímulo, solo llorabas y Javi nos trajo. Me has tenido muy preocupada, el médico me dijo que estabas en *shock* te pusieron un sedante y te han tenido toda la noche en observación.

—¿Cuándo podre irme? —pregunto deseando salir de allí.

—El médico dijo que si cuando despertaras estabas bien podríamos irnos a casa, llamaré a la enfermera para que sepa que ya estás despierta.

Se levanta de nuevo y le da al botón que hay justo encima de mi cama, a los pocos minutos llega una enfermera que comprueba que estoy despierta y nos dice que va a llamar al médico.

Dos horas después me dan el alta y nos vamos para casa con una receta de calmantes y otra de antidepresivos.

Cuando entramos en casa esta se me cae encima, allí donde miro lo veo a él, en el sofá... en la cocina... en mi cama...

Me siento en mi cama y cojo la almohada que él usaba para poder consolarme con lo único que me queda, su recuerdo.

Y de nuevo ese nudo de dolor me sube desde la boca del estómago a la garganta, me tumbo en la cama y comienzo a llorar como nunca antes lo había hecho.

—Carmen tienes que calmarte cariño, ven anda vamos a comer algo —me insta mientras trata de ayudarme a incorporarme.

—No quiero Celia déjame dormir —le suplico volviendo a acostarme.

—Vale te dejo dormir pero déjame que te dé una ducha y te quite el vestido anda.

Me levanto y dejo que me lleve a la ducha esperando que el agua caliente purifique mi alma y todo mi dolor se vaya con ella.

—¿Quieres que lo llame? —pregunta jabonándome.

—No, ya le he hecho bastante daño... ahora me odia y con el tiempo olvidará.

—Pero...

—¡He dicho que no Celia! —chillo irritada.

Ella me mira y guarda silencio sabiendo que ahora no atenderé a razones.

Poco después me mete en la cama y hago lo único que ahora puede reconfortarme, coger su almohada y dormir.

Celia

—Hola preciosa —saluda Pablo al otro lado de la línea.

—Pablo, te necesito...

—¿Qué pasa Celia? —pregunta turbado.

—Es Carmen, tienes que venir a Cádiz YA.

Llevo dándole vueltas un par de días, y creo que esto será lo mejor, está claro que yo no avanzo con Carmen, se ha encerrado en su mundo y no me deja ayudarla, lleva una semana que no come y apenas bebe, si sigue así al final se pondrá enferma.

Sé que Pablo podrá ayudarme y aunque ella se enfurezca conmigo espero que con el tiempo entienda que solo quiero lo mejor para ella.

Vuelvo a entrar en el cuarto de Carmen para tratar de hacerla comer un poco como llevo intentando cada día en esta última semana.

—Carmen hace un día buenísimo y brilla un sol precioso —le cuento mientras levanto a la persiana.

—¡Ciérralas! —Ordena como cada vez que lo intento.

—Mira te traigo un cafelito —le digo acercándome a la cama y sentándome a su lado con la taza en la mano.

—No quiero.

Ella se vuelve dándome la espalda y tapándose la cabeza con la colcha.

Esto es inútil, jamás la he visto así... simplemente le da todo igual.

Me siento en el sofá y me froto la frente con las manos, esto es angustiioso, no sé qué hacer por ella, estoy desesperada.

Está acabando el día cuando llaman al telefonillo de casa, espero como agua de mayo que sea Pablo, y mi corazón da un vuelco cuando le veo subiendo los escalones de dos en dos con Iván detrás de él.

Me tiro a sus brazos y comienzo a llorar con tanta intensidad que creo que me

quedaré sin lágrimas.

Él me acaricia la cabeza y trata de calmarme, mientras Iván me besa la frente haciéndome saber que también lo tengo a él.

Entramos en casa y antes de dejarle entrar en el cuarto le explico al detalle todo lo que había ocurrido en los últimos meses y sobre todo lo sucedido la semana anterior en el chalet y la pesadilla que llegó después.

—¿Está en su cuarto, no? —pregunta levantándose del sofá.

—Sí.

—Vale quedaros aquí...

Carmen

—Te quiero nena —me dice Cristian mientras reparte pequeños besos por mi cuello.

—Yo también nene.

De repente empiezo a notar que mi cuerpo se mueve... no quiero despertar... deseo quedarme ahí con él para siempre.

No, no te despiertes...

—Carmela...

—¿Pablo? —pregunto creyendo que estoy alucinando.

—Si cariño —me confirma mientras me besa la frente— joder parece que estamos en un cueva —se queja mientras enciende la luz de la mesilla.

Creo que no debo tener muy buen aspecto porque cuando me sus ojos se abren de forma desmesurada como si fuera más un fantasma que su hermana.

—Joder cariño, pareces la novia cadáver.

Hace días que no sonrío y tampoco tengo ganas de hacerlo.

—Anda incorpórate un poco —me ayuda a sentarme apoyando la espalda en el cabecero.

—¿Qué haces aquí Pablo? —pregunto desconcertada.

—Celia me llamó esta mañana, está preocupada Carmen y después de verte la entiendo.

—Estoy bien —aseguro apartando la vista.

—¿A sí? Por eso hace una semana que no te duchas que por cierto no veas que peste echas reina —dice tapándose la nariz—... ni comes... ni te levantas de esta cama... ¿Eso es estar bien? El dolor que sientes no desaparecerá porque te dejes morir aquí Carmen —me asegura endulzando la voz.

—Lo sé —me lamento comenzando a llorar de nuevo.

—Celia me lo ha contado todo... así no lograrás que vuelva, solo conseguirás ponerte enferma y que tengamos que internarte, no creo que quieras darle a mamá un disgusto así, ¿verdad?

—¡NO Pablo! —Le pido agarrándolo de la camiseta— ellos no deben saberlo.

—Pues entonces levántate, dúchate y come algo.

—No puedo vivir sin el Pablo, sé qué hacía poco que lo conocía, pero le amo, y le he perdido para siempre.

Me mira tratando de no compadecerse de mí, pero conozco bien a mi hermano y sé que verme en este estado le causa un gran dolor.

—¿Y así lo arreglas? Ambos sabemos que es cierto, que lo has perdido para siempre, pero destruirte a ti misma no hará que las cosas cambien, solo una cobarde haría lo que estás haciendo tú ahora.

—Tú no lo entiendes —digo alterada.

—Sí que lo entiendo, a mí también me han hecho daño Carmen, también ame y perdí, pero no me dejé ir como tú, me lamí las heridas unos días y volví a levantarme, ¿sabes por qué? Porque vida solo tenemos una tesoro, y si tú no la vives nadie lo hará por ti. Le has hecho daño y lo has perdido, es cierto, puede que nunca llegues a amar a nadie como le has amado a él, y aunque llegues a hacerlo su recuerdo siempre vivirá en ti, pero te juro que esta angustia que hoy sientes, pasará. Por favor Carmen levántate y despierta.

Pablo tiene razón, he perdido a Cristian y no voy a recuperarlo, así que, debo aprender a vivir con ello.

Me destapo y me levanto de la cama mientras mi Pablo me mira con una sonrisa que le llegaba a los ojos.

—Esta es mi chica —me felicita estrechándome en sus brazos, donde por primera vez en más de una semana hallo un poco de paz.

Salgo al salón y me encuentro a mi fiel amiga, mi compañera de batallas, mi Cel, sentada en el sofá con gesto ansioso y a Iván tratando de calmarla.

Voy directa a ella y la abrazo a modo de disculpa por la semana que le he hecho pasar y a mi cuñado por estar aquí cuando más lo necesito. A pesar de haber perdido a Cristian sé que hay gente que me quiere y se preocupa por mí, tengo más claro que nunca que ninguno de ellos dejarán jamás que me hunda y que bajarían al mismo infierno a sacarme si es necesario.

Después de una reconfortante ducha me siento mucho mejor, el agua ha reactivado mis sentidos que llevaban varios días en letargo, cuando me siento en el sofá todos están de mejor humor y el ambiente de preocupación parece haberse disipado por fin.

—Carmela, Pablo y yo hemos tenido una idea... —comenta Cel mirándome mientras me acerca una tapa de ensaladilla para que coma.

—¿Qué idea? —pregunto pinchando mis patatas con el tenedor.

—Nos vamos.

—¿Perdona? —pregunto desconcertada.

—Bueno nunca dijimos que fuéramos a quedarnos aquí de por vida... aún tenemos la idea de abrir la otra tienda en Marbella, qué mejor que estar allí cuando lo

hagamos, además tu madre se pondrá súperfeliz con que volvamos y así podré cuidar de mi abuela y verla más a menudo —se acerca a mí y coge mi mano entre las suyas — será bueno para ti... un cambio de aires, ¿qué te parece?

Es cierto que nunca me he planteado que algún día nos iríamos de Cádiz, en los años que llevamos aquí hemos sido felices y las cosas nos han ido bien, pero Celia tiene razón, puede que esto sea lo que necesito.

Se de sobra que Cristian jamás me perdonará por haberle mentado, así que, volver a casa y empezar de nuevo no me parece tan mala idea.

—Que si Celia, vámonos.

Capítulo 27

Días antes...

Cristian

Dios parece que la puta cabeza va a reventarme si no para de sonar el jodido timbre de la puerta.

Como puedo me levanto de la cama y llego a la puerta de casa a ver quién cojones no para de llamar.

Cuando abro la reja me encuentro a Javi al otro lado con cara de mala ostia.

—Joder Cristian me cago en tu puta madre tío —me suelta solo con verme.

—¿Qué pasa? —pregunto aún confuso por el alcohol.

—¿Qué, que pasa? —Repite entrando en la casa— que llevas dos días sin aparecer por el cuartel cojones, me llamó tu subteniente que menos mal que el tío te aprecia, quería saber si sabía algo de ti, le dije que estabas fatal y que te cogías un par de días de asuntos... ¡pero que cojones ha pasado aquí! ¿Han estado jugando al béisbol con tus muebles? —pregunta cuando entra en el salón y lo ve destrozado.

—Nada —respondo como si nada— una copa —le invito mientras sirvo un *whisky*.

—¿No crees que es un poco pronto? —Agrega mirando el reloj— son las diez de la mañana.

—¡Qué más da! —añado para después bebérmelo de un trago—. ¿Y qué haces que no estás en el cuartel?

—Ponme un café y otro para ti y te cuento, porque vas a flipar.

Nos vamos a la cocina y preparo un par de cafés mientras él me cuenta lo que le había pasado a José la misma noche que yo fui al chalet, bastante angustiado y agobiado me dice que ahora mismo está en preventiva en el módulo de respeto del puerto II y que hoy tiene la vista previa.

—Joder, ¿y cuánto puede caerle?

—Pues según el abogado de cuatro a seis años, dejó al tío en coma y menos mal que Lola... bueno Celia se fue... si se llega a saber qué hacia allí, la condena habría sido aún más gorda. Me he pillado esta semana de asuntos propios para estar en el juicio y para acompañar a mi madre que está de los nervios...

—¿Ellas lo saben? —pregunto evitando pronunciar sus nombres, sobretodo el

de...

—Lo dudo, aquella noche fue de locos tío, cuando recogí a Celia del hotel, llevamos a Carm...

—No quiero ni oír su nombre —digo cabreado.

—Cristian sé que estas cabreado pero tienes que saber que Car...

—¡Que no quiero volver a oír hablar de ella Javi!

—Pero...

—Joder Javi que dejes ya el puto tema —vocifero golpeando la mesa con el puño.

—Vale tío tranquilo —dice levantado las manos en señal de rendición—. ¿Vas a ir mañana a trabajar?

—No lo sé... quizás llame y pida más días o pille las vacaciones...

—Te vendrá bien trabajar y despejarte.

—Ya... puede...

Estamos un rato más hablando hasta que se marcha para los juzgados a la vista previa de José, si la cosa es como Javi me ha explicado mi compañero lo tiene bastante jodido, lo juzgarán por la vía civil y luego se comerá otra condena por lo militar.

Me siento en el sofá y me sirvo otra copa y luego otra y otra...

Recuerdo sus besos... bebo...

Recuerdo sus caricias... bebo...

Recuerdo el olor de su cuerpo... bebo...

Solo cuando estoy lo suficientemente borracho el dolor disminuye y me creo la falsa ilusión de que nada ha pasado, tengo que olvidarla y la botella me ayuda a hacerlo.

¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué? ¿Por qué?

Pierdo la cuenta de las veces que cojo el móvil y marco su número para llamarla pero nunca lo hago...

Escribo *WhatsApp* que no envío...

¿Esto es lo que me espera a partir de ahora?

Echo de menos a Rafa... Él había sido siempre mi único amigo, si estuviera aquí seguro que él tendría la forma de hacerme sentir mejor, estaríamos los dos sentados aquí en mi sofá charlando con una cerveza en la mano y brindando por lo putas que son algunas mujeres, y nunca mejor dicho.

Pero no está, me he enamorado de una puta que me ha mentido hasta la saciedad y yo gilipollas me he tragado todas sus mierdas.

¿Qué me queda ahora?

Lo que más me jode es que aún la amo, debo odiarla, necesito odiarla... pero no puedo.

Capítulo 28

Cuatro meses después...

Carmen

—Dios me encanta el verano tía... debería hacer siempre este tiempo —comenta Celia tumbada a mi lado disfrutando del sol que nos baña.

—Ya te digo nena... —suspiro mientras noto como los rayos del astro rey calientan mi cuerpo.

—¿Oye has entrevistado ya a Elena, la amiga de Annete?

—No, hemos quedado hoy a las seis en una cafetería de la calle Larios, de todas formas Annete me ha dicho que ya ha hablado con ella y que está interesada, he visto un reportaje de fotos de ella y es muy guapa, sin contar que habla Español, Alemán, Inglés y Francés y además es licenciada en derecho penal.

—Joder ya tenemos abogada por si nos hace falta —comenta riendo.

—Esperemos que no... ya sería lo que nos faltaba, vamos.

—Bueno pues yo me voy ya, he quedado con Patri que me pasaría por la zapatería para ver el nuevo catálogo de zapatos y luego me pasaré a ver a mi abuela —mientras se levanta de la toalla y se coloca el bikini.

—Ok, yo me quedo un poco más y en un rato iré a casa a ducharme para ir a conocer a Elena.

—Vale nos vemos luego, te quiero —se despide dándome un beso en la mejilla.

—Yo también.

La verdad es que poco a poco las cosas van volviendo a la normalidad, la nueva zapatería está siendo todo un éxito y la agencia de señoritas de compañía va aún mejor.

A pesar que solo llevamos con la agencia dos meses, ya tenemos cuatro chicas en plantilla entre ellas Annette y si todo va bien esta tarde serán cinco.

Ni a Celia ni a mí se nos ha ocurrido volver a hacer un servicio y no pensamos retomar aquella vida, hemos contactado con antiguos clientes que ya han contratado los servicios de alguna de nuestras chicas para momentos puntuales pero nosotras nos mantenemos al margen.

¿Qué estará haciendo ahora? Hace más de cuatro meses desde aquella noche y aún no he logrado borrarlo de mi mente y de mi corazón, trato de aparentar que todo

marcha bien, que ya Cristian forma parte del pasado, pero ¡a quién quiero engañar!

En ningún momento he dejado de amarlo y de soñar con él... y llegado a este punto estoy segura que ya jamás lo haré.

Puede que sea verdad eso que dicen que hay personas que se enamoran solo una vez en la vida... y esa fue la mía...

Cierro los ojos y todo vuelve, su sonrisa... su voz... su cara... incluso puedo volver a sentir el sabor de sus besos.

Me encuentro vacía, ¿cómo se puede llegar a amar tanto a alguien en tan poco tiempo?

Incluso algunas noches he ido a dormir a la habitación del hostel donde estuvimos juntos cuando vino a visitarme después del infarto de mi madre.

Celia dice que parezco masoquista pero ella no entiende que ir allí es la única forma de sentirlo más cerca, soy consciente que era una falsa felicidad pero con eso me basta para seguir cada día.

Después de disfrutar durante un rato del maravilloso sol de agosto me voy a casa a darme una ducha y de ahí a mi cita con Elena.

Cristian

Ha sido una mañana movidita, acabamos de llegar de maniobras después de cinco días en el Retín y estoy reventado, después de dejar el equipo me voy a darme una ducha y luego me paso por la sala a ver si veo a Javi y le pregunto por José.

Entro en la sala y me veo a Javi sentado en la barra charlando con Miriam, cuando me ve viene hacia mí mientras me saluda con la mano.

—¡Que pasa tío! —Me saluda mientras nos sentamos en una de las mesas—. ¿Qué tal las maniobras?

—Hasta los cojones como siempre, ¿y tú? ¿Se sabe algo de José?

—Sí, ayer jueves tuve un vis a vis familiar y bueno parece que está bien... Lo han pasado al módulo de presos comunes —comenta con voz triste.

Han pasado casi cuatro meses desde que llegó la sentencia del juez, y al final fue lo que más o menos todos esperábamos, cumplirá los cuatro años repartidos entre El puerto II y Alcalá-Meco.

Sé que la familia lo estaba pasando bastante mal con toda esta situación y el que peor lo lleva es Javi, siempre han sido dos hermanos muy unidos, prácticamente se alistaron juntos, compartían piso desde que se independizaron por lo tanto era raro ver al uno sin el otro.

—Cristian necesito preguntarte algo —dice dudoso.

—Claro Javi, dime...

—Emm... verás... —tantea como si no supiera como abordar el tema.

—Javi al grano... ¿Qué pasa?

—¿Tú sabes algo de Celia o de Carmen? —Suelta de sopetón.

—No, hace meses que no veo a ninguna de las dos...

He luchado contra mí mismo todos y cada uno de los días que llevo separado de ella, para no ir a su casa a buscarla y suplicarle si fuese necesario que volviera conmigo.

—¿Por qué? —pregunto queriendo saber para que las busca.

—José me ha preguntado por Celia un par de veces y no sé qué decirle...

—Ve a su casa a buscarla o llama a la Olga esa que las lleva, quizás sepa algo —le sugiero.

—Eso ya lo he intentado y nada.

—¿Cómo que nada?

Me explica que sí que fue a casa de las chicas un par de meses atrás y que no había nadie, una vecina le explicó que las muchachas dejaron el piso de un día para otro, que llegaron dos chicos que las ayudaron a recoger y se marcharon con ellos, que había ido un par de veces más otra muchacha amiga de ellas para arreglar las cosas con el camión de mudanzas y entregar las llaves al propietario.

—¿Y Olga?

—La llamé y me dijo prácticamente lo que yo ya sabía, que Carmen se había despedido porque la noche que pasó toda la movida me dijo que lo dejaba, y que Celia lo dejó también aquel mismo fin de semana y no había vuelto a saber nada de ninguna de las dos.

—Espera espera —le interrumpo mientras me acerco a él—. ¿Cómo que sabías que Carmen lo dejaba?

—Bueno la noche que te presentaste, Carmen llegó más temprano de lo habitual, quería comunicarnos a todos que lo dejaba, o al menos eso me dijo a mí.

—¿Pero a ver Javi qué te dijo exactamente?

—Joder Cristian yo ya no me acuerdo cojones, pero me dijo algo de que se había enamorado y lo dejaba —contesta nervioso.

—¿Por qué no me habías contado esto antes capullo?

—¡Eh! —comenta levantando la manos como si tuviera miedo a que le diera una hostia— que lo intenté aquel día en tu casa por la mañana cuando fui a verte, pero me dijiste que no querías volver a escuchar nada de ella, y bueno ya después con toda la movida pues se me olvidó.

¿Será cierto que pensaba dejarlo por mí? ¿Y si realmente me ama de verdad? Pero si era así por qué se había ido... conozco a Javi y sé que es un hombre de palabra, si él dice que iba a dejarlo y que se han ido, estoy seguro que es cierto.

Cuando salgo del cuartel mi cabeza funciona a mil por hora, estos meses de lucha diaria por olvidarla no han servido para nada, he tratado de autoconvencerme de que no solo he dejado de amarla si no también de que la odio, mentiras... estúpidas e irracionales mentiras que ni yo mismo me creo.

Cuando entro en la consulta de mi loquero aun le voy dando vueltas al tema de Carmen, ¿y si...? No no y no...

—Cristian, pase —me invita la amable enfermera.

Cuando entro en la consulta mi médico está sentado tras su mesa como de costumbre y se levanta a estrechar mi mano en señal de bienvenida.

—Bueno Cristian, ¿qué tal te encuentras?

—Bien.

—¿Has traído tu libreta? —pregunta de nuevo cómo cada vez que nos vemos.

Me vuelvo para cogerla de mi mochila y se la extiendo aunque no sé para qué.

La abre, la ojea y con un bufido de cansancio centra su atención en mí.

—Sigues sin escribir nada en ella...

—Ya... es que no tengo gana que contar.

—Cristian si no te involucras en la terapia esto es sirve de nada, ¿lo entiendes?

—Es que no necesito terapia... —agrego molesto.

El médico hace algo que nunca antes ha hecho en ninguna de nuestras sesiones, se recuesta sobre su enorme sillón y se quita las gafas.

—Cristian así no vamos a ninguna parte... si es cierto que no tienes ninguna enfermedad médicamente hablando, pero aun sabiéndolo como bien has dicho hace un momento, jamás faltas a ninguna de nuestras citas, y yo me pregunto, ¿por qué?

—Bueno si tengo una cita no me parece bien faltar a ella... —respondo sin saber muy bien dónde quiere ir a parar.

—¿Sabe lo que yo creo? Que se siente solo... que venir a verme se ha convertido en un hábito que forma parte de su vida, que necesita controlar algún aspecto de su vida y ha elegido este.

—Eso no tiene sentido, también voy a trabajar y veo a mis compañeros... —expreso molesto por su opinión.

—Pero no habla de ella con ninguno de ellos... ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver ella en esto? —pregunto incómodo.

Es cierto que no hablo con nadie más de Carmen, hoy por primera vez en meses lo he hecho con Javi, pero de todos los demás compañeros o amigos, ninguno sabe nada de ella, pero eso no significa que tenga a mi loquero como manto de lágrimas.

—Todo tiene que ver con ella —asegura mientras se levanta de su silla y se sienta en la que está junto a la mía— cuando llegó aquí era un hombre encerrado en sí mismo, con miedos que no se negaba a reconocer, pero cuando la conoció fui viendo su evolución y cómo fue dejando a un lado sus inseguridades. Pero ahora que ella no está en su vida, no solo hemos vuelto al principio si no que hemos perdido todo lo que habíamos ganado.

Ahora sí que me he quedado mudo, no sé cómo responder a esto ni como rebatirlo...

—¿Puedo hablarte con confianza?

—Claro doctor —respondo apenas sin voz.

—Entiendo que lo que ella te hizo fue algo inexcusable, y debe resultar casi imposible perdonarla, pero... Sé que es un tópico pero hay ocasiones en que el amor puede con todo. Te niegas a tenerla en tu vida, pero ella la configura y tú lo sabes... dime una cosa Cristian, ¿eres más feliz sin tenerla en tu vida?

—No —confirmo sin ni siquiera mirarle.

—¿Entonces por qué no la buscas? Ella te hacía feliz y está claro que ahora no lo eres...

—Porque no sé si podría volver a mirarla a la cara... —contesto enfrentando su mirada.

—¿Y podrás olvidarla y encontrar la felicidad sin ella?

Un cansado suspiro se me escapa de los labios, levanto la vista y observo el cielo azul desde la ventana del despacho tratando de buscar las respuestas que no tengo, o mejor dicho, las respuestas que mi orgullo me impide reconocer.

—No, no podré.

—Pues búscala Cristian, no dejes que la vida pase vacía y solitaria, y cuando vengas a darte cuenta los años te hayan hecho rendirte a la resignación y la soledad, es más fácil odiar que perdonar Cristian, es sencillo odiar y mucho más alimentar ese sentimiento. La única verdad absoluta es que el rencor nos envenena el alma, y ahora mismo tú eres tu peor enemigo pues eres el que más daño te estás haciendo.

No soy capaz de rebatir ni responder a lo que acaba de decirme, por mucho que me joda es la realidad que me niego a ver.

Salgo de la consulta del médico directo a casa de Carmen, sé que se ha ido pero quizás alguna vecina me pueda decir algo sobre donde está.

Subo las escaleras y voy directo a la casa de la anciana que vive en el mismo rellano, la he visto solo en un par de ocasiones y parece una señora agradable.

—Buenas tardes señora, me llamo Cristian, era amigo de las chicas que vivían ahí —digo señalando la puerta con el dedo— acabo de llegar de viaje del extranjero y he visto que se han ido, ¿sabría decirme dónde se han mudado?

—Uy que va hijo, se fueron hace unos meses de un día para otro, vinieron dos muchachos muy guapos y en un fin de semana lo dejaron todo ventilado, ha venido una chica alguna vez a recoger el correo pero ya hace un par de meses que no viene.

—Vaya... bueno muchas gracias.

Me doy media vuelta y empiezo a bajar los escalones para irme...

—¡Espera!

Vuelvo a subir los peldaños de dos en dos, quizás la anciana haya recordado algo.

—No sé si te servirá pero cuando las chicas se fueron me dejaron el número de su amiga, la misma que venía por el correo por si surgía algún problema o por si volvían a llegar más cartas.

—Muchísimas gracias señora —le agradezco cogiéndola de las manos y guardándome las ganas de besarla por el regalo que acaba de hacerme.

Ahora llega lo más complicado, que esa amiga me diga dónde está Carmen.

¿Qué pasará si Carmen finalmente no ha dejado la prostitución? Esa es la duda que ahora mismo me trae de cabeza y la que más me inquieta, tengo claro que si quiero volver a su lado tengo que intentarlo y si sigue ejerciendo tendré que recordarle cuánto me ama para que decida dejarlo.

Hablar con dicha amiga es misión imposible, cada vez que la llamo su móvil sale apagado o fuera de cobertura y no conozco a ninguna otra persona que pueda decirme dónde encontrarla.

Quién sabe donde habían ido... Es como buscar una aguja en un pajar... ¿Qué voy a hacer? ¿Recorrer todos los chalets y apartamentos de chicas hasta encontrarla? ¡JODER! ¡Seré gilipollas! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? La señora dijo dos muchachos... no pueden ser otros que su hermano y su cuñado... ha vuelto a casa.

Capítulo 29

Carmen

—Buenos días —saludo entrando en la cocina aún medio dormida.

—Buenos días reina, ¿café? —Me ofrece Celia con la cafetera en la mano.

—Si porfi.

Me siento en la isleta de la cocina y apoyo la cabeza en el frío mármol buscando un poco de desahogo para el calor que hace.

—¡Qué calor por dios! Como esto siga así a finales de mes me tendrás que recoger con cucharilla del suelo... ¡Me derrito! —Grito mientras hacía aspavientos con las manos.

—Si como la bruja del norte, anda toma el café y deja de ser tan dramática.

—¡Dramática yo! —digo con falso disgusto.

—¡Payasa eres coño! —Me acusa Cel riéndose de mi—. ¿Bueno qué vas a hacer hoy? —pregunta cambiando de tema.

—Pues voy a hacer la vaga hasta después de comer y luego iré a la *Boutique* a mirar unas cosillas con Annete y ya me quedaré allí hasta el cierre —respondo mientras me tomo mi café—. ¿Y tú?

—Ahora iré a casa de tu madre para llevarle un vestido que me encargó y luego tiraré para la zapatería... ¿Por cierto que hay de la nueva chica?

—¿Elena? Bien el sábado tendrá su primer servicio.

—¿Con quién?

—Con Adolfo —los primeros servicios solían ser los más complicados y quería un hombre con el que Elena se sintiera a gusto, Adolfo era un promotor cuarentón que estaba de buen ver, y además no tenía ninguna desviación rara en la cama, sería sencillo...

—Buena elección, bueno me voy a vestirme y me voy, nos vemos luego —dice acercándose a mí y dándome un beso.

—¡Hasta luego!

Me paso la mayor parte de la mañana recogiendo un poco la casa y descansando. Concreto algunas citas de las chicas para los próximos días y cierro la agenda hasta el domingo.

Cuando tengo todo listo cojo mi coche y me voy a ver a Annete.

Celia

—¿Quién es? —Escucho la voz de Manuela desde la cocina.

—Soy yo —respondo dirigiéndome hacia allí.

La encuentro metida en faena con la comida y tomándose una copita de vino.

—Hola tesoro —me saluda mientras me lanzaba un beso en el aire.

—Hola —la saludo mientras me acerco a ella y la beso en la mejilla— te traigo tu encargo.

Ella se apresura para acercarse a la pila y lavarse las manos que tiene llenas de pan rallado y huevo y va directa a la bolsa, no puedo evitar echarme a reír cuando empieza a dar saltitos de alegría como si fuera una niña de diez años abriendo un regalo.

—¡Ay es que me encanta! ¿Qué tal me queda? —pregunta mientras se lo pone sobre el cuerpo.

—Perfecto —contesto con la boca llena de masa de croquetas.

—¡CELIA! No te comas la masa cruda —me reprende.

—No está cruda —rebato pegando un nuevo pellizco a esa deliciosa plasta del puchero.

—Ahora te lío unas pocas y te las llevas pero no te las comas así marrana.

Estoy un buen rato con ella ayudándola a liar las croquetas y charlando sobre nuestras próximas vacaciones, Manuel ha cogido la segunda quincena de Agosto y nos vamos todos a pasar unos días a Mallorca, donde tiene un piso desde hace años.

Cuando salgo a la calle un sol de justicia me ataca sin compasión, al final Carmela va a tener razón y nos íbamos a derretir...

—Celia —me paraliza.

Esa voz... no, no puede ser... me vuelvo lentamente y enfrento al hombre que tengo a mi espalda.

—¿Cristian? —pregunto aun sabiendo que es él, aunque un poco más delgado y su barba está mucho más larga de lo que solía llevarla en el pasado.

—Sí...

—¿Qué haces aquí? —pregunto confusa.

—Necesito hablar contigo —suplica.

—Cristian yo...

—Por favor —dice acercándose a mí.

Lo miro unos segundos sopesando la opción de irme y dejarlo allí, pero yo no soy así, Cristian estuvo a mi lado en uno de mis peores momentos y no tenía por qué hacerlo, se lo debo...

Accedo a ir a una cafetería cercana donde podremos hablar tranquilamente.

—¿Qué tal te va Celia? —Se interesa cuando ya estamos sentados y servidos.

—Bien gracias, aunque supongo que no has venido por mí, ¿no?

—No... —Asiente sonriendo—. ¿Cómo está?

—Bien Cristian, al principio no lo estuvo pero poco a poco volvió a ser ella misma.

—¿A qué te refieres?

No se si hago bien o no, pero aun así se lo cuento todo.

—Estuvo muy mal sabes... después de aquel día dejó de ser ella, llegó a unos límites de abandono que tuve que llamar a su hermano para que fuera a verla y después de hablar con ella decidimos que lo mejor era irnos de Cádiz —relato mientras él me mira en silencio— creímos que al volver a casa se pondría mejor pero no fue así... estuvo varias semanas como un alma en pena, no quería ver a nadie, así que, nos fuimos ese tiempo a casa de su hermano mientras yo buscaba piso para meter todas nuestras cosas... después bueno... empezó a ir a la *boutique*, abrimos la zapatería... y poco a poco fue saliendo de ese letargo en el que estaba sumida.

—¿Y ahora? —pregunta visiblemente turbado.

—Ahora está bien... tiene sus días... pero va tirando, ¿Cristian a qué has venido?

—Necesito hablar con ella —responde.

—Cristian si has venido a hacerle daño... —le advierto.

—No no —dijo levantando las manos— la necesito... —Me mira con ojos suplicantes mientras se aferra a mi mano—. Celia por favor, ¿dónde puedo encontrarla?

—Está bien —accedo sabiendo que esto es lo mejor para los dos.

Le cuento los planes que Carmen tiene para hoy y dónde puede encontrarla por la tarde y a partir de qué hora, voy a despedirme de él...

—Hay algo que debo contarte y esto si te incumbe a ti —dice mirándome seriamente.

—Tú dirás...

—Es sobre José.

—¿José? Ah claro ya me dijo Javi que érais compañeros... ¿Qué pasa con él?

—Está preso... —me suelta de sopetón, así sin anestesia, desde luego el tacto no es el fuerte de este hombre.

En ese momento si me pinchan no sangro, siento como si un cubo de agua helada me hubiese caído por encima, José... preso... me estoy mareando...

—¿Celia estás bien? —Me pregunta preocupado al ver mi cara.

—Sí sí —digo tratando de recuperar la compostura—. ¿Qué ha pasado?

—Bueno... ya sabes lo que pasó...

—¡Dios mío! —exclamo llevándome las manos a la boca y a punto de romper a llorar— fue... fue aquella noche...

Sobran las palabras de su parte para confirmarme lo que yo ya sé, la expresión de su cara lo dice todo.

—Él me dijo que me fuera Cristian —añado llorando— yo nunca lo hubiese dejado solo...

—Lo sé Celia... —dice tratando de consolarme— y créeme fue lo mejor.

—¿Dónde está?

—En el puerto, ha preguntado a Javi por ti, y trató de buscarte pero no pudo dar contigo...

—¿Cuántos años le han caído? —pregunto aún más nerviosa.

—Celia quizás deberías llamar a Javi...

—¡¿Cuántos?! —Grito afligida.

—Cuatro años.

Dios mío cuatro años... cuatro... cuatro años de su vida encerrado por mi culpa... por protegerme... tengo que verlo... puedo buscarle un abogado... pagarle el mejor del país... me cago en la puta tengo que hacer algo...

—Tiene que odiarme... —Lamento con pesar.

—No lo creo, si así fuera no habría preguntado a Javi por ti.

—Yo lo hago...

Cristian se levanta se su asiento y moviendo su silla se coloca junto a mí.

—No deberías... él sabía los riesgos que corría cuando aceptó el trabajo.

—Pero Cristian él me salvó... —le explico volviendo a llorar— ese tipo era un animal... no te imaginas las cosas horribles que quería hacerme...

—Eso ya no importa Celia, escúchame bien —comenta cogiendo mi cara entre sus manos para que le mire—, nadie debe saber que estuviste allí esa noche, nadie. ¿Me entiendes?

—Pero ese tío...

—Ese tío está en coma Celia, y si despierta supongo que el abogado de José lo habrá tenido en cuenta.

—Está bien.

Me despido de él y me voy directa a casa, no tengo ganas de nada, solo de estar sola y poder llorar para sacar toda esta rabia que me consume.

Carmen

Llego justo cuando Annette está abriendo la *Boutique*, nos pegamos un buen rato viendo catálogos de ropa y complementos para nuevos pedidos mientras no entra nadie.

A pesar de ser verano y del calor las ventas no han bajado para nada, las mujeres que tiene dinero siguen comprando igual, muchas de ellas se pasan la mayor parte del día metidas en *spas* y luego en tiendas para fundirse las fortunas de sus maridos y las propias, así que, esas mismas son nuestras compradoras en potencia.

Después de hacer lo pedidos me meto un rato en la trastienda mientras Annette atiende a unas señoras.

Yo no tengo mucha paciencia con las pijas que se creen que el mundo es suyo y que más que empleadas o dependientas se piensan que somos sus esclavas.

Así que, como jefa toda poderosa me meto a tomarme mi café y fumarme mi cigarrillo tranquilamente.

—Jefa hay un tío, bastante cañón por cierto, que pregunta por la dueña —me informa Annette asomando la cabeza por la puerta.

—¿Quién es? —pregunto más concentrada en mi cigarro que lo que está contándome.

—No sé, dice que necesita hablar con la dueña.

—Está bien ya voy —me quejo refunfuñando.

Se va a esperar un poco, que tengo que acabar mi café y fumarme mi pitillo.

Salgo renegando del cuarto y voy directa al mostrador donde Annette está cobrando.

—¿Dónde...? —No podía ser verdad... no no no, tenía que estar alucinando.

—Hola nena —dice dulcemente.

Es verdad... es el... es su voz... es él... está más delgado se nota que no come bien y se ha dejado la barba más larga, pero es él...

—Cristian —digo apenas susurrando.

Mis pies se anclan en el suelo impidiéndome andar... mi corazón se para dentro de mi pecho... no puede ser... todo se va volviendo negro hasta tal punto que solo está él... lo veo correr hacia mí y me hundo en una profunda oscuridad.

—Ya abre los ojos —escucho decir a Annette.

—Sí, trae un poco de agua —ordena Cristian.

Es él... no ha sido un sueño, está aquí.

Abro los ojos poco a poco y me encuentro con su preciosa sonrisa a centímetros de mi cara.

—Hola nena.

—Esto no puede ser verdad...

Comienza a reírse y me coge una mano para que le toque la cara.

—Sí que lo es nena, lo ves —comenta mientras pasa mi mano por su cara.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con apenas un hilo de voz.

—He venido a comprarme un vestido, pero vaya tela nena, ¿no tienes nada de saldos o en rebajas?

Este es el hombre que amo más que a mi vida.

—No —niego riendo— pero te puedo hacer un descuento.

—Bueno en ese caso... —dice sonriendo— puede que me lleve algo... pero nena quizás deberías pensar en alquilar eso bolsos que tienes hay afuera porque valen más caros que mi letra de la hipoteca.

Como siempre Cristian y sus ocurrencias, no puedo evitar echarme a reír.

Lo amo tanto que me duele, estos meses solo han servido para darme cuenta de que jamás podré vivir sin él.

—¿Me odias? —pregunto con miedo.

—No nena no te odio, lo he intentado mucho tiempo, hasta que me he dado cuenta que eso jamás va a ser posible.

—Pero yo...

—Lo sé, pero no quiero hablar de aquello, Carmen yo estaba perdido hasta que te conocí, estaba solo y creía que así era feliz, estoy enamorado de ti, de tu locura, de tu sonrisa... Te quiero.

Noto como las lágrimas caen en cascada por mis mejillas.

—Yo también te quiero —confieso acariciándolo.

—Dime que lo dejaste nena... —pregunta pegando su frente a la mía.

—Lo dejé hace meses Cristian, sé que no tengo excusa... me enamoré de ti sin darme cuenta, ya me había despedido cuando...

—Carmen olvídale ¿vale? —comenta abrazándome— vamos a empezar a partir de ahora... pero por favor no vuelvas a mentirme jamás —suplica con sus labios casi rozando los míos.

—Jamás, te amo Cristian.

Me lanzo a sus brazos buscando el calor que tantos meses llevo añorando, sentir sus labios sobre los míos es como volver a casa después de un largo tiempo lejos de ella.

Exploro su boca saboreando cada parte de ella sabiendo que estaba hecha para mí.

Epilogo

Cristian

Día 1

Hace varios meses que no escribo en esta libreta, principalmente porque sentía que no tenía nada que decir... pero ahora todo es diferente... he pasado con mi morena una semana en Fuengirola de vacaciones mientras su familia y Celia se iban a Mallorca unos días y ha sido como si jamás nos hubiésemos separado.

Aunque sé que es cierto que ha dejado esa vida atrás, hay momentos en el que los miedos y las dudas me atacan sin compasión, aunque ella con su infinita sabiduría se da cuenta de mis temores y vuelca sobre mí todo su amor y pasión.

Sé que tengo que confiar en ella, si no esto no ira a ningún sitio, y lo intento... pero hay momentos en los que si no está conmigo necesito saber dónde y con quién se encuentra, supongo que se me irá pasando con el tiempo.

Hace apenas un par de días que hemos llegado a casa. Casa, qué raro suena y más ahora que la comparto con la persona que amo.

Carmen sigue manteniendo sus negocios aunque ha dejado el de las chicas en manos de su amiga Annette, Y yo...

—¡Cristian! —Grita la voz de Carmen desde el cuarto.

Cierro mi libreta y voy a ver que quiere mi morena, salgo al pasillo y casi tengo que escalar las paredes, toda la casa está llena de cajas y maletas.

Llego a la habitación del fondo y veo a Carmen y a Celia como siempre liándola.

—¿Pero qué hacéis? —Les pregunto mientras veo como ambas están subidas encima de la cama pegando saltos.

—¡Hay una cuca! —Gritan las dos al unísono.

—¡Coño pues matarla! —digo riendo.

Me acerco a la susodicha que está aún más acojonada que ellas y la cojo con la mano...

—Cristian o sueltas a ese bicho o no me tocas más con esa mano en tu vida —me amenaza Carmen con el dedo.

—¡Por Dios que escandalosas sois! —exclamo mientras abro la ventana y la tiro fuera.

—¡Mátala! —Gritan las dos.

—¿Qué os ha hecho el pobre bicho? —añado acercándome a ellas, mientras Celia se baja de la cama y me mira amenazante para luego salir del cuarto.

Mi morena sigue subida en la cama pero ahora está sentada de rodillas, al verme acercarme se tira a mi regazo y enrosca sus brazos y sus piernas a mi cuerpo.

—Ay mi caballero... —dice besándome la nariz.

—Mi faraona... —le digo imitando su gesto.

—¿Sabes cuánto te quiero? —Me pregunta acariciándome la cara.

—Menos que yo seguro, porque para aguantaros a vosotras dos...

—¡Ey! —dice dándome un manotazo— gracias Cristian.

—Deja de darme las gracias, ¿vale?

—No tenías por qué aceptar que se viniera con nosotros...

—Carmen aprecio a Celia y sé que os necesitáis mutuamente, además ya sabía que esto era un *pack* de dos, ella ahora mismo nos necesita, todo lo de José la ha dejado bastante mal —le digo sentándola en mis rodillas.

—Sí, está muy afectada no sé qué hará... le he dicho que vaya a verlo, pero... todo es demasiado complicado...

—Dale tiempo, estos días de vacaciones la han calmado y le habrán servido para pensar, lo que tenga que pasar, pasará...

Ninguno de los dos sabemos que pasa por la cabeza de Celia, no nos cabe duda que el sentimiento de culpabilidad la está matando y el que José esté encerrado la tortura más allá de lo indecible.

Pero aunque nosotros la apoyamos y estamos a su lado, ella es la que tiene que decidir qué hacer sobre mi amigo.

Javi vino a visitarnos en cuanto le llamé para decirle que estábamos aquí y ni él consiguió hacerla sentir mejor.

Solo el saber que José pregunta por ella pareció reconfortarla, creo que sí que siente algo por él después de todo y no solo culpabilidad, aquí hay mucho más.

—Te quiero moreno —dice mi faraona sacándome de mis divagaciones.

—Te quiero morena.

No sé qué me deparará el futuro a su lado y tampoco quiero saberlo, me basta con tenerla conmigo ahora, disfrutar de ella en mi cama cada noche y de su alegría y amor cada día, nunca me había planteado la idea del amor y tampoco tenía la necesidad de buscarlo.

Hasta que lo encontré... en cada una de sus sonrisas que llenan de luz esas partes de mí que siempre vivieron en la oscuridad, en esa forma que tiene de mirarme que me hace sentir el hombre más feliz del mundo, en cada una de sus caricias que son capaces de curar cualquier herida que tenga mi alma, si existe un alma gemela para cada ser humano en este proceso que llamamos vida, yo sin duda soy uno de esos pocos afortunados que la ha encontrado.

Fin

Nota de la autora

Definición de prostitución según RAE

1. f. Acción y efecto de prostituir.

2. f. Actividad de quién mantiene relaciones sexuales con otras personas a cambio de dinero.

Según estudios realizados, Se calcula que el 90 por ciento de los altos ejecutivos de entre 35 y 50 años recurren a los servicios de prostitutas de lujo.

Se calcula que la prostitución mueve en España 18 000 millones de euros al año, convirtiéndola así en unos de los negocios más rentables de nuestro tiempo.

En nuestro país trabajan aproximadamente 300 000 prostitutas, repartidas entre clubs, pisos, calles y lujos, de esta cifra solo el 5% se dedica a la prostitución de lujo.

Todas las similitudes que esta novela tenga con la realidad es pura coincidencia.



Meme Canto, natural de San Fernando, con corazón gaditano, ya que lleva toda su vida afincada en Cádiz, donde actualmente reside con su marido y sus dos hijos. Desde que era muy niña se reconoce una enamorada de la lectura, siendo una insaciable lectora que ha leído todo lo que ha caído en sus manos.

Fue con quince años, cuando comenzó a escribir sus primeros relatos, los cuales aún conserva.

Notas

[1] Corimec: Casa prefabricada o en su defecto contenedor. <<

[2] *Touché*: Expresión francesa que significa «tocado». <<

[3] *Princesse*: Palabra francesa que tiene de significado princesa. <<

[4] Stents: Tubo delgado de malla de acero que se puede colocar dentro de las arterias coronarias para mantenerlas abiertas y permitir y ayudar el paso del flujo de sangre pasando los bloqueos por placa. <<